

Pascal Quignard

Tesoro oculto

Traducción del francés de Silvio Mattoni



Galaxia Gutenberg



Francesca Mantovani © Éditions Gallimard

Pascal Quignard

Nació en 1948 en Verneuil-sur-Avre, en el departamento del Eure (Normandía), y vive en París. Está considerado como uno de los más importantes escritores franceses. Es autor de más de setenta obras, entre las cuales destacan *El salón de Wurtemberg* (1986, editado en Galaxia Gutenberg en 2022), *Todas las mañanas del mundo* (1991, adaptada al cine por Alain Courneau), *Una terraza en Roma* (2000, gran premio de novela de la Académie Française), *Villa Amalia* (2006, gran premio Jean Giono), *Las sombras errantes* (2002, premio Goncourt), *Las solidaridades misteriosas* (2011, editado en Galaxia Gutenberg en 2012), *Las lágrimas* (2016), *El amor el mar* (2022), *Las escaleras de Chambord* (2023) y *Carus* (2023). También ha escrito numerosos ensayos en los que la ficción se mezcla con la reflexión, como *Pequeños tratados*, y los volúmenes de *Último reino*. *Tesoro oculto* recibió el premio Jean Monnet de literatura europea en 2025. En 2019, Pascal Quignard fue distinguido con el premio Marguerite Yourcenar por el conjunto de su obra. Por su contribución a la difusión de las artes y las letras en Francia y en todo el mundo, ha recibido las siguientes distinciones honoríficas francesas: en 1995 fue nombrado *chevalier*, en 2012 *officier* de la Légion d'honneur, y en 2016 *commandeur* de la Ordre des Arts et des Lettres. En 2023 recibió el Premio Formentor de las Letras y el premio de la Biblioteca Nacional de Francia.

La vida de Louise cambia por completo cuando su gato, tras diecisiete años juntos, muere. Mientras, desolada, lo entierra junto al río Yonne, encuentra una fortuna: un tesoro de monedas y restos de otra vida. Su nueva suerte sacude su hasta entonces inmóvil existencia y la empuja a seguir el incansable rumbo del agua.

La corriente la arrastra de ciudad en ciudad hasta llegar a Italia. En Capri conoce al comedido Luigi, un hombre elegante, cargado de silencio y predilección por la soledad. Sus travesías se trenzan: en las islas de Procida e Ischia encuentran la luz y la sombra, la belleza y la ruina. A la vez, Louise va percibiendo en cada rincón un eco de su memoria, de su infancia, y la necesidad de resolver, por fin, la misteriosa ausencia de su madre.

Quignard traza un relato sobre la vida que se desplaza y la que se desvanece. El viaje exterior, nacido de un entierro, deviene una exploración íntima, el más profundo de los desenterramientos. Cada pérdida lleva a lo inesperado, mientras el duelo invita a dejarse llevar, a descender hasta el fondo para emerger a la superficie con un nuevo tesoro.

PASCAL QUIGNARD

Tesoro oculto

Traducción de Silvio Mattoni

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Trésor caché*
Traducción del francés: Silvio Mattoni

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© Éditions Albin Michel, París, 2025
© de la traducción: Silvio Mattoni / El cuenco de plata, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada: *Mujer y gato blanco*, Will Barnet, 1971
© Estate of Will Barnet / ARS, NY / VEGAP, 2025.
Alexandre Gallery, New York, NY
Fotografía: © Whitney Museum of American
Art / Licensed by Scala, 2026

Conversión a formato digital: Gama, S. L.
ISBN: 979-13-88019-22-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
Notas

1

Ella no tuvo el valor de volver a casa directamente. Pasó por la glorieta. Aguardó un buen cuarto de hora en los semáforos. Allí solían formarse atascos cuando el día tocaba a su fin, mientras el sol se introducía debajo de la muralla. Aparcó en doble fila delante de la panadería. No había nadie. Dejó el motor encendido. Se apresuró. Media barra de pan de salvado. Volvió corriendo al coche. Al apoyar el pan en el asiento trasero vio el pequeño cuerpo envuelto en la manta. Vio esa especie de momia de dolor. Tuvo un acceso de llanto. Cerró la puerta. Volvió a sentarse delante. Apoyó su frente en el volante. Lloró todo lo que necesitaba. Regresaba de ver al veterinario, que había tenido que ponerle la inyección al viejo gato Peer, que justo acababa de cumplir diecisiete años. Peer, el pequeño Peer, con el cual había vivido diecisiete años. Que la había acompañado, día tras día, mañana tras mañana, tarde tras tarde, durante diecisiete años. Al que había amado, día tras día, tarde tras tarde, noche tras noche, despertar tras despertar, desayuno tras desayuno, durante exactamente diecisiete años.

–¿Está usted de acuerdo? Sufre mucho –le había dicho el veterinario.

Ella había aceptado, moviendo brevemente el mentón que ya le temblaba, presintiendo que el llanto habría invadido su voz si hubiese abierto la boca. Había sostenido al pequeño en sus brazos hasta el último instante. Lo sostenía tan fuerte contra su vientre que lo sintió morir. Una tensión súbita. Dos pequeños espasmos muy suaves contra su vientre.

–¿Quiere que lo incineremos?

–Prefiero enterrarlo yo misma en el jardín –murmura ella suavemente mientras las lágrimas se derraman por sus mejillas–: Le daré sepultura cerca de la orilla, donde le gustaba esperarme. Era su reja. Era su rincón. Era su jardín.

Entonces el veterinario lo había envuelto cuidadosamente en la sábana de papel. Luego, una vez en el coche, ella había envuelto la sábana de papel dentro de la manta que siempre estaba más o menos enrollada en la plaza trasera. Había acostado delicadamente el pequeño cuerpo, todo vendado de lana. De regreso a su casa, metió el coche en el garaje, apagó la luz y volvió a cerrar la puerta corrediza. Quiso subir a la cocina con el pan que había comprado, pero de pronto no pudo dejar a su gato en la oscuridad, en el coche, en el frío. No, no podía dejarlo durmiendo en ese aire insano, contaminado de combustible, de pintura, de cartón húmedo del garaje. Volvió sobre sus pasos, abrió la camioneta y lo tomó en sus brazos. En la habitación, le quitó el papel, lo limpió llorando, lo peinó, lo arropó en el suéter al que solía agarrarse, en el que tanto le gustaba hundir su hocico bajo su seno, para cerrar los ojos en esa suavidad sedosa, al olor y al calor de su pecho. Era un suéter muy suave de cachemira negra tan suave como su gato, tan negro como su gato. Las franjas estaban tejidas con hilo dorado. Él se llamaba Peer. Ella se llamaba Louise y lo llamaba Peer. A veces lo llamaba Peiroos cuando estiraba sus patas hacia adelante y las sacudía una tras otra, antes de beber, como para escurrirlas de un agua imaginaria. Peer, Peiroos, Périgord, ¡cómo dormía! Por la noche, instaló al gato dentro de su suéter, envuelto en la manta, acostado en la cama de la antigua habitación de su hija. Era en la cama de su hija –que ya vivía con su marido en Barcelona–, donde al pequeño animal le gustaba poner distancia y tomarse un descanso de vez en cuando. Al día siguiente, apenas amaneció, bajó al jardín en camisón. Llovía. Volvió para ponerse un impermeable sobre el camisón. Buscó en el perchero la capucha amarilla del impermeable. Se puso las botas de goma, salió, fue a buscar la pala en la casilla,

bordeó el río, deambuló, volvió sobre sus pasos y dio vueltas alrededor de la reja, husmeando, escudriñando dónde podría cavar.

De golpe todo quedó en silencio.

Decidió enterrarlo cerca del agua, bajo la madreselva, cerca del pilar de la cisterna.

Todas las mañanas, cuando hacía su ronda después del desayuno, desde que era muy pequeño, Peer, Petit Père, Périgord, regresaba por ahí, levantaba su hocico, se erguía, estiraba sus patas y jugaba con las hojas más bajas de la madreselva que se enroscaban por encima de la tierra, por encima de sus propias raíces y de las piedras. Así, su cuerpecito se elevaría, fecundado por un olor que había sido su preferido desde sus primeros días. Un olor a miel y a maravilla rubia, al aire fresco del río, a tierra constantemente húmeda. Un perfume que duraba mucho tiempo, un tiempo tan largo que atravesaba las estaciones. En ese sitio, la tierra estaba tan empapada que resultaba fácil cavar bajo el desagüe, al lado del viejo pilar de piedra que sostenía el alero. Louise cavó, cavó muy hondo. Fue a buscar el cuerpo liviano e inmóvil que yacía en la cama de su hija. Bajó con cuidado las escaleras, llevándolo muy firmemente contra ella. Se arrodilló en la tierra removida. Desplegó el suéter negro con franjas doradas. Y en la lana negra, oscura y opaca, lo volvió a ver con su pelaje a su vez muy negro, muy reluciente, muy bello. Acarició ese pelo donde tan a menudo había hundido sus dedos. Tocó con la punta de los dedos los rasgos de su rostro. Sus ojos cerrados. El extremo de su hocico, que se había vuelto tibio con la muerte. Sus bigotes, tan sensibles, ahora inútiles. Sus orejas, tan movedizas, que ya no se estremecían. Tocó su silencio. Sin embargo, estaba casi feliz de verlo, tan hermoso, tan descansado, tan flemático, tan tranquilo. No tenía ganas de llorar. Depositó el gato muerto, que se había vuelto liviano, en el fondo del agujero, volvió a poner encima de él, encima de su boca, de su nariz rosada, encima de sus párpados, las dos mangas del suéter de cachemira, tiró de la lana suave debajo de él, la estiró y la alisó alrededor y sobre él. Luego lo cubrió, espolvoreando pausadamente

la tierra encima de la lana y de la silueta del cuerpo.

Mientras ella desgranaba con lentitud los terrones de tierra, hubo una especie de vacío. Dejó de esparcir la tierra.

Se levantó de repente.

Fue a buscar, cerca de la galería de la cocina, en el pequeño invernadero, una bolsa de plástico que contenía grandes bulbos de dalias. Rompió el borde de la bolsa. Delicadamente, con las manos, en lo profundo del agujero, formando un círculo todo a su alrededor, separó la tierra, e incluso más lejos, hasta el escalón al costado de la pared de la casa que daba al Yonne. Preparó con cuidado la tierra. Fue a buscar la regadera. Mientras regaba la tierra en torno a los bulbos, encontró una pieza de oro. Se arrodilló y encontró otra pieza de oro. Volvió a agarrar la pala y excavó entre el pilar y el escalón. Descubrió una vieja caja de madera, toda destartalada. Sostenía con los dedos la tapa rota, medio podrida y llena de moho. El olor a humedad era muy fuerte. Pero, bajo la tela empapada, cubierta de tierra, ¡cómo brillaba! Desenterró por completo la caja, que se había destrozado bastante con el filo de su pala. Estaba llena de piezas de oro y un brazalete de oro. El fondo era de plomo. Logró sacarla sin que se rompiera del todo. La caja era tan pequeña como pesada. La puso al sol, sobre el escalón. Eran luises antiguos, una moneda muy antigua. Además, había dos anillos que relucían. Había perdido un gato al que amaba y este, al partir, le dejaba un tesoro. Se incorporó y fue a depositar la vieja caja empapada, la tapa de cuero que se había despegado, los luises de oro, los anillos y el brazalete bajo un rayo de sol, sobre el felpudo de la cocina, debajo de la pérgola de la parra. Volvió de nuevo al agujero barroso, cogió una bolsa de mantillo y echó mucha tierra. Luego vertió un poco de abono en el agujero junto al escalón, encima de la cachemira y del gato, apisonó la capa de tierra, plantó cuidadosamente los bulbos de dalias muy cerca de la superficie. Regó otra vez, rastrilló y esparció semillitas de césped sobre los terrones que las lluvias iban a reabsorber. Trabajó casi una hora en esa tumba. A veces lloraba, a veces se reía. Volvió a rastrillar y contempló. Retrocedió y admiró. Guardó la pala, el

rastrillo, el tarro de abono y la bolsa de semillas. Deseó darse una ducha. Saltó por encima de las piezas de oro en el escalón de la cocina. En el primer piso, se lavó entera, incluso el pelo, para alejarse por completo de la muerte, para disociarse enteramente del poder de la muerte. Se vistió del modo más sencillo: una camiseta gris, un pantalón amarillo como la arena y unos viejos mocasines de cuero blando. Volvió a bajar a la cocina y se preparó un café. Ya no llovía. Fue a ver la tumba y se sintió satisfecha. Después regresó y se sentó con su taza cerca del felpudo, sobre uno de los escalones de la cocina que daba al jardín, debajo de la pérgola que sostenía las hojas y los restos de racimos del verano anterior, al lado de la pequeña caja que había roto con la hoja de su pala. Al lado de la tapa de cuero que se había aclarado al secarse. Exhumó otro anillo. Se probó los tres anillos. ¡Qué manchados estaban y qué hermosos eran! Uno de ellos sobre todo, que entrelazaba dos rubíes. Eran de su talla. Había una pequeña serpiente con piedras verdes que se enroscaba sobre sí misma. Pequeños fragmentos de esmeralda que formaban escamas brillantes. El que no le quedaba bien en el anular le quedaba bien en el corazón. ¡Qué encantadores eran sus dedos con ellos! Revisó de nuevo el contenido de la caja. Había unos napoleones. Finalmente, un lingote apoyado en el fondo de plomo. Todo se iba secando al sol. ¡Qué sorpresa! Qué bueno estaba ese café. Qué felicidad. Encendió un pitillo. Uno de los cigarrillos que ella llamaba Maryland en memoria de su madre y de su abuela. En memoria de los recuerdos que se perdían en el fondo de la memoria. Miró a lo lejos la parte baja del jardín, el río, el pontón, la casilla, el pilar del alero con la madreselva, la tierra removida y rastrillada y la tumba invisible. Más lejos, en la distancia, los pájaros que revoloteaban entre las ramas de los alisos y del avellano a la orilla del río. Las lavanderas de los arroyos sobre las ortigas y los iris. Las lavanderas de vientre verde y de mejillas amarillas. Entonces fantaseó. No le dijo nada a nadie. Pensó en llamar a su hija, Claire, que tenía treinta y un años, que vivía en un lindo apartamento frente al mar, en el puerto de Barcelona. Passeig d'Isabel II. Sobre el

7 Portes. Porque cada puerto es una puerta. Pero se abstuvo de hacerlo. Tampoco a su padre le dijo nada. Tenía la cabeza totalmente en otro mundo. Comprobó en internet el origen y el valor de esas piezas de otra época. Examinó los diferentes lugares de venta. Se informó. Viajó, traspasó la puerta de joyeros, conoció a orfebres, obtuvo pulidos de una belleza que aumentaba a medida que ella se familiarizaba con ellos. Su trabajo le permitía moverse tanto como quisiera. Revisaba y corregía manuscritos para diferentes editoriales; trabajaba como autónoma. Su oficina era su ordenador. Su empleador era su cerebro. Se volvió casi experta en numismática. Financió de ese modo viajes más lejanos. Se deshacía de algunas cosas espléndidas cuando iba al extranjero y deseaba mimarse, tratarse bien, en los hoteles en los que se alojaba.

2

Dondequiera que vaya ahora en este mundo, voy primero al río que atraviesa la ciudad donde acabo de desembarcar del buque, donde acabo de bajar del tren, donde acabo de aterrizar. Tengo sed de agua. Estoy como impaciente. Le pido al chófer del taxi: antes de que vayamos a mi cita, antes de ir a la biblioteca, antes de que nos dirijamos a la joyería de la calle principal, vamos primero al río. Quiero ver el agua que corre en medio de todas las calles. Deseo apasionadamente verla. Quiero desembalarla de la ciudad que la encierra porque es mucho más antigua que ella. Porque, a causa de ella, la ciudad se edificó en torno a sus orillas, su estuario, su bahía, en otro tiempo. Porque, antes del primer bote, antes de la primera choza, antes del primer muelle, ella la amaba.

Apenas diviso la corriente, el agua oscura, le indico al chófer un lugar para detenerse.

–Dos minutos.

Abro la puerta. Solo cojo el bolso y los cigarrillos. Dejo el abrigo, la maleta, y bajo. Entro en los jardines que bordean el agua. O bien me detengo en el muelle que la domina. Afluentes, cascadas, estanques, ríos, lagos, mares: los descubro y mi mirada se extravía, mi mente se hunde en ellos. Los contemplo en cualquier estado de destrucción en que pueda encontrarlos. Por más sucios que estén. Me gusta ver el agua que pasa. Me tranquiliza. Observo las costas, los recodos, los arcos. Respiro largamente su emanación particular, donde ya se distingue, hasta oprimir la garganta, el olor a diésel, a fuel, a agua de hervir el arroz, a aguas residuales humanas.

Estaba llegando a Metz. Metz es una especie de Venecia. Le rogué al chófer que se detuviese ante el pequeño lago, el molino restaurado, la larga pared de parra virgen que se hunde en el agua e incluso se metamorfosea para formar una larga trenza de liana. Bajé del coche. Apenas el tiempo para un cigarrillo. Un Maryland –que en verdad se había convertido en un Lucky. Soñaba. Recordaba. Escuchaba todo. No es la visión del agua que fluye, que pasa, la amplitud indestructible de su movimiento, ni los reflejos del cielo sobre la extensión del oleaje lo que me impresiona primero, sino que estuviera allí antes de la vida. Cierro los ojos. El agua es, ante todo, una onda que se despliega en el aire, donde mi cuerpo la siente. Una frescura rodea la piel del rostro que está frente a ella y se inclina sobre ella. Es un canto monótono, continuo, sedante, potente, fuerte, impávido, que avanza sin terminar. En el agua me gusta oír el flujo nunca interrumpido del tiempo –anterior a las flores, anterior a los peces, anterior a los animales, anterior a la historia. Cierro los ojos para perder todo límite. Una vez abierto el corazón a esa herida que produjo el lugar que el agua desgarró, eligió, ensanchó, mucho tiempo antes de que aparecieran los hombres, que lo asignó a las nutrias y a los castores, a los belfos de los bisontes, a los hocicos de los jabalíes, a los picos de los pájaros, entonces, en el halo húmedo y hasta en la bruma marina en la que estoy, soy feliz. Puedo reencontrarme con el mundo, la civilización, el negocio silencioso, el taller minucioso, la catedral, la sala de conciertos, el salón de fiestas municipal, la sociedad, la palabrería, la competencia, las emboscadas, las trampas. Porque finalmente, por un tiempo, durante ese tiempo, dejé de ser yo. El chófer me cobró mi manía dejando el motor y el taxímetro en marcha. A partir de ese encuentro con el agua, puedo afrontar cualquier cosa. No hay más que los ríos que pasan. Todo se vuelve río desde el instante en que volvemos a tocar su corriente sin propósito ni rumbo. Mojando nuestra mano en la corriente sin fin. Los hombres, los gatos, los pájaros, las jaulas, los museos, las bibliotecas, desde el momento en que se los percibe como ríos a lo largo de las orillas, desde el

momento en que se toma conciencia de una extraña angustia de las estaciones y las edades, todas y todos son restos que se van. Maderas que flotan, hojas. De vez en cuando, pelotas, botellas, patos desfilan sobre las aguas. Escuché su murmullo antes que su significado. Vi su partida, su belleza particular, su movimiento y su despedida. Siempre hay muchas más despedidas que intenciones o intereses en los acontecimientos que vivimos o en las situaciones en las que nos encontramos. Cuando resido en alguna parte, al final de la mañana tomo las callejuelas que conducen a los muelles, las costas, los hangares. En Metz, al igual que en Brujas, no hay más que eso: muelles, canales, puentes de piedra, puentes levadizos, estanques. Estanques en los parques. Cascadas. Fuentes que brotan. Charcos que se formaron en medio de los caminos de grava, pequeñas ciénagas que se excavaron o fueron retenidas en los senderos de arena. Me encanta todo lo que es orilla. Me perturba todo lo que es reflejo. Saludo a los avellanos, igual que saludo a los alisos al amanecer en el jardín que poseo en la orilla del Yonne. Saludo a los álamos, a los pájaros que los habitan, a los sauces que los circundan. Me acerco a rosales que se han vuelto matorrales, páramos, viejas piedras de umbrales cubiertas de musgos marrones, de hiedras de Irlanda, de mimbres o de juncos.

Me inclino hacia ellos como ellos lo hacen hacia el agua.

Murmuro en el fondo de mí:

–¿Quiénes sois?

–Somos humanos nosotros también.

–¿Qué entendéis por humanos?

–Náufragos.

–¿Por qué náufragos?

–Venimos de otro mundo. Venimos de una especie de lago, en el fondo del mundo, que estaba lleno de sombras y en calma.

–En cuanto a mí, no guardo recuerdo de tal calma –les dije.

–¿Cómo puede haberse olvidado hasta ese punto de lo que usted es?

–Me acuerdo de algo muy furioso. Más bien una tormenta.

–Es posible que su nacimiento haya ocurrido en el estrépito de una vociferación o a la manera de un huracán que la haya desconcertado. Pero tiene que remontarse más atrás en su recuerdo para obtener el poco de paz que aún permanece allí, porque ella la concibió.

Así hablan los cardos y las ortigas a los paseantes que saben no despreciarlos. Porque los cardos son guerreros de la Edad Media cubiertos de espinas que nos hieren. Y las ortigas, ninfas de la Antigüedad que, apenas nos tocan, nos queman completamente.

Un día, cuando estaba en Nápoles, después de haber almorzado, había ido a descansar a lo alto de la muralla, en el parque de Virgilio. Me había sentado en la hierba con mi guía azul, con mi paquete de cigarrillos en la mano, al borde del estanque. Al lado de los nenúfares o de las ninfeas. Todo era tan bello. De golpe, se hizo el silencio. De golpe, en ese instante, al mismo tiempo, fui extremadamente feliz y extremadamente desdichada. Entre los iris acuáticos, las piedras mojadas, se alzaba una larga rosa frondosa que el viento doblaba, balanceaba, tan tupida y tan púrpura que parecía una dalia. Súbitamente pensé en Peer. En Peer Gynt. En la canción de Solveig. ¿Dónde estaban las dalias que yo había plantado sobre su pequeña tumba? ¿Hacia dónde quería desorientarme, extraviarme con todos esos viajes que yo multiplicaba? Pensaba en mi gatito muerto, en mi demonio bueno, en su auténtica y oscura suavidad. En su presencia. En la seguridad de su presencia. Pero curiosamente, con vergüenza, no recordaba su imagen. De pronto fui presa de la inquietud. Recordaba muchas cosas, filamentos de cosas, pero entonces, en ese preciso instante, sentada en la hierba, en el parque de Virgilio, había perdido los rasgos de su rostro. Recordaba su peso pero no recobraba en mis brazos el volumen untuoso de su cuerpo. Recordaba detalles extraños: sus garras, que salían del pelaje negro, que apoyaba en mi muslo para indicar su afecto, que entreabrían mi piel. Sentía su cola erguida y muy suave,

que envolvía mi nariz y me impedía leer. Peso convertido en fantasma. Pensé en el poeta Virgilio. Pensé en su sombra errante entre los muertos; en los últimos años de su vida, precisamente en Nápoles. Él trabajaba en ese jardín. Observé el jardín a mi alrededor, detrás de mí. A decir verdad, se había vuelto más inglés que romano. Tan sorprendente, tan melancólico, también él había olvidado que era el parque de Virgilio en Capodimonte. También él había olvidado esas palabras tan bellas de pronunciar, tan bellas para indicárselas al taxista: Parco Virgiliano, via Tito Lucrezio Caro, en la colina del Posillipo.

Era abril.

Y me puse de pie. Contemplaba. Estaba tan feliz. Era algo tan bello de vivir. Con las dos manos apretando la baranda de hierro, observaba los dos golfos, la isla de Nisida, los Campos Flegreos, la villa de Cicerón. Veía la pajarera donde Varrón acumulaba sus libros, la isla de Procida, el cabo Miseno.

En sentido estricto, no olvidaba a mi delicioso fantasma que había perdido su rostro en mi memoria, sino que más bien ese fantasma se mezclaba con el sueño de Virgilio ante el abejorro, con los viejos versos de Virgilio ante la abeja, con los sublimes versos ante la rosa tupida que el viento, uniéndose al aire, balanceaba suavemente para avivar su olor.

Y justo detrás del insecto y la rosa, esa camelia cuyas flores, los botones de flores, empezaban a abrirse bajo la luz de abril.

El poeta latino acudía allí, frente a la rosaleda. Componía sus últimos versos. Quería quemarlos. Yo me decía inexplicablemente: «Viento de viernes no va a misa». Me decía también, y me sigo diciendo a menudo: «Macizo de eléboros con grandes hojas de escarola». Esas palabras eran dulces. ¿Qué quiere decir eso? Nada. ¿Qué quiere decir eso en ambos casos? Nada. Me incliné sobre el agua del estanque en el parque. Luego me incliné sobre la baranda de hierro oxidado. Me incliné por encima del agua inmensa de la bahía. Recordaba el agua que bordeaba mi pueblo cuando era una niña pequeña: mi gato entonces se llamaba Bee. Bee Biberona. Era

una gata con un mentón muy pequeño, todo blanco. Curiosamente, recordaba su rostro, al contrario que el de Peer Périgord, que bruscamente se había sustraído de mi recuerdo. Al menos percibía algo de su rostro marchito entre las sombras de los iris, entre las hojas enormes de los nenúfares, pero no era un rostro de gato, de gata minina, era más bien un rostro de mujer, pero no llegaba a distinguirlo. Todo estaba muy mezclado y se tornaba invisible en los recuerdos.

–¡Qué me vas a reprochar –murmuré– si no te veo!

Entonces creí oír a mi madre, que respondía que sí en el aire fresco de abril. Mi madre había partido cuando yo tenía siete años. Había desaparecido de pronto en un coche, tomando la ruta que sigue la costa del Risle. Había partido sin decir nada, con su bolso, con sus cigarrillos Peter Stuyvesant, a su vez heredados de los cigarrillos Maryland que fumaba mi abuela Bernardine, rodeada de las hermanas bernardinas de Évreux en su patio, bajo las arcadas, con sus grandes cofias blancas. No veía nada en el agua oscura del estanque de Virgilio, pero escuchaba algo en esa agua estancada que no maullaba y que, sin embargo, se quejaba ante mí, que me decía, de manera imperceptible:

–Sí, te reprocho que me olvides. Sí, te reprocho que ya no me reconozcas.

3

En el puerto de Pozzuoli, Louise se aferró a la baranda lisa de aluminio. Estaba helada. Deseaba dirigirse a Capri, un lugar que nunca había visitado. El hidroplano llega al fondo del puerto.

La entrada del funicular se abría como la boca del infierno. Aquel abismo la espantaba. No hay peor vértigo que el que provoca ese pequeño funicular destartalado que te transporta ruidosamente a lo alto de la cumbre rocosa. Durante todo el ascenso dentro de la roca, Louise cerró los ojos. Se dirigió al segundo cementerio indicado en la guía turística, donde se dice que se pueden ver, en el Cimitero Acattolico, en Capri, algunos versos tallados que fueron regrabados para que todavía sean legibles. No aparece el nombre de ningún autor inscrito al final. Son tres versos que fueron tallados en la misma piedra gris, ofrecidos a la lluvia, al viento, al tiempo:

No sabemos nada de esa partida que no comparte nada con nosotros.
No tenemos razón de profesar
admiración, amor, odio a la muerte.

Rainer Maria Rilke compuso esos versos en Capri por encargo de la baronesa Gudrun von Uexküll, a la memoria de Luise von Schwerin. Rilke los improvisó. Después los anotó en un trozo de papel que le regaló a la baronesa, a petición suya. No quiso firmarlos. Luego, esta última se los entregó a un escultor de Anacapri para que erigiera ese pequeño monumento. Apoyando la

mano en el borde de las piedras, Louise se inclina. Se inclina sobre la tapia baja del cementerio sin dios, sin poeta, sin nombre. Son los primeros días de mayo. Son totalmente azules. Si ella quisiera, podría tocar con la mano las gaviotas que vuelan sobre su cabeza. Desde allí también, desde allí, además, puede ver el golfo, el mar, las islas, el paraíso, el infierno de Cumas, la silueta doble y marrón del volcán que se mueve un poco y cuyo pelaje oscuro se estremece, el brazo inmenso de la bahía que llega hasta Sant'Angelo d'Ischia.

De repente, un hombre con traje de lino aparece a su lado. Se aferra al borde de la tumba. El sombrero de paja rueda hasta ella. Ella se precipita hacia adelante. Le tiende la mano. Él se levanta. Qué pálido está. Sus cabellos son muy negros. Qué delgado está.

–Gracias, gracias. Estoy bien. No es nada –dice él en inglés.

Apoya su brazo sobre la tapia baja. Hay jacintos azules sobre las tumbas.

–Hace mucho calor.

Louise recoge el sombrero de paja amarilla y se lo tiende.

–Gracias –dice él en italiano.

–¿Es usted inglés?

–No, soy de Colonia –le responde él, en inglés, no obstante–. Nací en Colonia, donde viví de niño. Me llamo Luigi.

Ella lo ayuda a caminar. Beben un vaso de agua en la terraza de un restaurante.

–Comamos algo –le dice entonces él–. Eso me subirá un poco el azúcar.

Ella acepta.

–Luigi.

–Louise.

Ellos aman los diálogos.

Delgada y esbelta en su vestido de verano azul. Sola en el aire azul, espumoso y casi un poquito tormentoso de bruma al final del día.

Todo es azul en la isla. Ella abandona la primavera. Se despide de los pequeños jacintos azules del cementerio no católico. Volvió a bajar en el funicular, por el agujero del infierno. Volvió a tomar el barco. Se quedó en el puente. Con las dos manos sobre la baranda, en el aire vivaz de mayo que levantaba sus cabellos y en la sombra de la tarde que caía, ella miraba el mar. Qué hermoso es. Siempre fue hermoso. Una especie de grisalla dorada. «Es curioso –se dice–. Ese tesoro inesperado que le debo a un gato atento, delicado, encantador me volvió más solitaria. Más solitaria aún que cuando Jean me dejó, perdiéndose en otra parte de su propia vida, al otro lado del océano, en los éxitos». Se sentó en el banco de madera. Miraba sus manos sobre las rodillas, sus anillos, tan viejos, tan recientes y luminosos, su brazalete. Sus dedos tan largos, tan pálidos, con tendones azules. Desde hacía años, ya, solo con ellos se amaba. ¡Qué solitaria se había vuelto! Lo que había vivido después de todos esos años, ¿podía siquiera decir que se lo había confesado a ese gato que se había ido y que había vivido junto a ella? No, lo que ella había vivido no lo había compartido en verdad con nadie. Ni siquiera consigo misma. Su alma se había cerrado. No, algo en su memoria se había secado. No, no era algo tan clausurado, tan cerrado como un cerrojo. No era ni un cerrojo ni un desecamiento: todo se hundía en ella sin agitación. Desaparecía sin dejar rastro, sin dar señales, sin confesión, sin confidencia. «Viento de viernes no va a misa». ¿Qué quería decir eso? Nada. A veces hay amores bloqueados en el silencio, como viajeros bloqueados por la nieve. No llegan al domingo. A veces hay que dejar el coche en la ventisca. A veces hay que dar media vuelta en la ruta en zigzag, en la ruta de montaña que se muestra demasiado áspera, demasiado vertiginosa, demasiado penosa. A veces es preciso volver a la estación anterior, hay que saber dar marcha atrás, adonde uno era feliz.

El hotel inglés –el jardín tan cuidado de Sorrento que ella descubre ahora– tiene cedros, palmeras, plátanos, hibiscos, orquídeas,

jazmines innumerables. Ella anuda dos veces los cordones de cuero que estira con sus dedos, el pie apoyado sobre la estatua de piedra. Esa fuente vienesa o alemana es la del parquecito del maravilloso hotel con pensión completa donde alquiló una habitación por dos noches en el acantilado de Sorrento. Un chorro de agua brota gorgoteando de la boca abierta de un leoncito. Ella moja los dedos en esa agua ruidosa y fría que escupen los viejos dientes de piedra ennegrecidos. Después, las dos manos enteras. Se moja la cara. Las piedras y el oro brillan en sus dedos. Visita las islas. Las buganvillas se abren en cascada sobre los melocotoneros, los limoneros, los naranjos, los almendros. Ya hace mucho calor. Solo una camisa de hombre casi demasiado amplia cubre su falda. Sus pies están descalzos sobre el pequeño sendero costero de arena. Se cruza con una alta y hermosa turista del hotel, que sube los escalones. Vuelve de bañarse, con el largo cabello rubio todo mojado y una gran toalla de baño en la mano. Louise le pregunta:

–¿Dónde queda la playa privada que posee el hotel?

La joven turista le indica con la mano el viejo ascensor que baja hasta el agua. Ella viene de Gotland. Tiene el cabello dorado, los ojos dorados.

–Gracias.

El ascensor que debe tomar no es peor que el funicular de la isla de Capri, aunque no es menos inquietante. Desemboca en otra pequeña entrada al infierno camuflada entre las rocas. Una vez llega a la ventanilla que permite acceder a la playa, Louise le dice al encargado el número de su habitación.

Ella se quita la camiseta, se introduce, con el torso desnudo, entre los arbustos marinos y las pequeñas algas, se moja el pelo, se pone el gorro, muerde un tubo, se pasa la mano por el vientre para mojarlo, y avanza en el agua fría –tan terriblemente fría– del mar Mediterráneo en primavera, en la sombra oscura de las rocas que bordean la costa, en las algas, en lo negro. Desaparece.

Una golondrina de color gris pálido –al menos de bello vientre gris– llegó y se posó durante un largo rato sobre la balaustrada de madera azul del dormitorio de Sorrento. Extraño pájaro: en un primer momento lo había tomado por una mariposa negra.

4

Estoy de vuelta en el Yonne. Salgo de la muy modesta estación de Sens. Aminoro el paso. Me arrastro ya, porque la garganta se me cierra. Extrañas alertas que surgen de repente desde el fondo del cuerpo. Paso bajo el puente del ferrocarril. Dudo al regresar a la casa vacía. Mis piernas, mi memoria, todo duda al reencontrar la guarida, el jardín, la orilla, la morada de un gatito totalmente suave y negro que ya no está. Hay una pila de hojas secas que se amontonaron al lado del muro. Ya está, allí me senté. Estoy muy cansada. Estuve mucho tiempo de pie en el tren de la tarde que sale de la estación de Lyon y se dirige a Migennes. Hace tanto calor. Todas las hojas a mis pies están calientes y se sienten bien. Después del tiempo en que esas hojas cayeron de las ramas de los alisos, tras ser empujadas por el viento, tras ser comprimidas por las inundaciones del Yonne contra el muro, se amalgamaron. Acumuladas otoño tras otoño, crecida tras crecida, contra el muro de la propiedad. Es confortable. La vista del agua tranquiliza a quienes están solos y tristes y a quienes la soledad y la pena tornan cobardes por un momento. Qué bueno es ser cobarde un instante. Como la oscuridad del cielo, que cada noche envuelve, absuelve en el sueño. Incluso el sol es cobarde y se escapa. El olor de las hojas secas es un perfume más potente que el del mismo heno, si es posible que haya un olor más embriagador que el de las siegas de heno al final del verano en un pueblo del Orne, en los campos y los meandros del Eure. Cuando no se tiene el valor de volver a una casa vacía, cuando se reclama un poco de tregua, cuando se siente la

indolencia, la súbita pereza de sentarse allí, en la ribera, sobre las hojas, sin tomarse el trabajo de llegar a la reja, a los postigos cerrados de la propia casa por el viejo camino de sirga. Cuando una está sentada allí, sin hacer nada, con la mochila metida entre las piernas desnudas, y se calla ante el rumor del agua que pasa, el pasado se aleja, la conciencia o la culpa se deshacen tan rápido como las líneas del agua que se alisan y se aplanan, el alma se evade y sube hasta las nubes, y a veces se oye pasar el tren a lo lejos, a nuestras espaldas, en el viento del oeste, detrás de la nuca, pero resulta entonces que una está a salvo de todo. Una está siempre profundamente en casa cuando se sienta a la orilla de un río. Desata los cordones de algodón de sus zapatillas. Introduce los pies oprimidos y cansados en el agua, desplegando las pobres articulaciones tan singulares de observar y totalmente blanqueadas. Las bellas escamas de las uñas brillan una vez mojadas. Esa playita de barro seco, de hojas muertas, de polvo, de pronto es una verdadera morada maravillosa. Y además de ser maravillosa, es segura. Nadie va allí. Se trata de una playa que nadie puede ver si no se asoma detrás de la reja y las ramas que rodean los edificios de la zona de urbanización estatal.

Solo la conocen las libélulas, los gatos.

Las patas vienen a poner sus huevos aquí.

Las efímeras, cuando hace calor.

Las ardillas, porque algunos avellanos se han mezclado con las ramas de los alisos.

Peer, con su pelo negro, iba a dormir allí después del almuerzo. Ella se acuerda de Baby Bee Biberona, de cuando era una niña muy pequeña, cuando todavía tenía dientes que estaban saliendo y vivía en L'Aigle. El jardín de la casa de entonces bajaba hacia un bosquecillo de nogales que desembocaba en un afluente del Rille o en el mismo Risle.

Su abuela decía el Rille.

Su madre decía el Risle.

Bernardine y Bernadette discutían.

En su sueño, ella ve una gruesa nutria que mordisquea la hierba.

A Bee le gustaba mucho el agua, cualquiera que fuese.

El rumor del agua.

Bee saltaba al borde del lavabo cuando me cepillaba los dientes. Entonces, inclinando la cabeza, la gatita con la barbilla blanca se ponía a beber directamente del chorro de agua que salía del grifo.

De pronto, su corazón empieza a latir fuerte.

Una larga libélula azul, muy delgada, con sus cuatro membranas transparentes, hace un ruido infernal en torno a sus oídos, y se va hacia los juncos.

Un cisne se acerca a sus pies, que han estado removiendo el lodo delante de ella.

Ella no se mueve.

Teme por los dedos de sus pies.

El cisne se acerca más. Viene a ver si encuentra algún caracol o algún gusano para sumergir su cuello.

La pequeña pendiente, demasiado seca para deslizarse, se hunde bruscamente en el agua profunda, en el agua verde almendra del Yonne.

Otras veces, son pescadores con caña, capaces de pasar por el agua, por el borde de los aparcamientos, gracias a sus largas botas que llevan atadas hasta la cintura, los que se aventuran allí.

Son grandes apariciones, todavía más ruidosas que los cisnes, que chapotean lentamente y arrojan allí sus extrañas cucharillas.

Ahora ella oye, en el fondo de su alma, el extraño sonido de las cucharillas, que perforan el agua del río o del arroyo.

El extraño ruido de cajita de música del carrete al recoger su señuelo, que se desliza en el fondo del lecho y de las hierbas del río.

Era su padre.

Ella piensa en su padre, al que le gustaba muchísimo la pesca.

Cuando su padre fue abandonado, súbita e inexplicablemente por su madre, cada hora vacía, cada receso, cada momento de ocio lo

dedicó a la pesca. Cada periodo de vacaciones lo consagró, del amanecer hasta la noche, a esa suerte de espera pura que es la pesca.

Partía con su caja de gusanos, sus dos cañas, su caña de lanzar, su red, sus cucharillas.

Es un extraño canto el de un hombre convertido en la encarnación de la paciencia.

El estallido metálico del anzuelo en el aire, del plomo que lo precede, de la boya que lo sigue, y todos tocando el agua.

El triple y minúsculo sonido sincopado de salto sibilante, de súbita inmersión y, de repente, de suicidio.

El sonido opaco y prolongado de un infinito silencio. Y el agua vuelve a estar tan unida y chata y plana como una sábana magníficamente planchada, apenas con una pequeña cerilla de punta roja que se desliza sin hacer ruido y se bambolea sobre la superficie gris.

Un pequeño trozo de madera que sale a la superficie, que hipnotiza la vista. Con el que sueña el alma toda la noche cuando lo ha visto todo el día.

Y de pronto, pesando en el extremo del brazo, fuerte, vigorosa, haciendo mover los juncos, una cosa viva, gris, sin forma, proveniente del fondo del mundo, casi azulada, aflora.

Su padre es viejo en el sueño que ella ve de golpe. Está en el jardín.

En el cuenco de tela blanca de su tumbona.

–¡Papá!

Ella piensa que él la va a recibir con alegría, pero cuando se vuelve, la mira de manera extraña. Hace mucho tiempo que el alma de su padre se extravió en otro mundo y su memoria se perdió. Hoy, bajo su melena de cabellos que se volvieron blancos como la nieve, ya no la reconoce.

–Soy yo, tu hija.

–Buenos días.

Pero ella advierte que no la reconoce en absoluto.
–Buenos días, señora –murmura, mirando la pared.
–Papá, mira. Te traje lo que más te gusta en el mundo.
–¿Qué?
–Macarrones para el postre.
–Detesto los macarrones.

5

Ella vuelve sola de la escuela. Tiene siete u ocho años. Al bajar del autobús, después de la escuela, camina por la ribera. Empuja la reja en la orilla. Busca en el fondo de su mochila la gruesa llave de la puerta de la casa. Está atada a una pelota de corcho. Había una vieja lechucita corroída, de yeso blanco, pegada en la madera misma de la puerta, erosionada por la lluvia, para proteger la morada de la desgracia. La cerradura es muy difícil. Primero hay que tirar de la puerta, levantarla un momento, antes de introducir la llave. Las magias, los errores, las mentiras, los ángeles de la guarda, las malas suertes, los espíritus de los lugares, los terrores completamente injustificados acechan. Hay algo en el espanto del mundo que no conoce el tiempo. Todo acecha. Resurgen extraordinarias supersticiones, interceden como pueden, reanimadas sin cesar por una partida, una mudanza, un amor herido, una muerte súbita, un abandono, una crisis de angustia. La niña avanza por la avenida. En el almacén pide un frasco de alcaparras para cocinar la raya y pide una lata de conservas de corazones de alcachofa para acompañarla. ¿Por qué alcaparras? ¿Por qué alcachofas? No lo sabe. No comprende. No hay otra calle en el fondo de sus sueños más que esa gran avenida del extremo del pueblo que ni siquiera está asfaltada, ni pavimentada, que conducía al mimbreral. Reencuentra algunos pequeños negocios pobres (ropa, cuchillería), poco abastecidos, donde la puerta al abrirse hace sonar un cascabel, un cencerro, la campana descompuesta de un timbre. Ese fue en otro tiempo su pueblo. Esa fue antaño su infancia. Nada ha cambiado,

aunque las atribuciones, los símbolos, los colores ya no sean los mismos. La antigua oficina de Correos se ha convertido en un banco agrícola. La herrería dejó su lugar a una óptica. Ella sube los dos escalones bajo el alero, acaricia con la mano la lechuza fantasma y mete la llave en la cerradura de su casa, bajo la mirada de todos los habitantes –los aiglenses y las aiglenses– que la vigilan.

Bajo las miradas de todos los muertos que la juzgan.

Observada por todos los desaparecidos, los fantasmas, los ancestros. Qué severos son sus ojos. Más duros aún que la envidia de los vivos.

Ella avanza en la gran habitación de su padre, que está totalmente a oscuras.

Las cortinas de las dos ventanas que daban a la calle han sido corridas.

–¿Por qué la habitación está toda oscura? ¿Por qué cerraste el cuarto de mamá?

–Tu madre se fue.

–¿Mamá se fue?

–Tu mamá quería irse. No se puede hacer nada. Se fue y no volverá más.

Ella apoya su frente ardiente en la gran palma abierta y fría de la mano de su padre, que la atrae hacia él. Apoya su frente sobre su vientre que sacuden y agitan los sollozos. Suben como olas. Él acaricia su pelo.

–Ya sabes –le confiesa al fin–, vamos a extrañar incluso el odio. Incluso la aversión, la hostilidad que rodeaba nuestras dos vidas.

Él la besa en la mejilla.

–¡Ve a cepillarte los dientes!

¡Oh, mi infancia! Las ranas que coloco en una escalera hecha de pequeños palillos en la pecera de cristal para que predigan el tiempo y hagan que vuelva aquella cuyo nombre de hada guardamos celosamente en secreto.

Al trepar por los peldaños de la escalera, anuncian el regreso del sol.

La mirada ansiosa se dirige a ellas para que lo indiquen, para que lo profeticen sin lugar a duda con la punta de sus dedos traslúcidos. Sus ojos son enormes. Su suavidad es viscosa. Animales tan conmovedores y antiguos como los sexos de los chicos que se tocan bajo la tela o la franela algunos años después, al final del colegio. Que se tantean con la audacia brusca de los dedos durante el primer amor, que hace latir algo más que el corazón.

Durante la vida, al cabo de cada etapa, sobrevienen unas ruinas repentinas. Aun en las etapas más jóvenes. Son envejecimientos incomprensibles que comienzan muy temprano. Adiós al juego de las cerillas. Los palillos. El juego de las cuatro esquinas. Ráfagas de obsolescencia hacen caer todo de golpe. Adiós a los cubos. Algunas fantasías adoradas se abandonan. A los cuatro años, a los diez años, a los dieciséis, a los treinta y tres, a los cincuenta y cinco, a los setenta.

Súbitos virajes del tiempo.

¡Oh, mi infancia!

La gata Bee era el misterio del salto vital, vertical. El puro impulso. Saltaba nueve veces su tamaño. De golpe estaba en lo alto de la biblioteca, ante los ojos asombrados de mis compañeros del colegio de L'Aigle.

Ella los suplantaba.

Se burlaba de ellos.

La nieve invadió el balcón. Es como la blancura de la barbita que tiene en la punta del mentón. Es fin de año. Toda la calle está blanca. Entonces yo avanzaba con alegría. Con prudencia, sentía bajo la suela de mis zapatos, atados muy alto en el tobillo, la capa de nieve. Cuánto le gustaba a la niñita, cuánto le gustaba sentir bajo sus pies la alfombra suave, al menos ligera, mullida, de las viejas hojas secas del otoño que se habían vuelto a impregnar de

inmediato con el agua de la nieve que se había depositado sobre ellas. Ella empujaba la reja. La nieve lo cubría todo, los sillones de hierro, la mesa, las ramas de la retama. Iba a su lección de piano por la ruta que sube y que conduce a Aube, que gira a la derecha después del cementerio de Ray. No hacía frío. El clima era gris. A lo lejos el cielo estaba gris oscuro y brillante.

Hasta una infancia terrible es un paraíso perdido.

6

Vuelvo muy rápido, vuelvo casi de inmediato a Nápoles. Había alquilado un pequeño Fiat en el mismo aeropuerto de Capodichino. Era hermoso. Chiquito, redondeado, muy lindo, azul claro. Tan azul como el mar bajo el castillo angevino que domina el puerto. Ahora descansaba, bien cerrado, en la bodega del barco, con la maleta y los bolsos ocultos, invisibles en el baúl. Subí a la parte alta del ferri. Me senté bajo la lluvia fina que caía. De pronto vi la isla de Procida acercándose poco a poco. El mejor momento del clima ya había pasado, abril había pasado, ya era junio. El mar estaba agitado. El oficio que yo seguía ejerciendo era muy apropiado, porque presentaba pocas limitaciones. Me enviaban los manuscritos por correo electrónico. Realizaba todo mi trabajo en mi pequeña computadora portátil blanca. Blanca como la crema Chantilly, más blanca que la capa de nieve en la ribera de un pueblo normando. Y el teclado era tan suave y silencioso como la nieve que cae sobre la nieve.

Podía trabajar donde fuera, en cualquier parte. En los aeropuertos. En los trenes. En las salas de espera de dentistas o ginecólogos. Todas las noches de insomnio.

Habría podido trabajar en las iglesias si hubiera querido, bajo un vitral, en el frescor, la austeridad, la soledad. En cualquier parte. Con el tesoro que Peer me había confiado al partir, tenía tendencia a moverme más. A concederme habitaciones confortables, con vistas llenas de cielo o de mar o de picos de montaña, con terrazas espléndidas. A regalarme comidas más refinadas, más variadas,

menos ricas, más suculentas. Vinos más raros. La casa donde vivía y que daba a un brazo seco del Yonne, sin Peer, sin su pelaje negro, sin su amor, sin sus caprichos, sin sus exigencias, sin sus caricias –incluso sin sus enfermedades–, se había vuelto tediosa. Aburrida. Languideciente. Pequeñas casillas, pequeños patios de césped y baldosas, no solamente hechizados por su ausencia sino engullidos por una tristeza que no se agotaba.

Todos los fines de semana deseaba viajar. Ya el viernes me había ido. El lunes no había vuelto. En los hoteles, a veces pedía en la recepción que me imprimieran una copia en papel para descansar la vista en el trayecto en tren, para trabajar afuera, en la terraza, bajo una sombrilla, más allá del reflejo del sol sobre la pantalla. Ante el menor nubarrón, la menor agitación, el menor abatimiento, me sentaba ante la hoja como ante un paisaje. En pocas horas mi tarea estaba concluida.

¿De pronto necesitaba un diccionario? Abría la búsqueda en mi teléfono móvil.

Una taza de café a la derecha, un cenicero un poco más lejos, las piernas estiradas en la punta de la tumbona, junto al borde de la piscina del hotel.

Bajo un toldo de tela, sobre la arena mojada de la playa, pensaba, con el marcador Muju erguido en la punta de los dedos, entre el paquete de cigarrillos Lucky Strike y la funda negra del mechero.

O bien buscaba una palabra perdida, concentrada, hipnotizada por el pitillo levantado, ante los ojos, en los tres dedos. Como una flor.

Como quien coge una flor cuyos pétalos marchitos no quisiera de ningún modo que cayeran.

Meditativa, inmóvil, buscando en el fondo del alma unas frases, movimientos de frases, ataques súbitos, suavidades, flexiones, y luego saltos, ataques, estallidos de frases, impulsos de frases.

Cuando me encontraba en una ciudad extranjera, lo primero que pedía en la conserjería del hotel era la lista de los mejores

restaurantes. Cuáles estaban más cerca. Luego, inmediatamente después, los horarios de misa, o al menos, las direcciones de las iglesias más bellas al amanecer.

7

Ella se despertaba muy temprano.

Desde el retorno de la luz en el fondo del cielo, desde el desvanecimiento de las estrellas, desde la llamada de los pájaros, desde los primeros albores, en el frío de la aurora, mucho antes de que se abriera el salón del desayuno, con un polar sobre los hombros, ella se dirigía a las basílicas, a las catedrales, a las capillas de los conventos, incluso a las de los hospitales o las instituciones religiosas más cercanas a su hotel, para la primera misa. No creía en Dios en lo más mínimo, pero le gustaba ir a disfrutar del rezo de los otros y descubrir sus cantos, sus voces endebles o duras, sus sinceridades, los gestos tímidos, tan particulares, personalizados, que la fe preconizaba. Le daba un sentido a su salida con el nacimiento de la irradiación de la aurora sobre la ciudad. Iba a gozar del aire intacto en los bolsones de sombra que forman esa especie de alveolos laterales que rodean la nave y que garantizan el asiento y la sombra. Iba a aprovechar las llamas de las velas que suben en el aire inmóvil, a embelesarse con la multitud de lamentos, con el susurro de las confesiones, con las olas atemorizadas y todavía temblorosas que siguen a las vergüenzas. El surgimiento repentino del canto de una vieja voz trémula junto al olor de un cirio, pirueta de barcarola, ala de ángel como esa vieja voz ferviente en la vasta, tan alta y desnuda, tan lisa belleza de las piedras. O sencillamente llenarse de silencio si no había un cura, si no había misa. De todas maneras, a esa hora, en días laborables, nunca había mucha gente. Siempre eran pobres y bellos rostros mayores, supersticiosos,

meticulosos, solos, arrugados, gastados, iluminados, que acudían a rezar temprano, al final de la noche, para transfigurar tanto como fuese posible el día que iba a aparecer. A ella le gustaba ese olor a jabón, a barba afeitada, el perfume a polvo de arroz que llegaban a mezclarse con los aceites de incienso, a su vez inmersos en un viejo tufo húmedo a bosque primario helado y a musgo tenaz. Las sillas de mimbre pinchaban los muslos bajo la falda o el vestido. Ella se arrodillaba cuando la concurrencia se arrodillaba; no murmuraba ninguna fórmula, pero movía los labios como lo hacía todo ese mundo enrarecido, empobrecido, desfavorecido, acorralado, esa singular tribu que todavía creía en la trascendencia de un Padre por encima de un planeta redondo, bajo la bóveda de un cielo único, cerrado, muy próximo, íntimo, elegido, dorado, eterno.

No pedía nada junto a los que pedían un vestigio familiar. Una reliquia de la tradición. Un relieve de mito o de leyenda. Ella simplemente estiraba los hombros. Se quitaba el chal, abría la cremallera del polar, liberaba el cuello, abría ligeramente las piernas, bajaba la cabeza en la penumbra fresca, como un gato que se adormece. Se apaciguaba.

Ya es por la tarde. Sale del pequeño museo de la isla adonde fue a admirar el viejo retablo, pintado en grisalla en el siglo XIV, de las tres Marías de Procida; a unos treinta metros debajo de ella, tal vez a cuarenta metros más abajo, ve a un hombre al atardecer sentado en la parte trasera de un bote. Es una pequeña lancha que atraca. Él es muy hermoso bajo el color violeta del crepúsculo. El hombre se para, alza la vista hacia ella pero no la ve. Lleva un sombrero de ala ancha. Sube por el muelle. Camina con dificultad. Lleva un bastón. A Louise le parece reconocerlo por su manera de avanzar sobre el pavimento, por su traje claro. Se acerca a una cantina entre las casillas de pescadores, en la base de las murallas. El hombre se quita el sombrero y lo apoya en un sillón de plástico. Coloca su bastón sobre los brazos del sillón. Se instala en una mesita sobre los adoquines del puerto.

Ella quiere estar segura. Baja por la vieja escalera empinada de

la muralla. Esta vez él lleva una especie de borsalino gris que apoya sobre la mesa despareja. Tiene el cabello muy negro, muy bello, parecido a las plumas de las cornejas. Se agacha. Se le ha ocurrido calzar una de las patas con un pedazo de cartón. Un traje de lino arrugado gris muy hermoso. Una camisa blanca. Lo reconoce. Es él.

–¡Oh! Me alegra volver a verla –le dice al verla aparecer a su lado.

Se levanta. Le estrecha la mano.

–¿Usted es Louise?

–¿Se acuerda?

–Por supuesto.

–¿Me puedo sentar?

–Claro que sí.

Él parece contento. Ella trae una silla de hierro. No se sienta frente a él, sino a su lado, de cara al puerto. En verdad su nombre no es Luigi, sino Ludwig.

–Nuestros nombres son casi el mismo –constata ella.

Ella observa los botes en el pequeño puerto pesquero frente a ellos. Se calla. De golpe señala con el dedo el vaso sobre la mesa de acero.

–¿Qué es eso con tan lindo color?

–Un *ouzo*.

–¿Qué es? ¿Es rico?

–Un *ouzo* es un licor de anís griego.

–¿Lo puedo probar?

Ella lo prueba pero pide una jarrita de vino blanco helado de la isla.

–Aquí, a veces, me creo en Grecia –le dice él–. Entonces, como estoy en Grecia, me gusta beber un pequeño anís divino de las colinas de Beocia. De las laderas del Helicón. Estoy junto a Hesíodo al pie del Helicón. Me encantan los dioses de Hesíodo. Sus nombres son tan simples, tan inmensos. Caos, Noche, Ensoñación, Sueño... Son más convincentes que...

Ella lo interrumpe.

–A decir verdad, mi nombre no es mi nombre.

Ella le confiesa que originalmente, en el Registro Civil, no se llamaba Louise. Le daba mucha vergüenza el nombre que su madre le había puesto.

–¿Y cuál era ese nombre?

–¿No se va a reír?

–¿Desearía que me riera?

–Bernarde. Se puede reír.

–¡Oh! –exclamó–. Bernarde. Bernarda. San Bernardo. Es muy hermoso.

Él le toma la mano.

–Cuando era niño, cuando mi padre vivía, cuando veníamos a Nápoles, pasábamos por el puerto del Gran San Bernardo.

Él acerca su bello rostro anguloso.

–A mí, mi madre prefería llamarme Ludwick. Mamá era música. Decía que Chopin había murmurado «Ludwicka» en su último aliento. Decía: toda su música reclamaba la familia perdida, una hermanita perdida, una infancia perdida, la gran mansión polaca de la infancia. Y Ludwicka estuvo en sus labios en el momento de morir.

–Y ahora somos Louise y Louis.

–Toda su vida solo amó a sus hermanas.

–Yo no tuve hermano ni hermana.

–Tampoco yo.

–Y no fui desdichada por no tenerlos.

–Mire, antes que Ludwig, prefiero Luigi.

–En todo caso, me escapé de lo peor.

Mientras bebía su vino blanco y encendía un cigarrillo Lucky, explicó que su madre se llamaba Bernadette. Su abuela materna se llamaba Bernardine. Era una niña que había sido entregada al final de la guerra por unos granjeros del Eure a las hermanas del convento de las bernardinas de Évreux. Cuando era pequeña, en la escuela del pueblo, había decretado que se llamaría «Bé» cuando se dirigieran a ella. Cuando su madre se fue, había recibido de su padre un gatito, una pequeña gata a la que había llamado Bee. Pero en la

adolescencia, al ser admitida como interna en el liceo de Dreux, sin pensarlo, había escrito Louise en la parte superior de las pruebas.

Louis la escuchaba sin responder. La miraba sin decir nada. Ella estaba toda vestida de azul oscuro. Tenía unos pantalones de seda bastante cortos, pequeñas bailarinas negras. La blusa estaba hecha de la misma seda dúctil, tibia, suave, donde flotaban sus senos cuando se enderezaba. Cuando se ahuecaba el pelo con las manos. Tenía el cabello largo. Era muy bella.

Ella lo mira a su vez. Murmura.

–Es sorprendente que nos hayamos vuelto a encontrar.

–No, no tiene nada de sorprendente. Vivo enfrente.

–¿Dónde?

–Allá. Mire. Allá, sobre el puerto.

–No veo.

–Ahí, en el segundo piso, encima de las tablas de madera que cubren las lanchas y los botes, el balconcito, es mi apartamento.

–¿Allá?

Ella señala con el dedo la ensenada del puerto pesquero de Procida. Apunta a un viejo edificio de tres pisos, a lo lejos, debajo del cual sobresalía un viejo embarcadero.

–Exactamente.

–¿Debajo del toldo?

–Encima del toldo. Justo en donde el pontón se adelanta. Encima del alero que sirve de refugio para las barcas y los taxis acuáticos.

–¿Ahí?

–Así es. Es ahí.

Se callan.

Miran las pequeñas redes de los pescadores que regresan. Las lanchas, en sentido contrario, dejan la playa y regresan a los veleros y a los yates.

–Lamenté no haberle pedido su dirección cuando almorzamos en Anacapri –confiesa él.

–También yo tuve esa intención.

–Creí que no la volvería a ver más.

–Pero aquí estamos. ¿Al menos sentía un poco de pena?

–Sí, así es. Algo de pena.

–Pero no, si me lo permite, más bien una impresión de desaparición un tanto inexplicable me perturbó.

–¡Ah! Conozco eso. Una impresión de desaparición incomprensible. Esa impresión aparece con frecuencia cuando uno envejece.

–Es terrible lo que dice.

–Es terrible porque usted es mucho más joven que yo. Eso es lo que pasa. De pronto sentimos, cada vez más, a nuestro alrededor, que somos completamente olvidados.

–No, yo no lo había *olvidado completamente*.

–Usted no. Pero el mundo sigue su curso. Se ensancha un hueco donde se pierden, uno tras otro, todos aquellos a los que uno amaba. La naturaleza toma la delantera. El entorno nos percibe menos. La realidad nos expulsa.

–Pienso que lo más cruel no es ese olvido. No es para nada esa expulsión. Sino imaginar que la belleza de este mar que se retira es una expulsión.

–¿Quiere decir que ese vacío podría ser dichoso?

Ella calla.

–¿Más dichoso?

Ella calla.

–¿Ese vacío que se abre?

Ella calla.

–¿Ese vacío que se agranda? ¿Que aspira?

Ella calla. Toma su vaso. Hunde su nariz en el vaso de vino blanco helado.

–Soy lúgubre –dice él–. Perdóneme.

Ella calla.

En la playa de pescadores, una niña le peina el cabello a una muñeca de madera. Louise empuja las aceitunas sobre la mesa de hierro. Enciende un pitillo. Estira las piernas sobre los adoquines. Ese pequeño puerto tan pobre es una maravilla. Levanta la vista. El cielo

está vacío. Muy azul.

Luigi habla para sí mismo. No se dirige a ella.

–La muerte me obsesiona –murmura.

–¿No está bien? ¿Se cayó de nuevo?

–Estoy muy bien. Lo que pasa es más elemental. Bebo porque la muerte me obsesiona. Entonces me caigo al suelo.

–¿Tiene miedo de morir?

–Por supuesto que no. Mi madre, en la otra isla, es quien está muriendo, quien está asustada de morir.

–Perdóneme.

–¿Qué tendría que perdonarle? Hay muchas señoras ancianas más desgraciadas que ella. Ella tiene noventa y dos años, dos gatos, y una decena de gatos que van a visitar a esos dos gatos hermanos, o digamos que son hermanos entre sí, y un espléndido piano...

–Pero eso no tiene nada de triste, lo que usted cuenta... Y es un poco mi vida...

–No tiene nada de triste pero es triste. Sí, ella está aterrada. O mejor dicho, resulta que su miedo me pone triste. Ya sabe, usted no puede no saber cuán contagiosa es la ansiedad de una madre.

–No, no lo puedo saber.

Como él no se dirige a ella, ella deja de dirigirse a él. Cada cual le habla al aire que le rodea.

Cada cual se comunica con la noche que cae.

Cada uno se dirige a los veleros, a las lanchas de los vivos, al bote de los muertos.

A las gaviotas, a los albatros, a los halcones marinos que los sobrevuelan o que los siguen.

A la luna que se eleva.

A las bombillas de todos los colores que se encienden para enmarcar los restaurantes, los mesones.

A los pequeños mosquitos que se acercan.

Louise los espanta con las manos. Louise los ahuyenta.

–Mi madre, un buen día, se *evaporó*. Durante largos meses yo también me había empeñado en morirme, porque me había vuelto

totalmente infeliz.

–¡Qué idea estúpida! –responde él y se levanta.

8

Él la acompañó al hotel situado sobre el puerto pesquero, sobre el muelle, en las alturas de Procida. Se quedó solo sobre la hermosa terraza en ángulo del hotel de la Casa sul Mare que daba al mar abierto y a la oscuridad. Al día siguiente, dejó un mensaje en la recepción del hotel de la «Casa sobre el mar». Dejó su número de teléfono e hizo anotar también al conserje del hotel la dirección del pequeño apartamento que alquilaba, que a su vez daba a la parte más baja, al mismo nivel del agua del puerto pesquero, frente a la parada de los taxis acuáticos. Al final del pequeño espigón, se podía ver la isla de Ischia, donde vivía su madre.

«Por desgracia, la muerte está cerca de mí.» Ese fue el pensamiento que tuvo entonces al dejar el hotel, bajando por la callejuela. Era mediodía. «¿Por qué no se lo dije?». Tomó, a la derecha, la escalera abrupta que conducía directamente al puerto.

«Pero ¿a quién se lo diría? ¿Por qué se lo diría? ¿Tan rápido?». Bajó, sorprendido, prudentemente, sobre las viejas baldosas de lava dislocadas, sobre los escalones viejos y desiguales, hasta el puerto donde había dejado la lancha. Se agachó cerca del poste de amarre. Tiró de la cadena mojada, el bote vino hasta él.

Se amaron. El sueño que él tuvo con ella, algunas noches después, fue muy dulce. Muy fastuoso y dulce. En San Carlo. En los salones. Los candelabros brillaban. Ella llevaba un vestido largo de concierto. ¿Por qué llevaba un vestido de concierto? A su lado, ella podía pelar

marisco durante horas.

Habían almorzado juntos en una terraza en Anacapri dos meses antes. Ahora se encuentran en la Conchiglia, en la playa de Olmo.

–Louise, Luigi.

–Ludovica, Ludovico...

–Somos gemelos.

Eran inseparables.

Fue en el silencio de la iglesia de Santa Menna, allí, en la penumbra de la pequeña capilla lateral, bajo el fresco descolorido, dos días después de habernos vuelto a ver, cuando nos tomamos las manos por la mañana. Cuando nos abrazamos. Por primera vez sentí su sexo que se levantaba contra mi vientre y fui tan feliz. Él retrocedió. Yo acaricié su mejilla, la parte alta de su mejilla recién afeitada, lisa y rosada, el nacimiento de sus patillas negras, de sus cabellos negros tan maravillosamente negros y sedosos. Vivía en el puerto de Nueva York, donde todavía daba clases en el semestre de invierno. Sus padres eran oriundos ambos del puerto de Colonia. Su madre, más exactamente, de Brühl. Ella se había instalado, primero, por su jubilación, en Capri. Luego, cuando su tercer marido murió, había ido a pocos kilómetros de allí, a la isla de Ischia, más apacible, más tranquila, menos invadida, menos turística. Una gran mansión sobre la colina, con un hermoso jardín silvestre, justo enfrente de Capri, cuya silueta de jabalí percibía sin cesar, a partir de la cual podía rememorar sus recuerdos, sus alegrías, el duelo que tanto la había afectado.

Acordarse, pero acordarse de lejos, tal era su deseo, de muy lejos, en la bruma del amanecer, envuelta en la tenue niebla, cubierta por el velo de la lluvia. Entre las lágrimas de las nubes.

A él le gustaba mucho hablar de su madre. Era el único defecto que ella le descubrió. Su pelo negro era muy hermoso. De manera

absurda, en los primeros días de verano, Louise empezó a depilarse dolorosamente, completamente, con una pinza de depilar. Era un extraño y paciente desafío que se había propuesto, cuyo motivo ella misma no advertía. Sentada en el suelo, junto a la ventana de la habitación del hotel de la Casa sobre el mar. Luego, frente al espejo que revestía la puerta interior del baño del minúsculo apartamento de Luigi, simplemente desplazando un poco la puerta como ella lo deseaba, podía verse, podía mirarse mientras se depilaba la cavidad de sus axilas, debajo de su vientre y sobre sus muslos, sus cejas, durante horas y horas. Era como un gato que se lame sin parar en primavera, durante su muda, antes de arrojarse entre las hojas, los brotes de la parra y las flores. Ella contemplaba su reflejo. Estaba muy satisfecha con esa nueva apariencia. Comía menos. A él le parecía que ella estaba adelgazando.

A los cincuenta y un años, ante su mirada, en su reflejo, la ausencia de pelos convertía todo su cuerpo en un largo cuerpo de niña que había pegado el estirón y que le agradaba.

Una pequeña cascada desnuda en la oscuridad.

Una larga precipitación de silencio.

Fue lentamente, en el fondo de su alma, como un telón que se abre. Lentamente se abría a la nada. Al vacío. A la oscuridad del escenario. El telón era negro. Era grueso y estaba algo sucio. Se abría cada vez más. Algo que ella ni siquiera esperaba se realizaba sin que tuviese siquiera tiempo para asombrarse.

La felicidad avanzó como una ola brusca e inmensa que poco a poco la derribó y la tragó.

Luigi-Ludovico-Ludwick le hizo descubrir hasta qué punto todos esos lugares, ese contorno de islas, que conocía como la palma de la mano, que había dominado año tras año, taxi acuático tras taxi acuático –pequeñas góndolas, lanchas fueraborda, esquifes,

aliscafos–, eran humildes y mágicos. Él adoraba los barcos. Todos esos cabos, esas cuevas, esas playas, esas calas donde no había nadie. Podían acariciarse bajo la mirada de las aves. A veces iban sentados en la popa de un barco de pescadores, que pescaban a su lado, para admirar relieves más salvajes, las costas que no se divisaban desde la isla, desde las cuales uno no se podía zambullir, bajo las cuales era peligroso nadar. No solamente es bello lo que es bello, le murmuraba él. Ni lo que es raro es lo que inevitablemente se distingue. Hace veinte años que registro este mundo. Lo que es bello, se lo voy a decir –le decía él–, es que las estaciones se parecen aun cuando nada se parezca nunca.

Iguales y nunca iguales, sin duración, así irrumpen estos sitios. Estos lugares paradisíacos. Irrumpen totalmente desde el fondo de sí mismos, surgen estos rincones volcánicos que no dejan de nacer.

Iguales y nunca iguales como lo son en cada estación las flores, los arbustos, los árboles.

Cada uno más extraordinario que el anterior.

Las luces, las lluvias, las frutas, las nubes, todo.

–Sí –murmuraba ella, porque sentía que algo era sincero en él, más allá del flujo de sus palabras. Algo que también era frágil. Y ella estaba de pronto distendida a su lado, en el silencio, sobre la popa del barco, al viento, junto a su cuerpo suave, con largos cabellos negros tan suaves. Pelo encantado que tenía un aroma a satén suave, a combinación suave, líquida. Ella soñaba, fantaseaba, pensaba en la casa del Yonne. Porque en la orilla, porque en los alisos y los sauces, en las mimbreras y los juncos, entre el pontón y la reja, porque bajo el pequeño alero de madreselvas, sucedía lo mismo ante los ojos atónitos de Peer, todo volvía sin parecerse nunca. Un año, había fisgoneado un erizo, transformando los arbustos. Otro año se insinuaba una larga y sublime culebra, modificando la hierba y los tréboles. Un año unos castores habían llegado a ramonear el césped –transformado en una estepa cubierta de minúsculos bisontes– y luego se metieron en el agua y nadaron como nutrias y alcanzaron la isla de enfrente. Un buen día, hace tres

años –Peer, Petit Père, Périgord aún vivía–, una ardilla extraordinariamente febril apareció en el jardín, reinó en el jardín, transformó las ventanas, las tejas de los tejados, las ramas, pero apenas se quedó un mes. Peer estaba fascinado, inquieto, subyugado, no cazaba, no mordisqueaba. La observaba sin cansarse. Y después de eso ya iba a hacer diez años que una pareja de tórtolas de Turquía llegaba en abril, y Peer las esperaba. Peer se asombraba de todo, se inquietaba por todo, aceptaba finalmente todo, se asombró hasta el último suspiro que sintió contra su vientre.

9

Luigi: Vivíamos básicamente en un barco de pesca o en un taxi acuático sobre el mar Tirreno, en motocicleta taxi o en coche eléctrico por las rutas de la isla. Yo le mostré todo el menú paradisíaco que brindaban esas islas que conocía de memoria desde la época en la que acudía para reunirme con mi madre y mi padrastro, durante años, con motivo de las fiestas religiosas. Los antiguos romanos antaño habían escrito que era el más bello sitio que pudiera hallarse sobre la tierra. Esa bahía era el imperio de las sirenas. A la vez, aquí –decían bajo el imperio–, se sale del paraíso y se entra en el infierno. Era el lugar de ida y vuelta del Tiempo. Aquí no se nacía para morir: se nacía muriendo. Los griegos de la ciudad de Atenas eran quienes habían fundado todos esos puertos. Los habían fundado primero en las cuatro islas –antes de abordar la bahía y sus vapores, sus ácidos, sus movimientos imprevisibles, su magma, sus géiseres, sus polvos irrespirables donde morían los pájaros. Luego fue el primer emperador de Roma quien había vendido la isla de Ischia para comprar la de Capri, mucho más robusta, dominante, aserrada. Usó el pretexto de que prefería una isla rocosa y escarpada antes que una isla volcánica y accesible. El emperador Tiberio –el emperador del lago de Tiberíades– tenía tanto miedo de ser asesinado si persistía en residir en la ciudad imperial, a orillas del Tíber, que había establecido sus palacios en la cumbre de esa corta silueta de jabalí levantada en el mar que llaman Kapros. Toro que surge del agua. Las trirremes, las galeras cesaron sus viajes entonces, y hoy, las lanchas fueraborda y los aliscafos siguen

surcando el mar, de isla en isla. El mar se mueve. La tierra se mueve. Los mismos volcanes la ayudan a levantarse revigorizándola con sus fuerzas respectivas. Todo está vivo y, sin embargo, todo huele a azufre y su hedor de podredumbre.

Aquí la arena es negra.

Es una bahía tan extraña.

Es el lugar donde Sibila espera a Eneas para bajar al fondo del mundo.

Cuando quedó viuda por tercera vez, cuando se encontró sola en la bahía luminosa, mamá de pronto se sintió muy mal. Tuve que venir a ayudarla en su silencio, su duelo, su depresión, su pena. Le costaba comer y rezongaba para vivir, ella se iba. Y como tenía que venir con más frecuencia, abandoné la idea de vivir en el hotel, en Nápoles, tal como lo hacía hasta entonces, por no ser capaz de vivir en su casa, con ella, junto a ella, sometido a sus caprichos, a sus recriminaciones, a sus súplicas, a sus suspiros. Al cabo de pocas horas, por más esfuerzo que hiciera, ya no podía más. Preferí alquilar este apartamento, aquí, encima del puerto pesquero, y divertirme haciendo el viaje de ida y vuelta en bote. Y soy yo, por mi parte, el que ve desde lo alto de la muralla de Procida la isla de Ischia, la colina donde mi madre termina sus días, así como ella ve desde su ventana, sobre la ladera de su volcán, el acantilado de la isla de Capri donde habría querido terminar sus días con el hombre con el cual se había vuelto a casar, un hombre al que yo detestaba pero al que ella amaba mucho más de lo que amó a mi padre.

Tomé la mano de Louise.

–Voy allá para las fiestas. Voy para las plegarias. Es preciso que un sábado le presente a mi madre.

–Por favor, no. ¡No! Soy alérgica. ¡Ni se le ocurra! No me gustan las religiones. Siento muy poca simpatía por los grupos, cualquiera

que sea el objeto de su aglomeración. Me espantan. Cualquier asociación me da miedo. No quiero participar de manera activa en ninguna clase de guerra.

–Sin embargo, habría querido que la conociera. Ella no se moverá. Ya no se desplaza. Se queda con su piano, sus partituras, sus libros. Sus series televisivas interminables que la apasionan como una loca, donde ella sepulta sus tardes, sus noches. Que repasa sin parar como si nosotros también acabáramos de verlas, justo antes de ir a darle un beso, con los brazos todavía atestados con las bolsas del cáterin.

Él rectifica. Dice en voz muy baja:

–Ya sabe, Louise, la religión que tengo apenas es una religión. Nuestro dios no tiene nombre. No tiene rostro. Él mismo no está seguro de existir y nosotros mismos no estamos seguros de sobrevivir rezándole. Ya no tenemos templo. Ya no ofrecemos sacrificios. No es más que un ritual donde la piedad, es decir, las obsesiones, los cantos, es decir, los lamentos, lograron esconderse.

Ella no respondió.

Yo no insistí.

Es posible que el amor sea una ternura por la soledad del otro. En el fondo de mí hay una intensa ternura por la existencia de esa soledad más aún que por la otra. Por lo que tiene de incomparable. Por ese cuerpo tan singular que respira y desea, más aún que por su alma. Más aún que por la identidad que supone: por lo que esa vida presenta en sí misma como secreto. No para escrutarlo. Esa ternura no busca las confidencias: solamente tocar ese milagro.

–Tuteémonos –propuso ella.

–Si usted quiere.

–Luigi, tus cabellos son tan suaves. Tan negros. Tu pelo es tan negro.

–Tus ojos son tan pálidos, apenas azules.

–Sencillamente grises y vacíos.

–No lo creo. Llenos de colores. Llenos de nubes.

–Entonces son nubes de lluvia. Es mi pueblecito. Es el Eure.

–Un poco azules de todos modos.

–Azulados.

–Aguamarina.

–Ostra, definitivamente.

–Aguamarina llena de pequeñas salicornias, de algas, de espuma amarilla...

–Sí, veo lo que quieres decir. Ciénaga y tristeza. Pena, que es también una lluvia.

–Paremos.

–Lo preferiría.

Ella dispuso los tres anillos y el brazalete sobre su falda de algodón. Brillaban débilmente sobre la tela gris. Abrió un poco las rodillas para estirar el tejido y mostrar más esas raras joyas ofrecidas por el azar y la muerte de un gato a la luz del sol.

El brazalete de oro blanco, muy liso, centelleó súbitamente ante sus ojos.

Finalmente callaban. Fue ella quien logró, en su vida, enseñarle a callar.

Soñaban.

De golpe ella los recogió, los colocó en su bolso. Apoyó su bolso de playa en la arena. Dejó caer su falda sobre la arena. Iba a meterse al mar.

Más tarde, él se levantó a su vez. Dejó su bastón clavado en la arena. Se reunió con ella en el mar. Ella sacó uno de sus senos completamente erecto en el agua fría del mar. Él la chupó suavemente con la punta de sus labios. Ella sostenía su sexo erguido bajo el agua en el interior de su palma.

Ella lo amaba como al mar.

Él también la amaba, pero solo como la costa ama al mar.

Y es cierto que la orilla ama el agua que la excava, que la mira, que afluye hacia ella, que la contempla, que la construye. Pero no es el mismo amor.

No obstante, ese abandono y esa ternura los unieron.

Las formas de la orilla, todos los movimientos del agua que la esculpen se mezclan.

Ese espacio sigue siendo el mismo, aunque uno sea engullido y el otro aparezca.

Ese intervalo alternadamente sustraído por completo, esa marisma de pronto totalmente descubierta, recibe, poco a poco recolecta, finalmente devora mil historias. Vestigios, huellas, residuos, cicatrices, restos de naufragio. Dos veces al día se inunda. Dos veces se descubre y brilla.

El océano a su vez no piensa en sí mismo ni en los cuerpos que ha tragado o que se aventuran en él, sumergiéndose. Obedece a las inmensas tempestades. Se entrega al desorden informe. A la noche infinita que lo vuelve invisible. No aspira más que a prolongarse en la noche infinita, perpetuando más allá de sí mismo el origen infinito.

El ala de un halcón marino tocó su hombro mientras ella nadaba para volver a la costa y reunirse con él.

Ella estuvo a punto de llorar.

10

Sus cabellos tocaban el suelo. Ella veía el cuarto al revés. Veía el enchufe, el cable de electricidad, el gran globo de vidrio de la lámpara que no estaba encendida. Sobre la pared de opalina un tanto oscura, totalmente lisa, vio su reflejo invertido, que la perturbó. Luigi estaba desnudo, encorvado; su cuerpo flaco y desnudo formaba un arco de círculo oscuro. La mano buscaba una forma blanca en el suelo. Ella vio unos calzoncillos blancos en el suelo elevarse de golpe, a través de los cuales pasaban dos piernas con largo vello negro. Vio que Luigi sostenía cuidadosamente sus testículos en el hueco de su palma. Estaban en el apartamento de Luigi, sobre el puerto pesquero de Procida. Ella se había quedado acostada en el perfume de su alegría, los brazos estirados en el abandono, la cabeza echada hacia atrás, el cabello cayendo sobre las grandes baldosas rosa pálido. Se divertía viéndolo vestirse al revés. Un pie de sillón al revés era algo muy extraño en la habitación. Un sexo de hombre al revés era algo tal vez menos extraño, ya que era difícil suponer que hubiese un derecho para su forma incierta.

En L'Aigle, en su cuarto de niña, las columnas de su camita estaban rematadas por gruesas bolas de bronce que se podían desatornillar y en las cuales una podía mirarse.

Le servían de espejo mágico.

Tesoro de imágenes profundamente misteriosas.

Eran imágenes hipnóticas que, sin embargo, reflejaban la habitación, las cortinas, la ventana. Reflejaban la desnudez como

lupas si una se animaba a acercarles su vientre lampiño, abriendo sus muslos de niña. Reflejaban la luna cuando subía por la ventana antes de llegar al vidrio de la lucerna. Hacían reverberar violentamente el velador encendido sobre la mesa de noche. Ella se adormecía con esas imágenes de hadas.

El regalo de Navidad de sus siete años –tras la desaparición de su madre, después de la llegada fantástica del gatito con la barbita blanca– fue una bicicleta nueva con un espejo retrovisor atornillado encima de la campanilla.

Ella miraba por el retrovisor aún más que hacia delante al dirigirse a Aube, a su clase de música, por la ruta de las Nouettes, con su cuaderno de solfeo y sus partituras enrolladas en el maletín de cuero negro. La ruta estaba completamente blanca de hielo. Ver hacia atrás es ver en el pasado. El cielo de Normandía se transformaba al principio de enero en un polvo blancuzco que deslumbraba. Hacía demasiado frío para que nevara pero los olmos estaban blancos, las piedras estaban blancas, el cementerio de Ray estaba totalmente blanco, los tejados de las casas estaban blancos, el teclado, el marfil del viejo teclado Pleyel de antaño, sus dedos, todo era blanco.

Más *mouette*, gaviota, que cisne. *Mouette* a causa de Nouette. Más nácar que tiza.

La baba blanca o casi blanca que producen los caracoles, sobre la que avanzan. A ella le encantaban los rastros de los caracoles cuando llegaba la primavera. Cuando devoraban las prímulas. Cuando volvía el muguete.

Blanco como las bolitas redondas de las campanillas del muguete, disimuladas bajo sus largos mantos oscuros de hojas alargadas.

Su abuela, dos veces al año, en cada fiesta de San Juan, la de invierno, la de verano, se dirigía a La Trapa con un grueso barrilito de aluminio que se parecía a un inmenso jarrón de leche de giganta.

Iba a llenarlo en las tres fuentes de San Bernardo, que se encuentran justo delante de las rejas de la abadía de La Trapa. Por la noche, su abuela rezaba sus plegarias igual que ella, como una niña, de rodillas, frente a su cama, con las manos apretadas sobre el edredón, mojando su boca con esa agua que la lavaba de todo pensamiento impuro, que apartaba a los demonios al mismo tiempo que realizaba el signo de la cruz.

Las carreras de caracoles trepando sobre sus vientres, con su saliva espesa y sublime, sobre las puertas desvencijadas, medio acostadas en el fondo de los establos del Orne.

Y nosotras también, las chicas, sobre el vientre, acostadas entre las viejas bolsas de arpillera y los yugos, las rejas, los timones, gritando nuestras alegrías y nuestros triunfos.

Cada caracol tenía su nombre. Como los discípulos de Jesús. Como los héroes de Homero. Como los personajes de las novelas. Llevaban también sus casas de caliza sobre sus espaldas, como las celdas de los monjes cartujos, como las capuchas de los carmelitas.

Jugábamos en verano, en el olor inverosímil, increíble, a heno. El heno enlazado, apilado, superpuesto, del color del sol.

Los grandes collares de tiro de los caballos de granja depositados contra el pesebre vacío donde nos amontonábamos.

Caminábamos a propósito sobre los huevos estropeados en las hierbas calientes.

Hay también un olor penetrante a tinta que se perdió, aunque permaneció durante la infancia. Permanece en los días más que el olor a tiza, que solo se adhiere poco tiempo a la yema de los dedos. Más que el del heno en el suéter, más que el de la tierra misma, adherida a las suelas de los zapatos, al borde de los pantalones, que se introduce en los pliegues de los pantalones. Perdura en la vida.

Un olor a tanino y a hierro que la punta de metal de la pluma, al apretarse sobre la página del cuaderno, aumentaba.

Inundaba la mochila.

Se mezclaba con el olor a madera de los lápices a los que se les saca punta. Ese olor persiste en el fondo del estuche escolar. A veces vuelve –por completo– en el fondo del estuche de tocador que se lleva en un viaje. Al llegar, cuando se abre el cierre en el baño del hotel, cuando se examina si se llevaron los medicamentos, los sedantes necesarios, las pomadas relajantes, las pastillas antimosquitos que se colocan sobre el lavabo, en la habitación desconocida, está ahí. El olor delicioso, un tanto sucio, pegajoso, metálico, azul oscuro de los dedos manchados de la infancia.

Entre las cañas, súbitamente embelesada, con las manos hacia adelante, rogaba intensamente por el regreso de su madre en el recinto de la vieja capilla románica de Saint-Jean-le-Baptiste de L'Aigle.

Ella avanza vestida de blanco en la iglesia de Saint-Martin de L'Aigle. Los pequeños mocasines negros guarnecidos con un cierre de metal. Lleva puesta una magnífica diadema de espino blanco en la cabeza.

Bee, el pequeño gatito milagroso que sustituyó a su madre desaparecida, saltaba sobre el interruptor de porcelana blanca para encender la luz. El pequeño gatito Biberón Barbita, desde la primera semana, daba saltos de más de un metro aunque todavía fuera minúsculo. Abría las puertas con un golpe de pata.

Las tres Santas Marías del Mar son todo lo que queda de las tres sirenas Parténope, Ligia, Leucosia.

Ella empuja la puerta de la minúscula iglesia a la vez rococó y mussoliniana de principios del siglo XX. Ve que él ya está ahí esperándola.

Luigi está de espaldas, el bastón apoyado en la silla de mimbre enfrente de él.

Lleva un sombrero de paja en la mano.

Pero primero ella pasa delante de él, camina en la penumbra hasta los cirios encendidos cerca de la pila.

Prende el que prefirió entre los que se consumen.

El fuego se propaga de golpe.

En el silencio –en un muy hermoso silencio, muy lento, muy fluido, muy líquido– a la mecha de la vela se superpone un nuevo rostro, una luz totalmente nueva que tiembla, que se mueve.

Sucede así con los recuerdos que cambian de lugar. O con los pájaros, que van de rama en rama. Saltan sin vacilar de las puntas de las rejas hasta los rosetones de los balcones. Ella hace su voto más allá de la memoria. Lo hace en el fondo de su corazón. Coloca la llama tan íntima sobre la varilla de hierro.

Hace tintinear una moneda en el cepillo.

Entonces va a sentarse junto a él, al borde de la fila.

–¡Qué tranquilo es! –dice él en voz baja, inclinándose hacia su oído.

Ella estira la tela de su falda. Curiosamente ha rejuvenecido. Se mantiene muy recta. Entonces él toma su mano en el silencio que solo la moneda tintineando en el cepillo de las velas interrumpió por un instante. Es un silencio aromático y fresco. Él escucha ese silencio con placer porque ve hasta qué punto ella está feliz.

Más tarde, mientras ella piensa, él acaricia sus dedos, acaricia el hermoso anillo de oro, demasiado grande, que curiosamente ella hoy se puso en el pulgar.

La iglesia huele bien. Es un maravilloso olor a brotes nuevos, a helechos. También a mar, a clavel de mar, a pequeña lavanda marina.

¿Qué es esa noche preservada en todas partes en las ciudades? ¡Cuán profunda es!

Muy en lo alto, un liquen rubio se había quedado adherido bajo los arcos de las bóvedas.

Durante largo rato disfrutaron ese silencio. Se quedaron uno al lado de la otra durante un tiempo que no tenía medida. Después, él puso su mano sobre su rodilla. Se inclinó.

–Te amo –le dijo al oído.

Ella apretó su mano y la mantuvo sobre su muslo. Volvieron al coche eléctrico que él había alquilado para la tarde, con el fin de dirigirse a la playa de Puntaferra, tal como se habían prometido.

11

Ludwig Steinadler falleció en el hospital de Rennes. Tenía sesenta y dos años.

¿Por qué en Francia? ¿Y por qué en Bretaña? Sus amigos, sus colegas, sus parientes, en Nueva York, en Ithaca, en Amberes, en Brühl, no lo entendían. Habría debido morir en un hospital de Nápoles. Ocultaba su enfermedad desde hacía muchos años para no infligir esa preocupación a su madre, que terminaba sus días en Capri. No le había hecho esa confidencia a mucha gente. Solamente se sabía que respiraba mal. Se cayó súbitamente.

Se cayó al suelo, en la puerta de Jesús, en Saint-Malo.

Solo le dijo a Louise:

–De mi vida entera prefiero esos diez días que vivimos hace cuatro meses, en la pequeña isla de Procida, antes de que fuésemos a la casa de mi madre.

La pena ilumina extrañamente el mundo. El duelo le aporta su sombra pero esa sombra a menudo destaca, acentúa, aumenta su belleza al mismo tiempo que su indigencia. Ambas cosas pertenecen a lo más inasible del alma. Así es como la melancolía embellece el presente.

Lo veo.

Desnudo en la oscuridad, con el pulgar cerca de sus labios, como

un niño.

Lo veo dormido en la arena negra de la playa, con un traje de baño negro tirado sobre sus largos pelos negros.

Luigi sobre las murallas, por encima de las esclusas y del rompeolas: hay algo inexplicablemente lejano que nace en mí. Algo que nace y sube para irse. Que se va. No sé cómo decirlo, Louise. Es dulce pero es terrible.

En el mercado, comprando verduras. Un sombrero panamá blanco y roto, un vaquero gris, zapatillas blancas y altas.

Otro día, una camiseta blanca, un pantalón de lino blanco. Un gorro de pescador muy claro.

Los últimos días que pasó en la mansión de su madre en la isla de Ischia se sentía ya muy flaco en la penumbra. Miraba el cuerpo de Louise, que se había quedado desnuda bajo el calor tórrido. Desde la sombra del salón. El inmenso respaldo de rafia del sillón de su madre lo iluminaba. Todo el cuerpo de la joven mujer que amaba estaba desnudo, depilado, liso, reluciente. Era increíble. Como una especie de ninfa acostada en una playa redonda o bien en su mandorla, su bóveda, su cáscara, su valva. Luisa, Leukosia, Licosa. Licosia, tal es el nombre actual de la sirena de la punta de Paestum. La virgen blanca del cabo de Sorrento. La parte baja del rostro y los ojos pálidos son capturados en la luz intensa del rayo que entra desde lo alto del ventanal de vidrio. Una pequeña franja de luz justo por encima de las persianas corridas. Todo el resto del cuerpo, como un satén, deshecho en la sombra. Solo el blanco de sus ojos, el marfil sublime de su boca. Ella friccionaba sus cabellos rígidos, blanqueados, corroídos por el agua de mar. Hacía caer la sal con sus dedos al suelo, sobre el mármol. De nuevo alisaba su piel. De nuevo

hacía caer esas perlitas silenciosas de sal sobre las baldosas.

En verdad, la memoria dista mucho de ser dulce. Cuanto más suave parece, menos ternura posee. Mantiene a disposición de los vivos muy chocantes y curiosos archivos. Cada uno, la mayoría de las veces, se los calla. Son tan precisos, tan indecibles y tan inesperados. Se acumulan en la sombra. Aquel que ha desaparecido se mezcla en la vida de aquella que los revive. Una se esfuerza por amontonarlos en el olvido.

Un día, antes de que Claire fuera a encontrarlos, Louise había pasado la mañana en la playa debajo del acantilado de Procida. Se habían citado en la Piazza dell'Olmo para ir a almorzar. Luigi fue a buscarla en coche al pie de la escalera de al menos doscientos escalones que conducía a la playa volcánica. Ella estaba tan hermosa. Había aparecido, al fin, brillante por el sudor. Apenas jadeaba. Buscó en su bolso de playa una larga túnica negra y se la puso sobre el traje de baño. Se soltó el bañador debajo de la túnica. Subió junto a Luigi en el coche que este había alquilado. La música que había puesto era sublime.

–¿Qué es? –dijo ella señalando la radio con el mentón.

–Haendel.

–Es bellísimo.

–Sí.

Ella abrió su ventanilla a la derecha, se inclinó, apagó el aparato.

–Pero prefiero el viento.

El que se va se torna más indistinto. Pero ¿acaso somos algo? Hay que reconocer que lo que uno es aparece muy rara vez, furtivamente, en el curso de una vida.

¿Quién puede tomarlo entre sus manos?

¿Qué había pasado en él cuando no habían hecho más que dejar una isla por la isla de enfrente? Se cambia de apartamento en el mismo edificio. Solo se abandona un piso por otro.

De inmediato el alma es otra, la vida es otra.

Al cabo de apenas un mes, su alma se había convertido en otra. La muerte lo había transformado rápidamente. ¿Era acaso la cercanía o la sombra de su madre? ¿Era su padre, de regreso entonces, treinta años más tarde? ¿Quién lo despojaba? Ante los ojos de Louise, ¿de quién era el fantasma? ¿En qué se transformaba? Él mismo no parecía conocer ni a aquel en el que parecía convertirse ni a aquella que se lo llevaba.

Uno de los últimos sueños de Luigi en Saint-Énogat, cerca de Dinard. Está de nuevo en la habitación del hotel de Louise, pero todavía es la época en que ella estaba en la pensión de la Casa sul mare. Él está en la larga y amplia terraza que forma una esquina y que se extiende delante del cuarto. Se introduce bajo las arcadas de la terraza. Entra en un jardín que enseguida reconoce. Es el jardín de Ithaca, en Estados Unidos, donde enseña. Tiene veinticuatro años. Es su primer empleo. Acaba de casarse con Ève. Está sentado en una gran silla de tela pero sus piernas, estiradas, levantadas, descansan muy arriba, sobre un enorme montón de troncos. Un colosal montón de troncos que acaban de ser descargados en ese momento del camión de la mudanza. Todavía se siente olor a madera fresca. Hay que decirle al jardinero que viene de Porto Alegre que los apile bajo el techo de cemento. Justo detrás de las hortensias, junto al canalón. Es delicioso el olor a madera recién aserrada. ¡Qué bien huele! La hoguera que está erigiendo Dido en el fresco de la villa de los Papiros se prende fuego bruscamente. En ese instante, él oye a lo lejos el ruido particular del portón que se abre, y que luego se cierra de golpe, chasqueando. Es ella. Él abre los ojos. Entonces la ve frente al ventanal de vidrio de la casa de Ithaca deslizarse lentamente, muy lentamente, en silencio. Ève, de

traje gris, con una diadema gris sobre sus cabellos rubios, se dirige hacia él. Él no se mueve. Simplemente da la vuelta a su libro. Es un libro de imágenes dedicado al arquitecto Auguste Perret. Lo apoya sobre su muslo. Está recostado, sin fuerzas, al fondo del jardín de Ithaca, en la tela de una tumbona, entre los aros y la tienda verde del compost, y la mira venir. Ella bordea el lado de la piscina, cierra la cremallera de un gran bolso de viaje. Cuando está muy cerca de él, cuando su torso, sus senos, su cara se inclinan sobre él, sus ojos se llenan de lágrimas por lo bella que es. Ella también, sus ojos rebosan de lágrimas, pero él la conoce, ella se abstendrá de llorar. Ella es muy grande encima de él. Él levanta la cabeza. Ella le da un beso en la frente. Se casó con ella hace exactamente siete semanas.

–¿Te vas? –murmura él en inglés.

–Sí.

–¿No vas a volver? –pregunta él.

–No.

Él se atreve a decir en voz baja:

–¿Nunca?

–Nunca.

Ella levanta su rostro. No le da la espalda. Retrocede. Ève da un paso atrás. Él no la mira partir. Cierra los ojos. Se duerme. Es todo.

Curioso sueño.

Curioso sueño pero hace años que sueña ese sueño. Y ya hace años que no corresponde a nada. Hace años que lo tiene. Que lo repite continuamente.

12

Los amantes se chocan con sus orillas, con sus sexos, con todas las raíces de los árboles que descubre el agua, con los arbustos, con las maravillosas corolas de las rosas, con los grandes aros, con los grandes gladiolos del deseo, con sus soledades inagotables, con sus experiencias incompartibles, con sus partidas repentinas, con sus memorias más o menos fabulosas, fantasiosas, inventivas, con sus ruinas súbitas.

Él recordaba muy poco su pasado pero se murmuraba a sí mismo cuando caminaba, cuando podía caminar, cuando le gustaba caminar: ¡Cómo se esfuerza el alma en borrar lo que no amó! ¡Y cómo ama lo peor, puesto que nunca encuentra nada en el fondo de sí misma que lo disgregue! ¡Cómo rodea de cuidados ese horror! Cuanto más humillante es el pasado, más lo consiente.

¿Cómo hacer que germine el olvido en el alma?

¿Quién tiene un alma?

Incluso la desnudez nos disfraza.

El extraño, lento y largo abrazo nocturno que había ocurrido la primera vez, al ponerse el sol. El extraño combate que la dejó extraordinariamente cansada. La extraña fuerza que la abandonó maravillosamente en otra parte. En otro mundo distinto a aquel en el que había vivido hasta entonces. Agotada como nunca lo había estado en su vida. Allí se durmió. Ella lo descubrió, desnudo debajo de ella, en la oscuridad, en medio de la noche. Se sentó cerca de él, desnudo, perfumado, tan bello, tan blanco bajo su pelo negro, mientras dormía apaciblemente, infantil, boca arriba, con el puño

cerrado cerca de los labios.

Luigi trabaja. Claire vino a pasar cuatro días de vacaciones. Claire y Luigi se entendieron maravillosamente de inmediato. Descubrieron ambos una pasión común por los barcos. Se mandan por sus móviles fotos de yates, de fabulosos veleros de tres mástiles. Luigi y Louise todavía están en el islote de Procida. Louise lo imagina en el cuarto desde lo alto del apartamento que da al puerto. Ve su bello rostro bañado por el reflejo gris azulado de la computadora en la cual se concentra tan frecuentemente. Hace mucho calor aunque todavía no estemos más que a fines del mes de junio. De hecho, él no trabaja, piensa. De repente lo invade la angustia. ¿Voy a decirle el secreto que guardo y que tanto me pesa? ¿Voy a describirle al ángel malvado con su espada, con sus grandes alas carmesíes, rosáceas, venenosas, que flota encima de la puerta del paraíso y que estira el dedo para indicar la salida a ese hombre desnudo que esconde sus ojos, a esa mujer desnuda que grita?

Hace mucho calor. Louise dejaba las sábanas, salía suavemente afuera, sobre el pontón, de noche, cuando el sueño renunciaba a apresarla. Hacía un calor tan pesado que, a veces, unos relámpagos sin ruido, puramente eléctricos, de manera aleatoria, sin razón, encendían el cielo. A mitad de la mañana el cielo se puso totalmente negro. Cuando el cielo se volvió negro como la tinta, Luigi dejó de trabajar. Con miedo al rayo, desenchufó el cable de la computadora. El mar dejó de estar ritmado y se volvió todo negro. La tormenta lo invadió a toda velocidad y lo sustituyó. Fue una especie de huracán. Aun detrás del vidrio, el cuerpo que miraba retrocedía. El pequeño puerto pesquero de Procida se levantó. Los barcos de pesca empezaron a girar. Se retorcían de golpe sobre sí mismos.

Todo el apartamento se tambaleaba.

Nos quedamos uno contra la otra en el sofá, agarrados de la mano, durante las horas que duró la tempestad. La electricidad se apagó en todas las fachadas que daban al puerto. Nos sumimos en la oscuridad. Ni siquiera pensamos en encender una vela. Estábamos aturdidos. Estábamos como abrumados por la violencia y el aullido del viento. Estábamos pasmados ante el esplendor asombroso del tornado que devastaba el puerto ante nuestros ojos.

Al día siguiente, el sueño de Louise, en el cual ella se despierta: Yo comía puré de apio. Saco de mi boca un diente de leche que le entrego a mamá. Mi madre desaparece en un agujero. Ella gira a toda velocidad en el fondo del lavadero. Mi padre está insertando siete velas en una tarta Saint-Honoré rematada por una bicicleta.

Ella se despierta empapada de sudor. Se acuerda. Se levanta de golpe y cierra los viejos postigos de madera. La tempestad ha hecho estragos en el puerto vacío.

A consecuencia del huracán de la víspera, montones de residuos, de sargazos, de algas marrones se acumularon debajo de los pequeños edificios o del pontón de cemento.

Llueve suavemente.

Louise levanta la vista y ve que es el reflejo del mar oscuro, del oleaje todavía agitado lo que en verdad se refleja en la superficie de las nubes.

Las dos flores de cardo en la maceta, en el balcón, cerca de su mano, ayer azul claro, quemadas por el calor, se han vuelto esta mañana completamente grises.

Ella se inclina.

Ante los ojos de Louise, mientras se asoma al borde de la terraza, delante de su pequeño edificio de adobe, sobre el puerto pesquero de la isla de Procida, vacío de barcos de pesca, vacío de botes, tan silencioso, mientras bebe a pequeños sorbos un café demasiado caliente recién hecho, mientras sostiene cuidadosamente la taza que le quema en la mano, ve el pequeño desembarcadero en

el mar, separándose del muelle de cemento e inclinarse suavemente bajo la lluvia que cae.

Oscilaba. Se dejaba zarandear por las olas.

Ella estaba a punto de apoyar la taza de café en la maceta, en la tierra mojada, al pie de los cardos azules, ahora grises, ahogados de lluvia, cuando el pequeño embarcadero se tambaleó de repente en el agua del puerto y se sumergió. El movimiento fue súbito, delante de ella, y ya no había en la superficie del mar más que la superficie del mar.

Ella corre al dormitorio, desemboca en la escalera de caracol. Trepa al piso de arriba.

Grita.

–¡Luigi! El pequeño embarcadero...

–¿Sí?

–El embarcadero al que subimos para coger los taxis acuáticos se ha derrumbado.

–¿Se ha derrumbado?

–Se ha hundido de repente en el agua.

–¿Solo?

–Solo, ante mi vista, en silencio.

–Ya no hay embarcadero.

–Ya no hay embarcadero.

Eso la alteraba. Ella lo saca de la cama estirándolo de la mano. Él está desnudo pero ella lo arrastra hasta el borde de la ventana. Ella abre la ventana. Bajo el balcón de hierro forjado del piso de abajo, bajo las flores de los cardos, ya solo queda el mar.

Son suavemente rociados por la llovizna casi perpetua que sigue al huracán. Ella se queda en el muelle, debajo del apartamento. Busca en el fondo del mar la silueta o la sombra del pontón. Bajo la capucha de su impermeable observa atentamente el fondo del agua. Luigi grita su nombre. A la llamada de su nombre, ella se da la vuelta. Su rostro irradia alegría. Louise sube al bote de un salto,

agarrándose con ambas manos del borde quebrado del muelle, abre muy ampliamente sus piernas, trata de recobrar el equilibrio, extiende enseguida por completo los brazos, con ambos pies adheridos al fondo del bote. Es verdaderamente como un movimiento de danza o un sueño. Dejan Procida y se dirigen a toda prisa a Ischia. Luigi no logra contactar por teléfono con su madre. Ni con Asunta. Ni con el capitán.

Están en el bote. Se alejan de la isla. Él maneja el timón. El rostro de Louise está mojado por el viento y las salpicaduras, marcado por una suerte de espanto. Las olas son cada vez más altas.

Ella habla.

Está sentada frente a él. Es tan hermosa, su rostro cubierto de agua resplandece a la luz. Ella que no habla nunca, habla a pesar del viento, de la lluvia, del resto de borrasca, del ruido que hace el motor. Él no entiende más que una palabra de cada dos. Ella habla de un bote que su padre adquirió para pescar, que se hundió.

Entonces grita, mientras dejan la isla en la que eran felices, grita, muy fuerte:

–¿Y si yo retomara la pesca?

Ya no ven más Procida. Las olas son cada vez más fuertes.

Las sirenas de la Antigüedad, las provocadoras de naufragios, antes de que se volvieran hermanas religiosas en la Edad Media, rezaban frente a los muertos hasta que las carnes caían, esperando que aparecieran los huesos, como en el duodécimo canto de Homero.

Se acercan al puerto deportivo de la isla.

Se introducen bajo el puente aragonés, ese puente del infierno que conduce al viejo monasterio donde unas sirenas más santas y más castas rezan ante las pieles que se deshacen, que se pelan solas, que caen a los pies de los esqueletos de los muertos.

Finalmente desembarcan.

Trepan la colina boscosa que conduce a la villa Steinadler, que está frente a la isla de Capri. Luigi presenta a Louise a su madre, presenta a su madre a Louise.

–Esta es mamá.

Esta última está sentada, se asombra de verlos. Es muy pequeña. No puede levantarse. Un amplio chal inglés cubierto de brotes de sauce rodea sus hombros. No habla. No les sonríe sino que trata de sonreír. Se levanta.

Parece un poco loca. Está sorprendida de verlos. De repente, los bendice.

Ella agarra el brazo de su hijo violentamente. Enérgicamente. Cruza con lentitud el salón para dirigirse a la terraza, agitando los brazos de manera desordenada. Eso le lleva una hora. Luego todo se calma. La vieja mujer se acurruca suave, penosamente, entre los brazos del sillón, apoya con delicadeza sus nalgas desaparecidas en el ancho almohadón plastificado de la tumbona metálica puesta al sol.

Louise llega a lo alto de la colina: está en la punta del jardín de la mansión. ¡Cuánta soledad! Qué hermoso es. Qué bien se siente el aire mojado, porque nos presta sus lágrimas.

Duermen en la villa. La señora Steinadler conserva su habitación en el primer piso. Luigi duerme en el sofá del salón, frente al tapiz. Louise trata de dormir, de dormitar en el horrendo sillón reclinado, blando, de cuerina verde, que bordea el ventanal vidriado, que bordea el bello jardín privado de la villa. No se aman o no tienen ánimos de amarse al día siguiente de la tormenta. Con frecuencia, ella ya no concilia el sueño. En adelante duermen separados. Una especie de luz de amanecer o de espanto o de miedo la despierta sin cesar. La luz que resurge no hace más que reanimar la amenaza de que la tierra tiemble de nuevo, la sospecha de que el cielo se desgarre de nuevo. Louise se levanta dos o tres veces por noche. La luna deja ver sobre la chimenea la gran foto de boda de Luigi, a los

veinticuatro años, con Ève, de dieciocho, en Ithaca. Está apoyada sobre la campana de la chimenea, junto al reloj de péndulo inglés con columnitas de madera de caoba. Ella desplaza la puerta acristalada corrediza. Entra en el jardín nocturno.

Luigi, apoyado en su bastón, la alcanzó en lo alto de la colina. Todavía no es el amanecer. Es el alba.

–¡Qué hermoso!

–Sí.

Miran el mar oscuro, opaco, a sus pies.

–¿Louise?

–Sí.

–Quería preguntarte, la noche de anteayer, la noche en que ocurrió el huracán, ¿dormías?

–Sí.

–No, no dormías. Te escuché bajando la escalera de hierro durante la noche del huracán.

–Iba a pensar a la orilla del puerto.

–¿Esa noche? ¿Durante el huracán?

–¿Por qué esa noche? Todas las noches, Luigi, cuando me despierto, voy. Debajo de tu apartamento, la orilla del agua es maravillosa –le dice ella–. De todas maneras ya no estaba el huracán. Fue justo después del huracán. Y era maravilloso. Sí, era maravilloso. En la calma de la debacle. El sonido marítimo del agua en el silencio recuperado era tan hermoso. Yo estaba de pie en el extremo del pontón que ya no existe. Ya no hay ninguna frontera entre el mar y la noche. Esa marea se agrega a la sangre que pasa bajo la piel. Alcanzamos al fin el fondo negro que ya nada más limita. De repente, en la noche, tocamos lo que vemos. La contemplación es entonces mejor que un sueño.

13

Cuando volvieron a Procida, el apartamento no estaba tan dañado por los tornados y la altura de las olas como habían temido. Pero los cimientos se estaban desmoronando. El arrendador fue a buscar a los inquilinos, uno tras otro, instándolos a partir. El municipio había declarado esos viejos edificios o bien insalubres, o bien peligrosos. ¿En qué plazo? Una noche, Louise tuvo un sueño espantoso. La mesa en la que trabajaba de niña en L'Aigle, en el cuarto de arriba, estaba ubicada frente a la ventana para ver mejor. Pero la mesa era negra como un charco de petróleo. Ella no podía escribir. Se hacía cada vez más pequeña: tenía diez años, tenía ocho años, tenía seis años. Mis dedos no pueden agarrar nada. Lo que tocan es viscoso y se me escapa. Aunque me había lavado el cabello, aunque me lo había peinado, aunque me lo había secado, me goteaba en la nuca y a lo largo de los brazos un agua viscosa y negra. Dos minúsculos rayos de sol, dos, solamente dos, se filtraban a través de la hiedra que invadió los postigos. Se esfuerzan por salir de las hojas de la hiedra que se aferra a la chimenea sobre el techo, asomada por debajo de las tejas. Soy demasiado pequeña para alcanzarlos, incluso subiendo sobre mi cama, aun levantándome de puntillas para desenredar las ramas tan espesas. Deseaba tanto coger las flores redondas como pelotas, todas amarillas, granuladas, que huelen tan bien. Me esfuerzo por leer, me fuerzo a leer, pero es imposible leer. Las sombras se mueven sin pausa. Estoy oprimida, y luego de pronto estoy colmada, extremadamente feliz porque el olor de mi habitación se ha vuelto completamente delicioso. Huele a tilo, a

bolas de hiedra, a tabaco, a miel. Es el tabaco que fumaba mi padre cuando yo era pequeña. El tabaco de Holanda que mezclaba en sus pipas de brezo. Mi cabello es grueso y está sucio como la gruesa rama de hiedra que rodea la ventana. El gato ha muerto, colgado del picaporte de la ventana. Me despierto gritando.

Bee, en L'Aigle, saltaba de pronto sobre el lavabo, abría el grifo con un golpe de pata cuando tenía sed.

Era mágica.

La gata bebía lanzando su lengua a toda velocidad por encima de su barbita blanca pero se abstenía de cerrar el grifo después de beber. Había que tener cuidado y trabar la puerta de la cocina por la noche si una no quería ser perturbada en su sueño por un ruido de cascada perpetua. Entonces, de noche, cuando la puerta estaba cerrada, Bee Biberona había adquirido la costumbre de bajar al jardín hasta el foso para ir a beber al Risle. Iba allí incluso a acurrucarse algunas tardes de primavera, a vigilar el agua, acechar a los pájaros, dormirse entre las cañas. En la misa, el coro de religiosas y de niños que han subido al estrado canta *In carecto ripae fluminis*... Es el cántico que prefieren los huérfanos.

«Entre las cañas a la orilla del río...»

Es un pobre canasto que se desliza sobre el agua.

Mamá no me quería. Bee me amaba. Mi pequeña gata de barbita blanca apreciaba que yo viviera y me ayudaba a vivir y a seguir viviendo. Era una mezcla de gata egipcia y gata callejera. Eso quiere decir que era a ratos tierna o distante. A ratos sus ojos eran negros como bolas de confianza y de noche, y de repente, dorados y brillantes de inquietud y de furor. Era demasiado celosa de su soledad como para enternecerse por mucho tiempo, pero su salvajismo me prestaba socorro frente al desdén o la abjuración feroz de una madre. Era tan reservada en sus cortinas y sus rincones, tan cazadora entre las hierbas y los árboles, no me dejaba en absoluto compartir lo esencial de su vida ni el fondo de su corazón, pero ella nunca dejó de brindarme auxilio cuando no estaba bien. En cada gripe. En cada desesperación. En cada cólico. En cada

vómito, ella estaba a mi lado, cabecita ansiosa entre el retrete, mis rodillas y los espasmos. Cada vez que tenía fiebre ella estaba sobre mi vientre. Venía a estirarse sobre mi vientre como una bolsa de agua caliente, como un vendaje, tan caliente como una cataplasma.

–¿Acaso la felicidad se comparte?

–No.

–¿Acaso el placer se comparte?

–El placer tampoco se comparte nunca porque, desde que empieza, ya no se busca más que a sí mismo.

Es Luigi quien me responde.

–¿Y la desgracia?

–Nunca se ha visto. El dolor se cierra sobre sí mismo. Simplemente se esfuerza por sustraerse de todo nuevo ataque.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–Lo que se siente en lo más profundo del cuerpo queda en la soledad del cuerpo. El deseo que la enardece deja toda la carne suspendida de ese fin y, por así decir, solitaria. La voluptuosidad que la inunda no inunda más que ese cuerpo. La muerte tampoco va más allá de la piel. Tanto en la desgracia como en la felicidad, como en la voluptuosidad, como en la risa, solamente salen las lágrimas. Acércate, mi amor. Acércate. Mientras se van perdiendo sobre mis labios.

Luigi citaba a menudo un verso inglés, o norteamericano, cuya fuente ignoro.

«*Be braver in your body or your luck will leave you.*»

No te ames ni a ti ni al otro.

Ni lo que crees ser, ni lo que él pretende ser.

No hay más que los cuerpos.

No hay valor sino en los cuerpos.

«Sé valiente en tu cuerpo o la suerte te abandonará.»

Desde los primeros días del mes de julio, súbitamente hizo un calor espantoso. Fue el primer verano tan cálido de la época de canícula. La moda de los sombreros de paja regresó con la violencia del sol. Si se dejaba el camino costero, había un hermoso sendero únicamente formado por malas hierbas, por el que a Louise le gustaba pasear, protegida por su inmenso sombrero mexicano.

Borrajas, campanillas, tréboles, ranúnculos, ortigas. Pequeños alhelíes. Fresas silvestres.

Después, el camino bordeaba el labio externo y más alto del volcán. Entonces era una especie de cuesta. Desde lo alto se dominaba el puerto deportivo.

Esa vista sobre Ischia era espléndida.

A lo lejos, se divisaban vestidos largos, sombreros de paja, escotes, collares.

Unos abanicos se agitaban también, incluso de noche.

Los sonidos de las voces se desenvolvían de manera muy extraña en el aire. Todas las palabras eran distendidas y parecían demasiado fuertes, aunque siguieran siendo incomprensibles por la distancia. Sonaban de manera incongruente en la sustancia más compacta del aire. El aire se había vuelto espeso. Se hacía cada vez menos respirable. Las ramas de los árboles se habían quedado sin hojas mucho antes de que hubiésemos llegado al corazón del verano. Las hojas secas al pie de los troncos apenas se habían desarrollado.

Secas en los últimos días de junio.

Pero había algo más bello aún que el sendero de las malas hierbas: en el extremo del jardín, después de los limoneros, en lo alto de la colina, ella miraba el mar perfectamente quieto. Buscaba en dónde había podido desaparecer el viento en el espacio.

Cogieron el transbordador que va directamente a Porticciolo. El mar es una balsa de aceite. Su belleza plana e inmensa ahora quema los ojos. Tan liso, tan sublime, reverberante. Están en la playa de los Maronti. Están en traje de baño. Salen del agua. Se tumban en la arena. El agua de mar se seca a toda velocidad sobre la piel. Ella enciende un cigarrillo Lucky. Una calada deliciosa

después del agua salada del mar. Él acaricia su mano.

–Te amo –dice ella.

–Esta hora es feliz.

–Sí.

–Louise, usted me hace feliz.

–Ya no me tuteas.

–Mamá estaba tan mal. Ayer fue usted muy gentil con ella. Ella estaba un poco perdida. Usted la tranquilizó.

–¡Tutéame!

–¡Por Dios! ¡Louise! No sé lo que pasa. Algo se aleja. Tengo un sentimiento extraño tal vez porque tú... Ya no puedo hacerlo. Tal vez porque usted me hace feliz. Tengo sesenta y dos años pero mi vida hasta ahora nunca fue muy emocionante. Gracias a usted se resume en unas pocas horas felices.

–¿Por qué «se resume»?

–Quería decir: se concentra.

–¿Y entonces, Luigi? ¿Por qué contar todo eso? ¿No basta acaso con unas horas felices?

–¿También usted sintió algunas horas felices?

–Sí, sentí algunas horas felices. Las siento.

–Es terrible cómo una vida puede relatarse rápido. ¿Viví sesenta años? ¿O acaso seis años?

–Seis años es exactamente el tiempo de vida de los pequeños carboneros en el hermoso jardín que tengo al borde del Yonne. Un gato rara vez vive más de dieciséis años. El cuervo, unos treinta años.

–Eso no está tan mal.

–Entonces, ¿quién te dice que la cabecita minúscula y azul de los carboneros, que su pequeño vientre blanco, que sus pequeñas corvas amarillas, tan sensibles, no sintieron cosas increíblemente felices durante sus seis años de vida?

–Seguramente hay carboneros desdichados.

–Si quieren serlo, lo son. En tal caso hay que decir: su felicidad está en ser desdichados. Luigi, te amo. Te amo totalmente.

–Yo tiendo a pensar que su nombre, carbonero, los hace desdichados. Los carboneros son lo contrario de los ángeles.

–Detesto los juegos de palabras. No los entiendo.

–Su canto es tan terriblemente triste. Un pequeño «ti».

–Ti ti ti ti.

–El tiempo de los carboneros es la primavera.

–Es la Anunciación. Esa fiesta es mágica. El ángel anuncia a la Virgen que va a tener un hijo. La muchacha se asombra.

–Ti que vislumbra el sol que regresa.

–El titititi del ángel Gabriel con alas completamente blancas.

–Hay estaciones en las que no se vive mucho.

–«Pequeñito ti» que se extiende sin parar en el arbusto que se hincha, en los follajes que están de regreso, entre los juncos que crecen de nuevo, en la sombra que el ramaje reinventa. Que no se aleja de la orilla y del agua.

–Hay años en los que apenas se vive, en los que permanecemos en la sombra.

–Cuando uno se esconde, cuando uno se recompone.

–Hay años vacíos.

–A mí, las horas completamente huecas me gustan infinitamente. Me instalo. Apoyo mi nuca en largueros, almohadas, almohadones. Estiro las piernas. Respiro.

–Detesto esos blancos. Las depresiones son vaciados atroces.

–Más bien son esclusas. Esperas. Sublimes esperas.

–La sensación del placer tampoco dura más que seis o siete segundos. Todas las depresiones que tuve duraron seis o siete meses.

–Si cuentas así, diría, en efecto, que tal vez viví algunos días.

–¡Qué suerte tuvo, Louise!

–¡Pero no pasó ni siquiera una semana, Luigi!

De repente se callan.

Sus pieles están totalmente secas.

De repente hace mucho calor. Se queman. Se sofocan en el horno.

–En otra época –murmura él– creía que la vida social era un abismo. Una impostura. Siempre creí eso. Pero no es algo tan seguro. Me gustaba mucho enseñar. Creo que me gustaría volver a enseñar. La vida interior también es una impostura.

–No piensas lo que dices. No creo en nada de todo lo que cuentas. Creo que la tierra a cada momento puede abrirse bajo nuestros pies. Eso es lo que creo. El alma puede abrirse. La vida interior a cada momento puede caer en pedazos en cualquier instante del tiempo. También lo creo así. En cualquier lugar del mundo. En cualquier lugar de la calle, en una avenida suntuosa, en cualquier camino, cualquier pobre callejón. Un bandido en la senda de los aduaneros. Un pirata en el sendero marítimo que bordea la costa. El nadador saltando al borde del acantilado. En todo momento, tal vez vaya a ser un salto al abismo.

–¿Inclusive aquí en la playa? ¿Spiaggia dei Maronti?

–Incluso aquí, desde lo alto del islote. El vacío se abre. Es un salto, una zambullida maravillosa. Yo estaba tan inquieta cuando era niña, no puedes entender la medida de toda mi angustia. Estaba tan ansiosa cuando era una muchacha, es inimaginable. Si cuento como tú, no es seguro que haya vivido un cuarto de hora entre los siete y los veinticinco años, hasta tal punto estaba atrofiada. Mi alma era una avellana, toda pálida, ni siquiera la pequeña franja de un cuello. Yo era tímida, mi mano era tímida. Era miedosa.

–Yo también tenía miedo, Louise. Yo también.

Se levantaron. Regresaron. Cenaron. Se abrazaron. Se durmieron. Era el final de la noche. No: el alba, en efecto, estaba allí porque se la percibía a través de las rendijas de las persianas. Dormían los dos, completamente desnudos sobre la cama del pequeño apartamento de Procida. Dormían agarrados de la mano. El móvil de Luigi sonó en la mesita de noche. Los despertó. Él se apoyó en el codo. Puso el índice en el botón para identificarse. Se sentó de golpe sobre la cama y le dijo que su madre había muerto.

14

Lo que esperaba desde hacía tantos años no lograba llegar hasta mí. Y lo que temía desde hacía tantos años no alcanzaba a hacerme daño. Ya no sabía dónde estaba. Le pregunté a Louise:

–¿Podría acompañarme? Mamá murió. No tengo el valor de ir solo.

Ella fue maravillosa. Aceptó. Me acompañó. Yo era como un borracho al que nada logra poner sobrio, ninguna pastilla, ningún trago de aceite de oliva, ningún vaso de leche, ninguna droga. Me movía, titubeaba sin cesar, iba de aquí para allá, apretaba las manos. No importaba qué manos. Me sentaba. Tomaba mi bastón, me levantaba. Louise se ocupó de todo. Rellenó montones y montones de documentos.

Para la ceremonia, fue Asunta quien se encargó.

–Hay que pensar en alimentar a los gatos –le dije de pronto.

–¿Tu madre tenía gatos?

–Sí, hay dos gatitos.

–¿Por qué no me lo dijiste? La última vez no los vi. Ni el día del huracán.

–Sin duda tuvieron miedo. Se habían escondido. O bien estaban dando una vuelta. Mi madre siempre se ocupó de todos los gatos del mundo. De todos los jardines también. Ni una mirada para los niños. Ni una mirada para su hijo único. Apenas un vistazo a sus dos primeros maridos. Todo era para los gatos.

Louise conoció entonces a dos gatos que eran hermano y hermana, dos maravillas blancas y doradas. Liese Steinadler llamaba

a la gata Köthene y a su hermanito, un poco regordete, Bach. En alemán, Köthene y Bach quieren decir «oído» y «arroyito». Pero Luigi se negaba a decir Köthene y Bach. Una idea dulce y feliz de la monomanía musical de quien había vivido de niña en las orillas del Rin. Liese Steinadler había nacido muy cerca de Colonia, en Brühl. Brühl había sido tan destruida durante la guerra como el puerto de Colonia. Su infancia estaba enteramente mezclada con esos escombros y esos temores.

La madre de Köthene y de Arroyito era Arria, una sublime gata de Capri. Su pequeña foto, en un marco dorado, estaba apoyada sobre la chimenea al lado de la imponente foto de boda de Luigi con Ève, frente a la alcaldía de Ithaca.

Köthene con su largo pelo de persa, la mirada dorada y dulce.

Y el gordo Arroyito, con la cara, la pinta, la crisma redonda de los cartujos y sus ojos lánguidos.

La madre de Lieseliebe, Gudrun, era de Hebel. Ellas habían vivido las dos escondidas debajo de Colonia. En los sótanos de Colonia. Como antaño Agripina, en los fosos de la antigua ciudad romana de Colonia. Entre el estrépito y el polvo de las bombas. Alemania nunca reviviría. De eso estaban seguras la madre y la hija. La civilización, para ellas, se había vuelto algo disperso, mágico, pero irrecuperable. Solas, con hambre, con frío, entre las ruinas, escarbando entre los escombros para buscar maravillas y no sacar a la luz, entre sus dedos sucios, más que cenizas y fragmentos. Partituras destrozadas, libros quemados, pinturas robadas, o arrancadas, o perdidas. Las *suites* de Bach fueron compuestas en Köthen entre el año 1717 y el año 1720. Köthene y Bach, esos eran los singulares compañeros, murmurados a todas horas. A veces las palabras son anzuelos extraños que pinchan o ensartan un trozo de vida en el fondo de la memoria. De golpe, al despertar, traen una presa viva. Pataleando aún en el fondo del barro, de la viscosidad de la noche, del polvo del desastre. Algo hasta entonces invisible en el fondo del mar del tiempo y del silencio de la vida que comienza. Como las nécoras, los cangrejos, los lenguados al borde del mar, con la marea baja,

cuando uno es niño, en los huecos de las rocas, en la punta de la vara de hierro. En la punta de esa especie de barreta, en la punta de esa especie de arpón aparece una presa, toda chorreante, todavía hechizada del mundo sumergido.

El nombre de Louise y sus largas manos tan hermosas. También ese nombre, le había dicho ella, es un nombre surgido de ninguna parte.

Un anillo antiguo muy bello, un poco ancho, que ella a veces se ponía en el dedo medio, en el dedo anular, en el dedo corazón, que se sacaba por la noche, en el momento de desvestirse, que dejaba en la mesita de noche. Ese anillo también era un anillo encontrado por azar.

En vez de Bach él decía Brooklet.

O también en lugar de Arroyito decía Little Rill.

–A mí, el nombre que mejor me queda, para mí, es Ludwick –le dijo entonces.

Hunde entonces de repente su rostro en sus suaves senos y empieza a llorar.

–Pero es un piano increíble.

–Sí.

Ella abrió el teclado. Tocó tres notas.

–Es fabuloso.

Ella se sienta en el taburete de terciopelo. Es un gran Bechstein. Toca.

–Es sublime.

–Sí. A mi madre, al igual que a mi abuela, solo le gustaba el piano. Transcribía todo espontáneamente al piano. Ellas vivían así. Se hablaban tocando.

–Escucha. Escucha.

Los bajos caían en el fondo del corazón.

Ella comenzó un nocturno.

Ludwick:

–No sabía que tú también tocaras. Que tocaras tan bien. Cuando yo era niño, mamá era incansable.

Ella recoge el anillo que ha apoyado sobre la madera del piano. Dice misteriosamente:

–Te equivocas. No lo encontré. No es un azar. Fue un gato quien me lo regaló.

Se pone el anillo en el dedo y contempla la mano.

Se levanta.

–Este piano es un regalo de los dioses –dice ella–. Es tan curioso, Luigi. El día del huracán, el día en que me presentaste a tu madre, creo que no vi nada de esta villa, no vi nada del gran jardín que la rodea. Dormí delante de este gran piano de cola inmenso y no lo noté. Había dos gatos y no los conocí...

Ahora hay que alimentar en lo alto de la colina a toda la colonia de gatos que la señora Steinadler dejó tras de sí. La mayoría son desconfiados. Pero ella se reserva para Köthene y Brooklet-Arroyito. No van hasta su plato sino cuando ella se ha dado vuelta. Incluso sorprende a Köthene y Arroyito escondidos detrás de las macetas de los geranios o detrás de los macizos más frondosos de las salvias: la observan como si ella misma fuese una presa potencial. Pero, evidentemente, se acostumbran. Huyen menos. Se dejan ver. Y ella también se deja domesticar, aprende sus hábitos, sus menús preferidos, sus atenciones, aunque también, sus demostraciones más particulares. Muy pronto ellos le enseñan sus propias ternuras y sus gustos diferentes, sus obsesiones, sus tormentos.

Luego súbitamente, un buen día, la esclusa se abre, le tienen confianza, se desahogan, abren sus corazones. Tres días después, los adopta.

Liese Steinadler dejó sobre una mesa de *bridge*, en el rincón del salón, cerca de la ventana, un puzle que representa a Juan Sebastián Bach, enorme, muy imponente. Ostenta una peluca de rizos majestuosos. Un peinado perfecto hecho de amplios rizos de crepé de encaje. Está frente a los teclados y los registros del órgano de madera de roble de la Thomaskirche de Leipzig.

Ella adopta ese puzle.

Muy a menudo está sola en ese magnífico salón.

Allí, en Ischia, Luigi-Ludwick no sale de su angustia y del vacío que instauró la desaparición de su madre. Permanece preso en un extraño papel de hijo piadoso y afectado. Se distancia. Se encierra en rituales de luto, en deambulaciones sociales completamente sonámbulas. Pareciera que se acurruca en el fondo de un inexplicable dolor. No sube al piso superior. Ya no comparte su cama. La escalera le resulta penosa. La habitación de su madre le resulta imposible. Duerme abajo, en el amplio sofá donde puso sábanas que estira cada mañana, antes de volver a cubrirlo con una manta y con el chal tan hermoso de ramitas de sauce. «El tiempo necesario», le explica él. La villa Steinadler es amplia pero no posee más que dos grandes habitaciones en el piso superior. Está el cuarto donde reina una colosal cama matrimonial en la que duerme ella. El cuarto contiguo cumple la función de vestidor. Está repleto de canapés, armarios, espejos de pie, cómodas. Está orientado hacia el oeste y domina la cumbre de la colina y los viñedos. Ella siente un olor dulzón a aceite esencial mezclado con un tremendo olor a naftalina. Louise saca una montaña inagotable de viejos abrigos, chalecos tejidos, sacos con hombreras embutidas, camisolas de satén, enaguas gastadas y suaves, combinaciones, ropa interior. Le pregunta a Ludwick sobre lo que debe hacer. Él dice que tire todo. Louise le pregunta si al menos puede conservar esto, elegir aquello, regalar esa bufanda, ese collar, ese manto, esa estola. Un camafeo que a ella le parece bello.

–¡Todo lo que quiera! ¡Se lo ruego, no me hable más de eso!

Hablaban, él lloraba. Entonces ella se abstenía de hablarle. No lo interroga. Ella se sentiría mal si pareciera inoportuna. Por el momento, lo deja con sus deudas de dolor, con sus saltos al vacío. Lo deja en el salón, de rodillas, ante el cofre, el Wertheim, donde coloca unos papeles meticulosamente. Ella distribuye a su alrededor bolsos, brazaletes, broches. Lieseliebe Steinadler poseía entre cincuenta y sesenta cajas de maquillaje. En las estanterías

reservadas a las toallitas, las bobinas de hilo, los botones, los pañuelos bordados, los tapetes de encaje, Louise descubrió tres pilas de puzles fabricados en Bonn. Solo eran iglesias. Iglesias en pedazos. Iglesias de Eisenach, Luneburgo, Arnstadt, Lübeck, Köthen, convertidas en pequeños fragmentos de madera.

En un armario de Lieseliebe encuentra una vieja enciclopedia maravillosa dedicada a las flores de los jardines, que ella aparta de inmediato para Sens.

Selecciona miles de corbatas que la viuda conservó, sin duda, de sus diferentes esposos. La mayoría son para Alessandro, que tiene la primera opción. El capitán es coqueto y ávido de corbatas. También hace una especie de bolsitas sorpresa que les regala a Claire, a Asunta, la vecina, a Édith, la mujer de la limpieza. A Concetta.

Lloriqueando, riéndose, ellas se divierten con esos regalos.

El chal marrón y rojo, veteado de amarillo, se lo daría a Sylviane, la mujer de la casa de la orilla izquierda del Yonne. Son sus colores.

Colores de ciruela y de castaña. De flores de retama. De vieja rama cubierta de musgo azul. De fruto del haya.

15

En el cementerio no católico de Capri, el rabino misterioso, grandilocuente, pomposo, canturreante, de pronto se detiene: busca palabras en el aire, en las hojas de los árboles. Es un instante singular. Cuanto más sonoras son las palabras, más arrebatado e inspirado se muestra el hombre piadoso por lo que dice, por los sonidos que pronuncia más allá de todo sentido, más se le escapa lo que quiere decir. Parece increíblemente feliz. A ratos ingiere y dilapida el lenguaje que articula enérgicamente o bien que clama. De pronto, su boca se queda abierta. Ha perdido el sentido de la vida que se supone que evoca. Ahora ha perdido el nombre de pila de la muerta. Liese. Lieseliebe. Luigi, que visiblemente ha dejado de ser Luigi, que se ha vuelto completamente Ludwick, aun preso del pánico impaciente de la angustia, se lo sopla. El rabino se sigue equivocando. Ludwick, sentado en su silla, grita más fuerte el nombre de su madre. Los allegados se desplazan en el espacio estrecho, se alejan de Louise, se acercan a él. ¿De dónde la conocerían? Se agregan espontáneamente a ambos lados del hijo de la difunta, que está sentado en una silla plegable junto a la tumba del tercer esposo de Lieseliebe Steinadler, una fosa abierta a lo largo de la cual todo Capri parece apretujarse, reunirse. Forman un bloque en torno al huérfano enfermo, que ahora se levanta apoyándose en el mango de su bastón, que camina cada vez con más dificultad, que grita el nombre de su madre. La multitud compacta y negra se aleja del rabino de elocuencia enigmática, que se aleja progresivamente de la joven mujer abatida, con los párpados bajos. Cerca de Louise,

sola, a seis o siete metros de ella, un viejo con impermeable de nailon transparente y ruidoso, con una podadora en la mano, doblado en dos, hace un ruido espantoso con sus pies calzados con unas Birkenstock de goma color caqui que chirrían. No se preocupa más por el entierro de lo que prestó atención al elogio que se desmigajaba en el aire. Es indiferente al cuarteto vocal que sigue, proveniente de Berlín, aunque sea magnífico. No siente piedad por las lágrimas, por la música del cantante de Leipzig, por la contrición austera de la concurrencia. Va y viene, ordenando sus plantones nuevos.

Más lejos, detrás del muro del cementerio, se detiene un coche.

Todo el mundo mira al extremo de la arboleda, detrás de la hilera de tuyas y de cipreses, al taxi de la isla que se detuvo.

Louise levanta la cabeza también. Ve la puerta que se abre. Divisa a su hija Claire, que le sonríe. Una ola de felicidad la invade y la colma.

Sueño de Louise en medio de la noche, mientras su hija Claire duerme a su lado ronroneando en la gran cama matrimonial del primer piso de la villa de Capri. El sueño la devuelve a Dreux, donde ella está bajando de una furgoneta 2CV del Ejército francés conducida por un joven soldado barbudo con boina. Ella tiene apretado bajo su brazo un portafolio. También tiene puesta, inclinada sobre sus cabellos, la boina azul de los revisores del tren. Entra en el estudio del notario de Dreux con motivo de la muerte de su madre. ¿Por qué en Dreux? ¿Por qué ese estudio se encuentra en Dreux? Esa pregunta aparece en su sueño como si fuera una pregunta importantísima, pero ese enigma, un instante de pánico en el sueño, no dura. Los muros oscuros están cubiertos de madera negra, labrada, esculpida de manera muy particular, con meandros a su vez muy laberínticos, tipo *modern style*, a la manera de Mucha. Ella nunca en su vida fue a ver a un notario en Dreux. Lo que la sorprende de nuevo, dentro de su sueño, porque reconoce perfectamente esas molduras, esos entramados, esos artesonados en el techo que pesan sobre ella, que descienden sobre ella, le

ordenan esperar. De hecho es una sacristía. En el sueño ahora está claro: ella es muy pequeña, está confortablemente sentada sobre un reclinatorio al que ha dado la vuelta, con el cual se hizo una silla infantil, frente al aparador de la sacristía que contiene el cáliz, la custodia, el relicario, los alzacuellos, las casullas. Entonces abre el portafolio sobre sus rodillas. Saca una carpeta de color azul. En la tapa celeste tiene la imagen de un niño que está escribiendo, sentado ante una mesa blanca. Ella acomoda enseguida el cuaderno de clase cuidadosamente. Está embelesada. Vuelve a cerrar la traba del portafolio. Hace un ruido muy seco. Ella está dentro de un verdadero estudio notarial. Es una pieza austera sacada de un filme de Ingmar Bergman. Apoya frente a ella, en el escritorio majestuoso del notario, el portafolio de tiras rosadas de su infancia. De nuevo aprieta con embeleso el pequeño pestillo metálico. Saca un estuche de lápices que se convierte en polvo.

Abre su cuaderno de texto, que se esparce como el polvo.

Despliega un compás todo oxidado, cuya herrumbre se descascara en virutas que se enroscan y se dispersan sobre la gran mesa notarial.

Cuando alinea trozos muy pequeños de lápices de color usados, verdaderamente usados, gastados hasta el fondo, no más largos que un centímetro, su rostro irradia alegría. El notario es un obispo rosado, rosa mosqueta, que tiene una peluca luminosa con hermosos rizos que parecen olas. Es como un truco de prestidigitación magistralmente logrado. Entonces ella tira del borde de su falda escocesa. Cruza las piernas como una actriz. Sus rodillas están llenas de moretones y cubiertas de costras secas que son otras tantas decoraciones de las cuales está muy orgullosa. Ella las despega cuidadosamente y se las come. Son deliciosas.

Louise le cuenta el sueño a su hija.

Los tres desayunan bajo el árbol.

El clima es agradable.

Después Luigi y Claire teclean en silencio en sus móviles, se mandan cualquier foto de barco, de bote, de galera extraña, de lancha a motor, de barcaza de mar, que les parece sorprendente. Lanzan grititos de satisfacción.

Se ríen.

16

Su padre la llamó de pronto a su móvil. Estaba en Verneuil-sur-Avre.

–Pero, papá, no puedes estar en Verneuil. Estás en Dinard. ¡Vives en Dinard!

Él se enoja. No entiende nada de los papeles que el médico de Dinard le suministró. No entiende nada del funcionamiento de la residencia para adultos mayores donde quiere que le admitan. ¿Puede llamarlo ella? Es urgente. Él se impacienta. Además, en una llamada anterior, ella cometió el error de hablarle de la tormenta, del pontón derrumbado.

–¿Cómo va a atracar el barco?

–En el muelle, papá.

–Me dijiste que el embarcadero se hundió con las olas de la tempestad.

–Es una vieja historia.

Él grita.

–¿Cómo va a atracar el barco?

–No escuchas.

–Hay que reconstruirlo.

Ludwick le explica que el salón de la villa de su madre da directamente al jardín.

Sí.

Pone de relieve que no hay que subir escalones.

Sí.

Como se cayó una vez más al salir del funicular de Capri, y le es difícil desplazarse, es mejor que se quede abajo.

Sí.

Es mejor que se queden en Ischia.

¡Ah, bueno!

Es mejor para mí. Sin necesidad de bastón.

Sí.

En un primer momento, ella no insiste.

Pero más tarde trata de hacerle entender que se aparta de ella en ese lugar, en la villa de su madre, con los conocidos de su madre, con sus propios amigos de la isla.

Se encierra en una vida mecánica, una rutina que ella nunca le conoció.

Ella menciona su repentina irritabilidad. El sistemático trato de usted. Ya ni siquiera la trata de usted: se calla, se aísla en la melancolía. Se aísla con sus fantasmas. Todos esos recuerdos de duelo la expulsan fuera de esa residencia, por más bella que sea.

Argumentos de Ludwick: el apartamento sobre el pequeño puerto de Procida fue declarado insalubre. Está lleno de escaleras. A ti te gusta ocuparte del jardín. Los gatos se acostumbraron a ti y eso te hace feliz. Hace mucho menos calor aquí, en lo alto de la colina de Ischia, que en el pequeño apartamento sofocante encima del puerto pesquero.

Durante una consulta en Nápoles, cuando está de regreso del hospital de Nápoles, pasa por Procida. Quiere comprobarlo. En el momento en que desembarca, aparenta imaginar que descubre el lugar. Presta atención a todo. Las callejuelas que suben del puerto tienen mucha pendiente. Los escalones muy antiguos de las murallas que vuelven a bajar de la ciudad hacia el pequeño puerto pesquero del otro lado de la isla son muy viejos, muy desparejos, muy escarpados. Muchas casas ubicadas debajo de las murallas del puerto fueron cerradas, sus cimientos más o menos consolidados, sus puertas, selladas. El olor a pescado y el hedor del combustible son insoportables con el calor. Está a punto de caerse en dos

ocasiones al tratar de trepar la escalera de caracol que comunica los dos pisos. Sabe que no tendrá tiempo de envejecer. A la vez, es un peso para Louise y Louise le pesa. Es cierto que le gustaría estar solo y es cierto que tiene miedo de estar solo. El médico de Nápoles no le ocultó el estado en que se encuentra, sin ser demasiado explícito sobre el tiempo que le queda ni dejarlo a su propia intuición. Pero fueron sus precauciones, sus moderaciones un tanto tortuosas, tan afables, las que más lo asustaron en la consulta que acaba de hacer. Se dirige al café de pescadores sobre los adoquines del puerto. Fue allí donde la amó locamente, de golpe, una tarde, al final de la primavera. Donde su rostro regresó, su cuerpo reapareció como la felicidad misma. Pide un vaso de *ouzo*. Saca de la bolsa de la farmacia los medicamentos. Estudia su composición. Se demora en las contraindicaciones. Siente que su madre lo llama a lo lejos, en la muerte. Es una sensación. Es una sensación verdadera. Siente que se aleja de Louise y que el miedo a morir prevalece sobre el placer de su presencia. Experimenta que la vitalidad de la joven mujer lo distancia para siempre. Ella es tan hermosa. Él tiene tanto miedo a la impotencia y al sufrimiento, que su amenaza lo obsesiona. Envejecer, de alguna manera, era tener la posibilidad de rehacer su vida con ella. No tendrá tiempo de rehacer su vida, entonces ¿por qué lo consideraría?

Pide otro *ouzo*. Espera al transbordador de las islas.

Es difícil contar el tiempo en días y ya no en estaciones.

Está en el barco de las islas. Está de nuevo aferrado a la baranda y se vuelve hacia Vivara.

Después, a lo lejos, Ischia.

Después, más lejos, Capri.

Ve la punta de Sorrento que se hunde en el mar.

Contempla las dos laderas muy suaves del Vesubio. Los dos cerros cubiertos de viñedos bajo la luz.

No son solamente islas maravillosas, son volcanes que se mueven. Un buen día, súbitamente, se funden en el mar Tirreno, que los apacigua y los engendra.

En otro momento del tiempo, a lo largo de milenios interminables, de golpe, se levantan, lanzan chorros de lava.

Durante algunos siglos afloran las islas en la superficie del agua. Luego vuelven a hundirse.

Él apoya su vientre contra la barandilla de metal del aliscafo.

Sostiene su sombrero de paja trenzada en la mano debido al viento. Es una especie de siroco que viene de mar adentro. Es un viento que proviene del monte Atlas y que el monte Epomeo no logra contener. Piensa en todo lo que pudo vivir, en todo lo que no va a tener tiempo de vivir. ¿Se puede ser libre de lo que uno ha sido? ¿Dónde está su padre? ¿Conoció alguna vez a su padre, que murió tan tempranamente? ¿Alguna vez uno conoce a su padre? No hay más que hijos sin padre. Todos los padres son hijos que no conocieron a su padre. Le duelen tanto las rodillas. Se sienta en el banquito de caoba que está en la popa del barco, encima de las estelas de agua. Sostiene su bastón y su sombrero de paja negra entre las rodillas. Ahora es a su madre a quien llora, y las plegarias se reanudan en el fondo de sí como letanías. Nadie está libre de haber sido quien fue. Nadie está libre de lo que muere con él. Esclavos hemos sido... Es así como empieza la ceremonia de Pascuas de once. Once capreses y napolitanos rigurosamente escogidos alrededor de la mesa. *Avadim ainou*... «Esclavos hemos sido...». Once esclavos hemos sido. Mi padre, mi madre y yo, justo enfrente de mí. Catorce esclavos. Asunta y Édith servían las hierbas amargas. Dieciséis esclavos. Sí, nos acordamos del faraón. ¡Oh, cuánto nos acordamos de la violencia del faraón y de su crueldad! Sí, tuvimos los pies encadenados. Sí, teníamos las manos atadas. Sí, hemos construido las pirámides. Incluso con las plegarias, las miles de plegarias, las millones de plegarias de Europa del Norte, las cadenas que nos retienen nunca desaparecieron. Incluso con los llantos, las plegarias y los salmos, las tareas que tenemos que asumir no se evaporaron en la ociosidad sublime del paraíso. Las trabas que nos estrangulan no se disuelven. Somos esclavos de la muerte.

17

Louise, al final del día, está sentada al borde de la terraza, bajo el pino piñonero, en un sillón de tela.

A su lado, Claire, en el fondo de la vieja hamaca inglesa, lee la novela que compró en Barcelona cuando esperaba en el aeropuerto.

Claire tiene a Arroyito estirado contra su costado, un osito roncando, suspirando de felicidad. Amistoso y amable, Arroyito se digna a dejarla leer.

Ella tiene a Köthene, la persa, de pelaje tan suave, tan rubio y blanco, bajo los dedos, extendida en toda su longitud sobre sus muslos y su vientre. Tan cálida. Ardiente. Ronroneante. Ella le impide todo movimiento.

Louise cierra los ojos. Louise piensa literalmente: «Este es el lugar donde voy a retirarme y donde quiero morir». Ella misma se sorprende ante ese pensamiento surgido desde el fondo de sí misma en forma de una frase hecha, llena de aplomo, enfática. Una frase segura de sí. Una declaración absoluta. Al caer la noche, cuando Luigi lleva a Claire de vuelta al barco de Nápoles, mientras aún se encuentra en el jardín, bajo la alta enramada, ante la mesa que ha puesto afuera para la cena, en el momento en que iba a pronunciar esa frase, en el momento en que iba a confiarle al hombre al que ama que había decidido instalarse allí, vivir ahí hasta el final junto a él, se precipita hacia el baño; vomita todas las aceitunas verdes del aperitivo, todo el vino blanco helado de la isla que bebió en exceso para celebrar la partida de su hija con el barco de la noche.

Ella se calla.

Al día siguiente, ella lo ayuda a bajar a la playa para entrar al mar con la frescura de las primeras horas.

Él sale del mar Tirreno. Se seca. Está casi transparente bajo el sol que se opaca.

Se acuesta sobre la misma arena suave y negra del volcán.

Duerme.

Está muy delgado, aun cuando pretenda que, con la ayuda del profesor de pilates que vino de Forio, ha recuperado músculos. Los hombros son más anchos tal vez.

Sale de la caseta de playa. Gorro negro, polo negro, vaqueros negros, proyectando una única sombra negra sobre la arena.

No es más que un hilo negro en el rumor persistente del mar.

A lo largo del sendero, las azaleas son turbias y tristes. Ella entra por la terraza y la puerta acristalada. La temporada que vivió de pronto se estropeó.

Una flor que se marchitó de golpe.

Se contrajo de pronto, en una noche, sin que ella lo presagiara. Al amanecer, en el momento posterior al sueño, es difícil discernir la causa. Es posible que no la hubiera. Un animal que súbitamente se durmió. Madre muerta. Hijo acurrucado ante su caja fuerte, mejillas enflaquecidas, mirada apagada, piel tan fina y sedosa y destruida.

En el salón. Ella toca. Ve su reflejo frente a ella en la madera negra de la tapa levantada del piano. Él tiene en sus manos una revista de arquitectura. Ella no se atreve a darse la vuelta.

Porque él no lee. Llora.

A la vez, ella sigue tocando y mira fijamente el reflejo que se mueve en el barniz oscuro del gran Bechstein.

Él saca un pañuelo de su bolsillo. Lo despliega lentamente. Seca en silencio sus lágrimas a lo largo de su nariz pálida.

Ella no deja de tocar.

Conoce esa pieza breve de memoria. Ahora examina el reflejo de su amor. Porque su amor se ha vuelto un reflejo. ¡Qué largo y hermoso es todavía ese hombre, pero cómo ha adelgazado! Es una especie de cuervo que sueña. Sus cabellos negros son relucientes y casi violetas con los últimos rayos del sol que se van. Qué inmóvil está. Animal que tiembla de dolor, inmóvil. Su nuez de Adán no se mueve en contacto con la camisa entreabierta. Vaqueros blancos, los pies sin calcetines en las zapatillas blancas, inmaculadas, un tanto inexplicables con el calor y, sobre todo, con el polvo de la isla. Con la nube de arena que vino de África y que cubre la isla.

Cuando ella terminó la quinta pieza breve, se levantó.

–¿Quieres beber algo?

Él le indica que no con un movimiento de cabeza.

–Era hermoso –le dice– lo que tocaba.

–Sí.

Él se acurrucó en el sofá, dormita, tiene sus rodillas casi en el mentón.

Tiene su pulgar cerca de los labios.

Le da la espalda al amplio tapiz gastado, roto, vuelto a coser, que data de la época del reino de Nápoles. Es muy extenso, cubre todo el muro del fondo del gran salón Steinadler. El tema es el de los vasos antiguos. Es el mosaico de Dougga. Representa a Ulises en su barco, atado a su mástil, rodeado de olas que se han vuelto completamente blancas y, a lo lejos, la isla azul donde están, erguidas sobre sus garras negras, las tres sirenas. En sus seis manos, una flauta, un espejo, una lira. Debajo del tapiz, justo después del sofá donde él duerme en posición fetal, una mesa redonda cubierta con un mantel donde hay un gran jarrón de China verde almendra y blanco, oval, vacío. Entre el gran piano de cola abierto y el horrible sillón articulado y reclinado que da al ventanal

acristalado y a la terraza, un hermoso árbol interior de Oriente, nudoso, japonés, muy bello, con bellas ramas intrincadas, de un verde profundo y magnífico.

Sobre la chimenea, un reloj de péndulo de bronce donde Orfeo, desnudo, precede a Eurídice, que ya está girando la cabeza, adelantando su torso tenso, sus senos encantadores.

Del otro lado, bajo la ventanita redonda como las de los pasillos de los transatlánticos, sobre la mesa de *bridge*, el puzle está armado a medias. El órgano de la iglesia de Leipzig ya está completamente unido gracias a las labores de Louise que pone un nuevo fragmento cada vez que pasa delante de la mesa.

En los otros muros: fotos de rostros, de ruinas, de costas, de montes, de volcanes.

Luigi entreabre los ojos:

–Deme uno de sus pitillos.

–No deberías.

–¿Por qué me hace reproches? –le responde él secamente.

Después murmura:

–¿Por qué me advierte sobre lo que ya sé de memoria? Mi destino es morir aquí, frente a usted, en esta isla que usted adora, en ese jardín encima del mar, donde usted pasa su tiempo con los gatos.

¡Cuánto se equivocaba!

Ella enciende un cigarrillo y se lo pone entre sus labios. Vuelve al piano. En silencio, recoge su anillo y su brazalete, que se había sacado para tocar. Vuelve a cerrar la tapa sobre las teclas de marfil. La noche cae sobre el jardín.

Luigi:

–Era tan hermoso –susurra él.

–Gracias.

–No pensaba que se pudiera tocar mejor que mi madre. Usted interpretó esa obra mucho mejor que mamá, que apresuraba todo.

–Es tarde. Voy a preparar la cena.

–Mamá no seguía el movimiento de la música. Seguía una especie de metrónomo en el fondo de ella misma que la apremiaba. No sé cuál era ese horario al que tenía que obedecer. No sé a qué respondía ese afán apresurado, mecánico, que regía sus días. Siempre había que precipitarse. Eso me aterraba.

–¿Quieres que vayamos a cenar afuera, al jardín?

–Prefiero aquí, cerca de mi cama.

–Como quieras.

Ella aparta la persiana bajada y se desliza entre la cortina y el vidrio. Sale por la terraza, pasa bajo el pino piñonero para llegar a la cocina. Corre un instante por ese infierno.

La puerta de la nevera se enciende. Ella apoya una rodilla en el suelo. Busca un cubito de hielo en la nevera. Se levanta. Hace un gesto torpe. Hace caer su vaso de limonada apoyado en el suelo de la cocina. Grita de rabia. Su tobillo está empapado. Va a buscar el recogedor y la escoba, que están cerca de la arena de los gatos. Arroyito se acerca con interés. Ella lo echa con el dorso de su mano. Se agacha y recoge con cuidado los pedazos de vidrio. Recoge todos los pedacitos luminosos mojando su dedo para pegar las virutas minúsculas. Se levanta, vacía el recogedor en el cubo de basura, coge la esponja del fregadero y se limpia el tobillo y el suelo de la cocina. Saca otro vaso. Deja la cocina. Va a buscar otro limón al infierno, al huerto que linda con la cocina. Arroyito sigue sus actos y sus gestos, sigue sus proezas, la sigue como su sombra.

Louise en traje de baño, con sandalias alpargatas de esparto compradas en Nápoles, dotadas de lazos que cubren las pantorrillas hasta el pliegue de las rodillas. Comprueba con la mano,

furtivamente, que su malla no siga estando mojada. Se sienta en el terciopelo de la banqueta del piano, toca de memoria en el piano una zarabanda de Bach.

Es 22 de julio. Es la fiesta de María Magdalena. Ella encendió la radio. Están los cantos sublimes de la cueva de Baume. Pone el sonido más fuerte. Da de comer a los dos gatos que se instalaron, para el atardecer, en la escalinata de la villa situada a la sombra. Huele bien. Pimiento, tomate, berenjena, calabacín, cebollino se doran a fuego lento. Se sienta cerca de los gatos, a su lado, con las piernas extendidas sobre los escalones de mármol. Los mira comer sus trocitos granulados con la punta del hocico porque el día les pareció demasiado caluroso. Piensa en la Magdalena en el jardín de Quentin Metsys que está en Metz. Piensa en Jean, su primer marido. Piensa en Peer, muerto. Piensa en sus tres casitas a la orilla del Yonne. Piensa en su frescura. Piensa en la brisa y la sombra de los álamos, los alisos, los sauces, los chubascos incesantes. En los chaparrones repentinos. Vuelve a entrar en la mansión. Abre su móvil. Llama por teléfono a Sylviane. Volvió a su casa, en Fontaine, el pueblecito donde vive, más arriba de Sens. Su casita da al lavadero. Es de noche. Sí, ella regresó. Sí, todo está bien. Sí, ella pasó esa semana como todas las semanas. Abrió las ventanas para airear durante una hora. Recogió el correo y, sí, pagó las cuentas de la electricidad, del gas, del agua. Fue el gendarme ucraniano retirado, Nikolaïevitch, de largas patillas, de bigote blanco, al que Louise y Claire llaman Dourakine. Cortó el césped. Sí, las dalias comienzan a brotar. Sí, él sigue sin desmalezar nada y no planta sino cuando le parece. Ya sabe, me complace que usted no esté aquí. Hacía demasiado tiempo que no se tomaba unas vacaciones. Estaba usted tan centrada en el viejo Peer Périgord. Por los medicamentos que había que mezclar en su alimento, por la pipeta que había que meterle entre los dientes. Sí, ella pensó en regar la pequeña tumba.

Ahora escucha ruido en el salón. Una silla que se arrastra. Un

bastón que cae. Entra en la habitación.

Él está aferrado al piano. Está completamente desnudo. Cubierto de sudor.

–¿Oyó la tormenta?

–Estás soñando.

Ludwick pide silencio por señas y levanta la mano. Presta oídos al aire que lo rodea.

–¿No lo oye?

–Pero Louis, no es más que un clima de tormenta. ¡Un sueño de tormenta!

Ella se acerca a la lámpara colgante que está encima del sofá y la apaga.

–Quería darme una ducha.

Ella lo ayuda a volver al sofá.

Luego se sienta cerca de él.

–¿Qué quieres que haga para la cena?

–No tengo ganas de cenar.

–¿No tienes hambre?

–No.

–¿Qué te gustaría?

Él se calla. Apoya su cabeza en la almohada. Se acomoda. Pone un almohadón sobre su vientre para que ella no vea su sexo muerto.

–Louise, ¿qué es lo que más le gusta en el mundo?

–Todo.

–A mí, cuando la tormenta se aleja.

Ella piensa: «Entonces, Luigi, ¿ya salí de tu memoria?»

–No –repite él–. No tengo ganas de cenar esta noche. Hace demasiado calor.

–Yo tengo hambre.

–Cene sola.

–Cenaré sola.

–Quisiera un yogur. Me bastaría con un yogur. ¿Me puede tomar la tensión?

Ella vuelve con un yogur, una cucharita, el tensiómetro.

Él no tenía la tensión alta. Cerraba los ojos y dormitaba de nuevo. Ella volvió a cerrar suavemente la puerta del salón.

Toma un pañuelo de papel y se seca los labios. Se puso demasiado carmín. Lleva puesto un vestido de noche, los hombros desnudos, un sostén negro.

Levanta sus hombros desnudos para verse entera.

Louise está frente al gran espejo empotrado, en la solemne entrada de la villa.

Esponja sus cabellos, sonríe, se reacomoda el moño, alza el sostén, levanta sus pechos con sus manos y, de pronto, es feliz. Es tan bella. No piensa en Luigi, que duerme. Ni en Jean, que vive lejos. Tampoco en su padre en Dinard, encima del mar, que escucha su emisora de radio. Ni siquiera en su hija en España, frente al mar, frente al mismo mar que aquí y, sin embargo, Passeig d'Isabel II. Al fin solo piensa en ella. Es espléndida. Y cuanto más piensa solo en su cuerpo, en sentir su cuerpo, más radiante está. Hasta el fondo de sí misma está radiante. Se gira hacia la luz que propaga el aplique de cristal de la entrada. Más radiante se pone. Tanto más adquiere su piel un tono maravilloso.

18

Hizo más calor aún en los últimos días de julio. El aire se volvió una dificultad, incluso un problema. Se estancaba en la pendiente de la colina y se hacía sofocante. Costaba encontrar aire en el aire. Había que esforzarse en tragar aire para poder desplazarse un poco incluso dentro de la casa. Salía de la cocina lo menos posible. Salía apenas para recoger un limón en el jardín. Volvía sudando. El limón estaba hirviendo, jugoso. Lo cortaba en dos. Lo exprimía en el vaso de agua, encima de los cubitos de hielo.

El segundo arboreto de la isla sobre la colina no tenía mantenimiento. Había debido de ser muy bello. Ella iba allí de noche. Mucho antes del amanecer. Era un bosquecito casi silvestre. Las hojas de los árboles, de las plantas crasas, eran tan gruesas que no dejaban pasar la luz de la luna, ni los rayos del sol del comienzo de la mañana. Hasta casi las nueve. Un sendero se abría en la oscuridad. Era un largo reguero de arena blanca más pálida entre los arbustos.

Ella siguió esa cinta. Penetró en ese bosque. A veces se veía el cielo oscuro y el cuerno de la luna entre las copas y las ramas más altas. El sendero giraba, pero un árbol, desde la víspera, había caído misteriosamente. Obstaculizaba el camino. Era un eucalipto. Sin duda, debido a la sequedad. Se sentó sobre el tronco todo descascarado y tibio y suave. Allí, a esa hora precisa, casi se podía respirar. Aspiró el aire cálido nocturno y después lo exhaló con fuerza, con esfuerzo, con mucha voluntad. Se vaciaba, se lavaba el torso, los pulmones, el alma de toda tarea, de toda preocupación.

Comprendió de golpe que sentía un viejo placer dentro de esa angustia, mientras progresaba rauda, a simple vista, la metamorfosis sorprendente de sus días. Al fin sola, casi viuda, de nuevo huérfana –al fin en el orfanato de las bernardinas de Évreux– a la sombra del refugio. Al fin *abandonada*. Al fin la paz. Al fin lo peor se cumplía y una suerte de densa satisfacción se fundía con un recuerdo que ascendía desde el fondo de su infancia. ¡Terminada la caminata hasta el estanque de los trapenses! Hasta la fuente de los cartujos al final del bosque de L'Aigle. Habían llegado. Adoraba ese perfume a árboles, a malezas, a bosque, por supuesto, pero también a aventura, a tiempos antiguos, a caballería, a samuráis, a la Edad Media, al origen, esa fuerza desorientada, esa fuerza absoluta y salvaje, esa noche movediza en ella. Todo bosque es *el* bosque que antecede en nosotros. Ese monte que la rodeaba, ese tronco tan suave, afelpado y cálido en el que estaba sentada. Era el otro mundo una vez más, al fin. ¿Por qué ella seguía llamando por teléfono a su padre cuando él ya no la reconocía, cuando él era presa del pánico ante esa voz que lo perturbaba? ¿Cuál podía ser esa voz de mujer que le planteaba preguntas imposibles? ¿Volvería ella a Francia? Ella respira, al fin, de manera espontánea. Respira, al fin, mucho mejor que Louis, que Luigi-Ludwick Steinadler, a quien la desaparición de su madre acorrala, asedia, ahoga, aprisiona. El silencio de la noche donde ella se encuentra se abre totalmente. El espacio se dilata. Ella está feliz. Presta toda su atención al rumor del bosque a su alrededor, a los movimientos de los pájaros, a sus revoloteos, a sus gritos minúsculos. El fondo de su cuerpo se despierta. Es, en definitiva, un viento minúsculo –un soplo, una brisa, un alma– que no va a misa. ¿Qué quiere decir eso? Eso quiere decir que el dolor no dura.

Vuelve hacia aquel al que dejó sentado al borde del pequeño estanque, a la entrada del arboreto. Lo mira de lejos. Siente el colmo de la felicidad al percibir esa pequeña escena. Ve de lejos el

sombrero de paja negro. El sombrero de paja negro sobre sus cabellos negros. Él está sentado, erguido, silencioso, al lado de su bastón, que está clavado en el barro, al borde del hilo de agua, al borde de lo que queda de agua entre los nenúfares mustios. Él extiende las manos sobre lo que queda de agua en el pequeño estanque. Extiende los dedos en un rayo de sol que comienza a irradiar, a titilar, que se mueve sobre el agua.

De pronto, la punta de sus dedos se torna transparente.

Ella se inclina sobre él y murmura:

–¿Qué estás mirando?

–Un cuervo que acaba de tragarse, de un bocado, una rana.

–No te creo.

–Tragarse. *To gulp*. Es lo que acaba de suceder mientras usted ha ido a pasear.

–No.

–Sí, Louise, se equivoca.

–Entonces me equivoco –susurra ella–. Me gusta equivocarme.

Se sentó junto a él, muy cerca de él.

En efecto, grandes cuervos y gaviotas –o bien grajos y gavias– confluían en torno a ellos. Se peleaban. Sobrevolaban el agua fangosa. De pronto, caían en picado. Todas, todos, las garras hacia adelante, destrozaban en el agua las hojas de las ninfeas, las levantaban para buscar un asomo de pez, de rana, de arañita de agua, de bagre.

Una vez más, se derramó una lluvia de luz. Luego se apagó.

Cerca de su bastón clavado en el agua, un iris azul oscuro –por un instante iluminado– se destiñó de golpe.

La flor totalmente opaca se balanceó suavemente en un maravilloso silencio.

El tallo parecía estirarse, creciendo todavía.

Ella se giró hacia Luigi para mostrárselo. ¡Pero qué pálido estaba él!

–Vamos. Estás cansado.

Ella se levantó. Él tomó su mano. Ella tiró de él para que se

pusiera de pie. Ella extrajo su bastón del barro y se lo puso en la palma de su mano.

–Vamos a ir al paseo marítimo. Vamos a coger un microtaxi para volver.

La tormenta crecía. Fragmentos de huracán azotaban de golpe el rostro.

Él se metió en el flamante y pequeño coche nuevo eléctrico del taxista.

–Hola, Biagio –dijo.

–Hola, Luigi.

A pesar de la cortina de lluvia, a través del vidrio del coche barrido por el limpiaparabrisas, se distinguía la silueta de Capri.

El jabalí de Calidón surgía de golpe del mar Tirreno en la tormenta.

Su lomo a lo lejos, entrecortado por la lluvia, negruzco, parecía armado con una cerda erizada de pinchos.

Su cabeza se parecía a la proa de un barco.

Era negra por el barro en el que se había revolcado en su chiquero, en el fondo del volcán Vesubio, en el umbral del infierno, al borde de la bahía.

Lanzándose como un cohete de lava que se elevaba desde el fondo del mar Tirreno, procuraba hacer frente a la punta de Sorrento.

Más lejos se divisaba, minúsculo, el cabo Licosa.

En el jardín de la villa, el pino piñonero que protege más del calor del sol está en la parte baja de la terraza. Cuando el sol se pone, su sombra se extiende hasta el campo de golf, que a esa hora está desierto. A decir verdad, bajo la canícula, ya está desierto todo el

tiempo. Al igual que las canchas de tenis de los rusos, un poco más abajo. Ninguna pelota suena ya al otro lado de la alta reja pintada de verde. Allí también está todo lleno de árboles. El conjunto es como un océano de espinas, de vainas, de hojas secas. Hay que atravesar el césped –la paja– y luego, en diagonal, cruzar el vergel para llegar.

El pino piñonero no es muy elevado. Es como una campana. Luigi-Ludwick descansó durante la siesta bajo su sombra. Se siente mejor. Se arma de todo su valor. Decide arrastrar los sillones de hierro hasta el medio de la sombra oscura. Casi hace fresco. Es maravilloso. Comieron allí. Él pone la mesa. Se cae. Se levanta apoyándose con las dos manos en el tronco. Se gira hacia la ventana. Llama a Louise para que vaya a cenar. En el primer piso, ella se asoma. Cierra las persianas. Cruza la terraza, el césped o, más bien, lo que queda de él. Se sienta cerca. Al principio, no hablan. Al principio, respiran.

Desgraciadamente hablan. Hablan en voz baja. Pero hablan.

–Ya no nos amamos.

–¿Qué quieres decir?

–Entre nosotros no hay verdadero amor.

–No –responde ella lentamente–, ya no es amor, pero de todos modos, es hermoso. Toma mi mano.

Él tomó su mano. Apretó sus dedos. Ella cerró los ojos. Él cerró los ojos.

–Ya no nos amamos, pero nos acordamos del amor.

–Sí.

–Amamos acordarnos.

–¿Y eso qué quiere decir: amar acordarse, Luigi? En todo caso, no quiere decir amar.

–Quiere decir que amamos hacer que vuelvan cosas que eran bellas desde el fondo de nuestra memoria.

–Eso basta –murmura ella–. Detente.

–Confieso que cuando estaba solo, no me atrevía. Con usted, me habría atrevido.

–Si nos callásemos –dijo ella.
–Pronto voy a callarme de verdad.
–¡Para!

A la mañana siguiente, antes del amanecer, él sale del salón donde ha dormido solo en el sofá. Camina bien, sin vacilar, sin bastón. Va a sentarse en el sillón de tela que quedó desplegado cerca del campo de golf, más abajo del vergel. Se recuesta, no para descansar, no para recobrar un poco de aliento –está desnudo, ellos viven desnudos en el jardín, por el calor– sino para ser tocado por el primer rayo cuando surja. Por ese rayo venido del cielo que siempre es tan bello. Sentir sobre él, no solo en la piel de su cuerpo, sino en el fondo de su cuerpo, en el fondo de su alma, en el fondo del sentimiento de sí mismo, la leve quemadura antes de que se convierta en calor. Volver a sentir el fuego lejano, vivo –previvo– cuando se convierte en vida, en belleza, en luz, en exaltación. Cierra los ojos.

Dejó que su cabeza se apoyara en el respaldo de la tumbona. Pensó que las flores –algunos pétalos de flores– pensaban como él.

Largo rato pensó que las flores, las corolas de las flores, los pistilos de las flores amaban ser tocados así, simplemente, por la luz que proviene del fondo del espacio y que se transformaba en vapor, en aroma, en dulzura, en calor, en felicidad en la superficie emergida del mundo.

19

¿Cómo saber en qué momento la barca fúnebre atraviesa el infierno? ¿O al menos cómo sentir ese choque, ese sobresalto, en el instante en que se separa de la orilla, en el momento en que está a punto de cruzar ese pantano de agua oscura que conforma todo origen? ¿En qué momento el ancla se saca del barro? ¿Se desune bruscamente en el fondo del cuerpo, o del elemento, o del medio? ¿En qué momento el barquero hunde la pértiga en el agua maloliente, fecal, oscura, pútrida? Él no está «enfermo», hablando con propiedad. Ni siquiera se ha vuelto enteramente quejumbroso, o angustiado, o sombrío: está en otra parte. Incluso ella, Louise, ya no puede llegar a él. Aun cuando sus amigos vienen a verlo a la villa, él se ha vuelto distante. Incluso con Alessandro, el capitán del aliscafo, ya no logra mantener una conversación de más de cinco minutos. Esa barca imaginaria es tan invisible como inasible es el agua negra por la que avanza. Louise había conservado algunos viejos vestidos de Liese Steinadler que la habían impresionado. Se sentaba debajo de la gran ventana de la segunda habitación, entreabría el postigo de madera para dejar pasar la luz. Cogía una aguja. Se entretenía adaptando a su medida algunos de esos vestidos en otro tiempo costosos y magníficos. Adoraba esos instantes de soledad a pesar del calor extremo. Elegía en su teléfono una música maravillosa. ¡Qué dulzura coser cuando ya no se puede salir! Y qué paz poder dejar la aguja, poder parar de coser con un poco de música, con los ojos de golpe humedecidos de lágrimas. Las manos que cuelgan en un poco de esplendor sonoro, aun alisando el terciopelo, el algodón, el crepé, el

nailon, la seda. Otras tantas maravillas inventadas por las hadas cuando se les metió en la cabeza sustraer de la vista los bajovientres un tanto velludos, cubrir los hombros, disimular un poco los pechos de las mujeres, las tetillas estériles de los hombres. Todas las pieles, todas las pelambres, todas las cabelleras, el fieltro de los sombreros, las pieles mullidas de los animales, deshilachadas, raídas, velludas bebían el silencio. Porque las telas beben el silencio. Se llenan de silencio. Se atragantan con él.

Casi desnuda, a la sombra de las persianas cerradas, ella cosía en ese silencio.

Hacía tanto calor que se bañaban de noche. Ella se ponía una larga camisa clara de hombre que le llegaba hasta las rodillas. Introducía los dedos de los pies en unas alpargatas de tela. No se ponía ni el brazalete ni los anillos. Sola, en la noche, dejaba a Ludwick con sus obsesiones, su cofre en el salón, sus horarios, sus baños, sus listas de medicamentos, sus últimas ascesis. Seguía el largo camino rechinante y amarillo que bajaba hasta la playa. Nadaba, nadaba en el agua cálida y negra. Iba hasta el bar sobre los pilotes, encima del mar inmóvil, y allí comía dos trozos de pulpo tibios. Bebía vino de la isla. La jarrita de cerámica salía directamente de la nevera. Volvía a subir en la noche oscura. Un poco de vida había regresado a la isla en virtud de nuevos hábitos. Los habitantes y los turistas salían unos en persecución de los otros alrededor de la medianoche. Se oían voces en todas partes. Había que estar muy cerca para percibir esos cuerpos más o menos desnudos, sudorosos, infestados de colonia o de perfume, que avanzaban en la oscuridad para ir a bañarse en el agua caliente del mar. A lo lejos surgía cierta música. Se amplificaba de villa en villa. Pero ¿quién podía bailar con ese calor? Los insectos a la luz de las bombillas. Los dos gatos a veces tenían la valentía de abandonar la frescura del suelo de la cocina y la esperaban echados

sobre la escalinata de mármol de la villa, bajo la luna.

A las cinco o seis de la mañana, cuando el sol ya había salido y Ludwick se derrumbaba poco a poco en el sueño de sus ansiolíticos, de sus fragmentos de morfina y opiáceos, Louise, después de haberse duchado, bajaba por la escalera principal, entraba en el salón donde él había corrido las persianas y las cortinas, donde él dormía, cruzaba el porche, pasaba por el jardín, abría desde afuera los postigos de la cocina que daba a la terraza. Eran los únicos postigos que tenían la osadía de abrir en todo el día de tanto que ya golpeaba el sol. Ella tomaba un té. Era, también, el único momento en que el petirrojo que vivía en el bosquecillo tenía el coraje de saltar, encaramarse y cantar un poco. Era un pájaro que se había vuelto casi doméstico.

Cuando hacía demasiado calor entraba en la cocina, cerca del fregadero, donde iba a beber gotitas de agua del cuenco de los gatos.

Los gatos, estirados en toda su extensión sobre las baldosas de la cocina, cerca de la puerta de la nevera, no reaccionaban.

Observaban al minúsculo pájaro que picoteaba su agua.

A veces Asunta o Édith o Concetta le guardaban dos o tres grosellas o una fresa cortada en trozos, que él acudía a picotear, inflando el pecho.

¿Existían todavía en la tierra lugares donde hubiese arroyos? ¿Praderas con largas mimbreras verdes que llegan a las rodillas, con largas ramas que se introducen bajo el dobladillo del vestido de lana, tocando el vientre, enredando las botas? ¿Gencianas y pinos en la nieve? ¿Bosques oscuros con musgo en todas partes, cubriendo los troncos, corroyendo y consumiendo la madera pegajosa y muerta? ¿Verdaderos bosques con hongos venenosos, babosas, caracoles, pequeñas violetas de los bosques, arándanos azules, grandes capas

de helechos dentados, que se tornan rojizos, inmensos? ¿Existían lugares en la tierra donde caía la lluvia? ¿Donde el estanque de Chaumont extiende su silencio en la linde perturbadora de la arboleda del Silencio? ¿Donde el rocío subiera de la tierra y llegara a posarse sobre las flores de diente de león que se abren, sobre las bolitas crispadas de los tréboles, sobre los largos granos blancuzcos de las madreselvas? ¿Llegaba a extenderse sobre la superficie de la fuente pintada de la mesa del jardín? ¿Llegaba a mojar la tela de la tumbona olvidada afuera durante toda la noche?

¿Existen pueblos normandos? ¿Existe el Orne? ¿Y el Eure? ¿Los islotes entre los brazos innumerables de los arroyos y las corrientes?

La sala de la hostería de Verneuil estaba fresca bajo las contraventanas corredizas de madera. Íbamos allí los domingos de invierno, cuando no había nieve en la ruta, con el cuatro caballos. Yo comía una trucha con almendras: otras pequeñas tejas que se encabalgaban sobre la piel azul. Papá pedía siempre el estofado de callos que la camarera o el cocinero en persona le traían en una marmita.

Encima de su cabeza había una enorme cabeza de jabalí en la pared.

La hostería del molino con aspas en Aube, a un kilómetro de L'Aigle.

Papá tiene treinta años. Hay un chubasco de lluvia estridente entre los rayos de sol. Por lo tanto, es abril. Una bella luz fresca circula en todas las pequeñas habitaciones de la casa. De niñita, espiaba a mi padre en el baño. Mi padre era tan hermoso. ¡Cómo pudo su esposa encontrar una razón para abandonarnos a los dos! Él no piensa volver a casarse. Ni por un segundo. Ella dormita y se vuelve a dormir sin pausa dentro de su sueño.

Ahora las peras están amarillas, como los limones de la isla, totalmente redondos en la espaldera del huerto al borde del pórtico, sobre la colina, en el jardín de Ischia.

Cuatro bolas de bronce rematan los cuatro extremos de mi cama.

20

Con las falanges engarzadas unas en las otras sobre la manta, sobre el colchón, uno reza.

Uno reza, el borde de los párpados enrojecido, donde emerge una lágrima siempre, cuya fuente ignoramos, cuyo afluir no se entiende.

El aflujo improbable cuando uno piensa, cuando uno suplica, cuando uno sueña, cuando uno reza.

¿De dónde viene ese mar de lágrimas que se derraman sobre las mejillas? ¿Dónde se fabrican en el fondo del cuerpo? ¿Dónde se acumulan, entre el corazón y la tristeza, dónde está su sede en el camino a los ojos?

Uno no deja de vagar en silencio en la casa, en el apartamento, en la villa, en la noche.

Uno estira su largo cuerpo desnudo bajo la sábana sin la cual no podemos conciliar el sueño. De nuevo, uno estira la sábana hasta el mentón, mete la cara y las pestañas llenas de sal bajo el dobladillo de la sábana, bajo el festón del bordado de la sábana. El doblez es como un pañuelo. Sirve de pañuelo. Uno respira suavemente, apenas. Soñar. Uno baja los párpados. ¡Sueña! ¡Sueña! Sueña con lo que amas. El sueño es el rezo más antiguo del cuerpo.

No hay que acumular dinero en los sueños. Soñar con riqueza ya es perderla.

El aire estaba denso, amarillo, de un amarillo extraño, como el ámbar.

Durante el calor extremo, los gatos ya no querían saber nada del mundo.

Aun bajo el fulgor de la luna, aun en lo más oscuro de la noche, no abandonaban la villa, la bodega, la cocina. Dicho esto, de una manera completamente misteriosa, sin duda animada por el tedio, durante la canícula, Köthene adquirió el hábito de empollar mis cigarrillos, o bien mi bolso si mi paquete de cigarrillos se encontraba dentro. Köthene era exactamente como una gallina sobre sus huevos. Si yo quería fumar, tenía que acercarme a ella muy suave y solemnemente, levantar el voluminoso aunque muy liviano pelaje, y la gata enseguida se ponía furiosa. Gruñía. A veces me preguntaba si no había sido comprada por la Comisión Europea, por el Congreso norteamericano. Köthene, con su magnífico pelaje gris y blanco de Angora, se había vuelto una prohibición de fumar.

Es cierto que cada cerilla añadía su llama al calor y debía ser expulsada de su universo.

Cualquier olor la desalentaba.

Ya no nos encontrábamos. Ludwick, enfermo, tenía miedo de la suciedad, de los microbios. Incluso algunos mosquitos lo asustaban. Temía su propio sudor. Aquel que al principio de nuestro amor se hacía llamar Luigi ya no se movía del sofá, dormitaba, y moría a merced de virus mágicos traídos por las moléculas maléficas del aire. Cambiaba sin cesar las toallas de baño. Empezó a usar una mascarilla FFP2, a pesar del calor.

En plena noche, bajo el fulgor de la luna, se sienta en el sofá. Está cubierto de sudor, se durmió sin darse cuenta, se inclina, desata sus

zapatillas blancas. Resbala lentamente sus pies sudorosos. Saca por completo los cordones. Lava las zapatillas en el fregadero de la cocina. Las lleva a la terraza frente a las puertas acristaladas del salón para que se sequen en la noche tórrida. Después, Ludwick vuelve a la cocina oscura de su madre. Coge la esponjita de fregar las cacerolas y la cubre de jabón, coge el cordón blanco, lo frota en el borde del fregadero, lo enjuaga. Sale, estira los cordones sobre el respaldo de la tumbona metálica que quedó desplegada en la terraza. Va al cuarto de baño de la terraza. Deja correr el agua de una ducha sobre él.

No se seca. Desnudo, solamente con su bastón, se une a los cordones que se secan en la noche. Se acuesta como un tercer gato sobre las baldosas ardientes.

Cuando el destino sumerge a un hombre en el terrible aislamiento de su muerte, ya no le queda más que apreciar la soledad. Más que cortejarla, la cubre de regalos. Es la futura compañera. Ella merece las mayores consideraciones. Se trata de ser seriamente supersticioso. Cada uno de nosotros, al encontrarse con la muerte, encuentra su más extrema soledad.

Por fortuna, es la más antigua, la más íntima, la más fiel relación que pueda hallarse en este mundo.

Estaba allí antes incluso de que apareciéramos.

La soledad se vuelve entonces la única defensa después de haber sido el único recurso.

Yo me metía en la fisura de esa muralla que había edificado a su alrededor y a veces le llevaba de comer.

Otras veces tenía que tocar un vals, una zarabanda, una música que calla, un nocturno, una pieza breve que él adoraba.

Volvía a cerrar el teclado. Me acercaba a él, extendido en el diván. Su piel estaba granulosa, temblorosa al tacto, los pies fríos, las manos frías, la punta de sus dedos aceitosa y helada.

El rayo del sol poniente iluminó su rostro. Louis estaba tan

hermoso, estaca cubierta de oro, casi rosa, infantil.

El dios se desplazó.

El rayo del sol poniente se posó finalmente sobre el puzle de Bach terminado, en la esquina del salón.

21

Cuando llegaron las fiestas del rapto de la Asunción, el jardín tan cuidado y variado de la señora Steinadler mostró progresivamente la apariencia de un desierto. De una salina en el Sahara. El césped había desaparecido por completo. El viñedo sobre la fachada de la casa, encima de la bella escalinata italiana, estaba contraído y negro. Los racimos se habían encogido. Las uvas atrofiadas se habían convertido en pasas de Corinto granate cubiertas de polvo.

Hacía tanto calor que todo lo que se veía tenía tendencia a convertirse en una pintura inmóvil.

Es la hora más cálida. Es la hora de la siesta.

Acostada en su cama, Louise mira su mano.

El hilo de humo de su pitillo Lucky Strike en la punta de sus dedos no se dispersaba. Pequeños bloques de guata sobre la blancura tan poco líquida del aire.

Hilo de la virgen del humo totalmente intacto en el aire ausente.

Louise contemplaba en el extremo del tubo pálido la brasa que Köthene proscribía.

Dejó que se consumiera el pitillo en la punta de sus dedos, en el aire cálido.

Lentamente, se sentó en el borde de la gran cama matrimonial Steinadler. Aplastó con cuidado la brasa en el cenicero. La tierra empezó a temblar lentamente.

La ventana de la habitación de la señora Steinadler que daba al cielo y al mar se abrió.

La pared que estaba a la izquierda, al este, se agrietó.

Una amplia parte del techo se desprendió. El yeso empezó a caer también. De repente el techo empezó a balancearse por encima de la cama. Louise saltó fuera de la cama para evitarlo. Se quedó de pie, atónita, contra la pared de la habitación. ¿Dónde estaba Luigi? Bajó la escalera de la villa a toda velocidad. En el salón, lo descubrió tan aturdido como ella, absurdamente aferrado a la madera del gran piano Bechstein de su madre, que se deslizaba y que intentaba en vano retener. Ella se abalanzó hacia él, arrancó sus manos de la madera del piano de su madre, lo tironeó, lo empujó afuera, a la terraza. Toda la ladera de la colina hacia el este se desplomaba en el mar. Corrieron hacia el oeste, hacia arriba, en dirección al aparcamiento del hotel internacional. Los mafiosos rusos, los hombres de negocios alemanes gritaban. Todos los cubos de basura rodaban o estaban volcados. Ellos se apresuraron. Ella seguía teniendo a Luigi de la mano. Lo sostenía al mismo tiempo que tiraba de él hacia ella. Remontaron el sendero del acantilado agarrando como podían la baranda de hierro muy caliente. Sobre la meseta, la gente corría por todas partes.

Ella miró hacia abajo.

En el mar ya no había nada. Vapores, fumarolas. ¿Dónde estaban los veleros? ¿Dónde había desaparecido el pequeño puerto deportivo?

Un poco de lava ardía a lo lejos en el flanco de la colina.

Y, súbitamente, comenzó el aguacero.

La gente corría bajo la lluvia, que golpeaba. La fuerza de la lluvia lastimaba los hombros. La gente salía en todas direcciones.

Ludwick tenía la boca abierta. Estaba desnudo y era un hombre asustado. Titubeaba. Ella ahora lo sostenía con sus dos manos. El viento se dirigió directamente contra él, arrastrándolo a la corriente del barro. Ella lo soltó. El barro venía de la cumbre y rodaba por el flanco de la colina. Luigi saltó como un águila oscura fuera de la avalancha de barro. Por desgracia, su pie, al volver a caer, se enganchó en un tronco, o un tocón, o una raíz. Volvió a caer en el agua negra. Fue engullido. Todos los jardines, la arena de la colina

se unían contra él, se derramaban sobre él. Louise se precipitó entonces entre las piedras, tomó su brazo, lo enderezó en la oleada de agua mezclada con flores de los jardines que habían sido arrancadas, con piedra de todas las verjas de los campos que se despegaban y rodaban. El fango, los tamariscos, los limoneros, los racimos de uvas innumerables, las mentas, el olor de las mentas los arrastraban con ellos. Bajaron rodando porque todo bajaba. Una vez llegados a la ruta, frente a la casa del arquitecto, el pavimento parece deslizarse bajo sus pies. Se apartaron.

Sí, logran apartarse. Sí, se apartan. Louise toma de nuevo su mano, tira de él. Vuelven a subir hacia la cima.

El campamento provisional se levantó muy rápido. Yacían en el pastizal, los cardos empapados, el olor dulce. Fue allí donde durmieron, en las tiendas del campamento, entre las sirenas, entre el ir y venir de las ambulancias que llegaban, finalmente, de todas partes hasta ellos. Entre las rotaciones de los helicópteros, entre los huracanes súbitos pero previsibles que desencadenaban las hélices, en la suave lluvia continua que los refresca, que los lava, que los apacigua.

Acampan. Duermen bajo las tiendas de la Cruz Roja. Les proporcionaron mantas, bastante inútiles puesto que hacía cada vez más calor, pero servían de colchón. Les dieron pijamas de nailon de los hospitales de Pozzuoli y de Nápoles.

En plena noche, ella se levantó para ir a orinar en un lugar apartado.

Él la ve a través de la luz de las estrellas que cae sobre ella.

Mira la sombra del cuerpo de la joven mujer a la que ama dentro del pijama azul claro, demasiado grande, donde está escrito SALERNO, que se mueve en el campo de refugiados. Ella es como un ángel que él ya no puede alcanzar.

Hacía ya dos días que la tierra se había sacudido. Todavía temblaba. Solo la isla de Ischia había sido afectada violentamente. En toda la isla se habían despejado una especie de sendas en la maraña de las antiguas calles. La electricidad no sería restablecida de inmediato. Las cañerías de agua habían reventado. Eran como géiseres en medio de la basura.

Todos los barrizales se secaron rápido con la canícula.

Al final de una tarde, preocupada por los gatos, Louise volvió, prudentemente, con su pijama de nailon prestado por la ONG, a la villa Steinadler, dejando a Ludwick en su cama de campamento.

Los gatos enflaquecidos, con el pelaje opaco, inmóviles, tensos, llenos de agresividad, estaban allí, los dos, sentados en los escalones. La miraban fija e intensamente.

Ya no había nadie en las casas, en los hoteles, en los edificios sobre la colina, pero allá, a lo lejos, Köthene y Arroyito permanecían parados ante la gran puerta arrancada de la villa como si todavía existiera.

Corrí hacia ellos.

Se irguieron cuando quise acercarme.

Gruñían, sacando todas las uñas.

Tenían ganas de saltarme a la garganta.

Irascibles, alterados, perdidos. Sus ojos miraban fijo. Entre los escombros encontré los cajones, una bolsa de alimento. Los alimenté de lejos, sin acercarme demasiado mientras parecieran enojados. Eran hienas. Comprendía muy bien lo que querían decirme sus miradas, que se habían tornado salvajes. El agua ya no funcionaba. Fui al campamento organizado por la Cruz Roja a buscar furtivamente una botella de agua que les destinaba a ellos. Regresé más tarde de nuevo. Hurgando entre los pedazos de techo caídos, las sillas volcadas, logré recuperar mi bolso. Ellos seguían allí, no se acercaban, sino que me espiaban. No habían bebido el agua que les había vertido en sus pequeños cuencos traídos de Colonia. Tampoco

quisieron comer lo que les había traído porque no era el alimento al que se habían acostumbrado. Antes morir que cambiar un hábito, incluso en el fondo del infierno se trataba de seguir siendo fiel a lo que fue. Me miraban, en adelante menos amenazantes que aterrados. Me agaché. Pasé mi mano por sus cabecitas huesudas y de repente se ofrecieron a mis dedos. Acaricié sus pelajes sucios. Estaban muy flacos pero ni siquiera querían chupar unos trocitos de queso fundido. Se morían de hambre, de estupor y de amor. Estaban inmensamente sorprendidos. Tenían una cabeza sin peso, un cráneo tan liviano como un cascarón. El pelaje muy corto, muy al ras de la cabeza, ardía con un poco de fiebre. Me acuerdo de cuando era niña. Hay un canto que sube del pecho de los niños cuando lloran que se parece al ronroneo sordo de los gatos cuando son desdichados. Se supone que ambos encantan el mundo, se arremolinan en la magia y hacen que el terror se aparte del cuerpo ebrio de espanto. Cuando era pequeña, en la casa de L'Aigle, me parecía que era yo quien le había enseñado a Bee ese canto mágico, esa capacidad de abstraerse del medio ambiente gracias a un aire minúsculo y secreto. Creía haber sido la fuente del poder sedativo y mágico del girar la cabeza, del susurro convertido en melopea, del ronroneo, girando sobre mí misma, adormeciendo mi alma, viajando como una verdadera chamana de ochenta centímetros de altura por los tres mundos, haciendo barrenar mi cráneo y mis trencitas sobre mi almohada a toda velocidad.

Canto como una abeja que zumba para proteger su sección de miel.

Para proteger un poco a su reina.

O más bien su recuerdo.

Todo era amarillo. Toda la isla estaba amarilla. Todo estaba cubierto de una especie de arena.

En la última semana de agosto, a la miseria y al calor se agregaron los turistas: concurrían de toda la región, de Cumas, de

Positano, de Pompeya, de Paestum, para contemplar lo peor. Incluso de Roma, para fotografiar lo peor. Para filmar el desastre. Incluso Ludwick y Claire no dejaban de enviarse fotos. Encontramos refugio en casa del médico clínico que se ocupaba de Ludwick en Nápoles. También las nubes eran amarillas. El puerto estaba intacto pero los muelles estaban amarillos. Todas las iglesias resonaban, repletas de cirios amarillos. Las multitudes amontonadas en los atrios, los rezos, los gritos, los llantos, los pobres salmos se elevaban. ¿Habría más réplicas? El nombre del volcán estaba en boca de todos. El nombre de Dios era murmurado en todas partes. El hormiguero de Ischia se había partido, pero, por el momento, el Vesubio no se movía. Era el período en que Ludwick debía ser operado. Louise lo acosaba, le explicaba:

–No hace falta que te operes en Nápoles. Están desbordados. De todas maneras yo tengo que ir a ver a mi padre. Tenemos que irnos, eso nos refrescará las ideas, verás el verdadero mar, la frescura, el océano te hará muchísimo bien. En Rennes conozco a un cirujano. Yo me sentiría más confiada. Por más amable que sea tu amigo, por más generosos que sean los amigos que hiciste aquí, no sé por qué, los médicos de Nápoles, los medicamentos de Nápoles, me dan miedo.

Finalmente, el mismo Ludwick fue quien sacó repentinamente los billetes, quien apuró la partida. De inmediato, tomé sola el barco a Ischia. Regresé a la isla para cerrar, proteger, defender el acceso a la villa destrozada de la madre de Luigi. Asunta había recuperado los papeles de Luigi. Le confié mis propias llaves a Édith y le adelanté algo de dinero. Instalé los cuencos de los gatos en la leñera donde a veces dormían. Asunta había vuelto a vivir en su casa. Su marido intentaba volver a poner en pie los muros de su propia casa. Louise le dio también a la pareja de vecinos dos billetes de veinte euros. Les pidió a todos que velaran por los gatos y los alimentaran cuando los vieran. En la habitación, los dos gatos miraron a Louise hacer las maletas. Una vez cerradas las dos maletas, Köthene y Arroyito se acostaron sobre ellas. Cada uno en su maleta. El terremoto había

derribado el pequeño reloj de péndulo colonés que divertía a Köthene. Estaba un tanto desbaratado, debajo de la campana de la chimenea, el pequeño mirlo de pico dorado estaba fuera de su casilla bermeja. Louise lo recogió. Recogió de la alfombra del salón la foto de Luigi. Recogió todas las piezas, una por una, del puzle del organista con peluca bajo la ventana y las juntó en una linda bolsita de cuero con correa que pertenecía a la madre de Luigi, o bien a Ève, la esposa de Luigi. Había que partir. Bajó al puerto como pudo por la avenida destrozada. Las obras habían comenzado. Todas las baldosas de lava negra de las callejuelas habían sido despegadas. Los dos gatos la seguían a distancia. Las maletas con rueditas hacían un ruido infernal sobre las baldosas negras de las calles, sobre el enrejado del pontón. Ella subió al gran barco que partía. No quiso mirar atrás. En la proa, aferrada a la borda, Louise lloraba mirando el mar. El barco bordeó la costa de Procida, la ciudadela, antes de llegar a Nápoles. Louise lloraba mirando fijamente el puerto de Nápoles, en donde entraba el barco.

22

–¡Pero no se libra a un mortal de la muerte que lo atormenta!

Es lo que le respondió Hera a Zeus mientras el rey de los dioses evocaba el destino singular de los mortales. Si la muerte los atormenta tanto es porque algo en ella los seduce, replicó la reina del cielo. Si corren todos en multitud hacia ella y le erigen tantos monumentos, es porque la adoran. Raros son, entre ellos, los que saben que su amenaza puede volverse un jardín angosto, cuidado, cuidable, vertiginoso, sublime, a poco que la naturaleza les sirva de aliada y no de enemiga.

La reina de los dioses pensaba que hacía falta buscar, apenas se estuviera tan cerca de la muerte, un poco de belleza y de embeleso en la paz maravillosa de un día ordinario antes que en la precipitación de un suicidio dramático o en la imaginación de un final apocalíptico del mundo.

Evidentemente, esa no era la elección de Ludwick Steinadler.

Permanecía encerrado en la habitación del padre de Louise, en Dinard.

Ni siquiera abría la ventana que daba a la isla de Cézembre.

Desde que están en Francia los dos amantes ya no se tocan. Se tratan de usted, con deferencia, se rodean de atenciones, de favores, de amabilidades, de solicitudes. Sobreabundan en la gentileza.

Él estaba flaco como un cuco. Solo se alimentaba de lácteos, de los que tomaba tres o cuatro cucharadas, y dejaba la mitad.

–Louise, ya no sueño. No duermo más. Hurgo toda la noche en lo que no va a ser más.

Aquí, en la costa bretona, en Dinard, Ludwick se ha vuelto Ludovic. Se ha vuelto muy infantil. Ya no sabe con exactitud cómo se hace para caminar en la casita, en el jardín del padre de Louise. La casita se alza en el sendero de la costa, bajo el camino de la luna. Pura solicitud. Total prudencia. En el sendero, en la grava, Louise y Ludovic son como figuras navideñas de arcilla en la paja del pesebre. Llena de devoción, ella mueve los sillones sobre el césped y las piedritas. Instala entre ellos una mesa de mimbre. Ludovic se sienta prudentemente en el sillón de mimbre rechinante. Toman el aperitivo en el jardín minúsculo de la casita de pescador donde su padre, al cumplir los setenta años, deseó terminar sus días, sin que ella llegara a comprender bien por qué había elegido ese lugar. El sendero señalizado de la costa es muy hermoso. De esa costa se dice que es de esmeralda. Es uno de los mares más bellos del mundo por los colores y las metamorfosis que brinda a la mirada. El camino agreste, bordeado por retamas, zarzas, raíces, moreras, serpentea por encima de las ensenadas. Unas abruptas escaleras bajan hasta las playas. Ellos almuerzan ligero en las gravas rastrilladas, entre las ánforas repletas de geranios, de capuchinas, con el olor acre del mar, en el viento finalmente tan fresco, tan virulento, que viene del océano.

Ludwick-Ludovic, tan grácil, tan frágil, un tanto bronceado, descansa en el antiguo sillón de mimbre que ella le ha ayudado a desplegar completamente sobre los pequeños claveles de mar.

Ella ve a lo lejos, después del banco de mejillones, sobre el mar gris, un carguero que pasa.

Ella vuelve de la residencia para adultos mayores. Tuvo que ingresar a su padre –que ya no sabía quién era, ni quién era ella, ni dónde vivía, ni lo que era necesario comer, ni que era conveniente vestirse– en la residencia situada encima de Saint-Malo. La mirada que su padre le dirige la atormenta. Quiere emanciparse de esa mirada tan extraña, tan temerosa, cuando la ve. Ella se siente desdichada, aun cuando su padre en adelante parezca tranquilo. Fue él quien la empujó fuera de su habitación porque ella lo altera. Prefiere su aparato de radio, que escucha continuamente. Le gusta seguir los rugientes partidos de fútbol o de rugby, que no comprende para nada. Ella estaciona el coche junto a una pila de tejas.

La puerta de la casita está abierta de par en par.

Ella se apresura. Sube los escalones de dos en dos, mira en la habitación. Las cortinas están cerradas. Él está dormido. Ella vuelve a cerrar suavemente la puerta del antiguo cuarto de su padre.

Baja de nuevo para cerrar el portón de madera que da a la carretera. El sol se pone a lo lejos en la bahía de Dinard. No hace calor. Vuelve a entrar. Va a buscar en el armario la inmensa y pesada bata de su padre y se instala, y fantasea, dejando reposar su cabeza en el apoyacabezas de encaje, frente a la inmensa pantalla plana y negra de la televisión. Duerme allí, hundida, desconcertada, entre los brazos del gran sillón de cuero de su padre, en el olor de su padre.

Los excursionistas cantan a todo pulmón al final de la noche una canción idiota. La despiertan. Ella no encuentra más que bolsitas de té. De repente le apetece un café. Desde siempre, su padre solo bebía té, y Micheline y ella, café. Ludwick-Ludovic solo bebe café negro muy cargado. Ella cogería dentro de un rato el coche que alquiló en el aeropuerto de Rennes y haría moler en Saint-Malo el café que le gusta. Se compraría una pequeña cafetera eléctrica.

De pronto surge el alba, inundando la habitación.

Ella abre la ventana de la cocina. La claridad reverbera en la

pared del acantilado. Fue enseguida a abrir la ventana del salón para que hubiera una corriente de aire. A lo lejos, sin fin, estaba el mar.

El océano sin fin. Que parece infinito.

El disco del sol se levanta sobre el agua, en lo más lejano del agua.

Ella queda anonadada ante ese rostro del dios, ese dios tan extremo en el fondo del espacio, tan asiduo de los días.

Una extraordinaria y violenta e incesante belleza que trata de salir del agua, todavía negra.

Ella no lo oyó venir a su espalda. Él apoyó su frente contra su cabello. Ella no se giró. Puso el brazo de él debajo de su brazo, sintió el esqueleto contra su espalda y miraron el sol alzarse por completo, invadiendo la superficie del mar detrás del amontonamiento vertiginoso de las rocas, en la hendidura gris del acantilado.

23

Entrar en la habitación, volver a cerrar la puerta, bajar el sonido del aparato de radio, escuchar con un oído la palabrería de la desesperación. Sus recuerdos son fabulaciones. Sus frases tienen siempre la apariencia de frases pero ya no son sino cantos. Roza su barba tupida.

Besa de lejos su mejilla hirsuta.

Fuma un pitillo sentada junto a la ventana abierta de la residencia, donde está prohibido fumar.

Él ya no responde al nombre que tiene.

Pero conserva su rostro, su nariz, sus ojos. Ella se le parece mucho. Ella ya no tiene nombre. Él no la nombra más. Ella contempla los bellos ojos de *quien* pregunta *quién* en vano.

¡Qué extraños rostros encontró ella misma en ese mundo!

Su amante se ha convertido en un niño que se cae y ella le sonríe a su padre como a un niñito de cinco años de edad.

Más de dos años antes se habían citado en el albergue para almorzar. Pero, por supuesto, su padre había olvidado dónde se encontraba el albergue. Ella había ido a buscarlo durante horas en los campos. Era otoño. Las hojas de los robles habían caído todas sobre la tierra fría. Lo que quedaba de césped era presa del granizo. El jardinero municipal de Saint-Énogat quemaba las hojas en pequeños montones. El humo era denso.

Sin duda, su padre había considerado tan atractivo el olor que había ido a sumirse en la columna de humo. Había olvidado dónde estaba. La vio llegar a lo lejos en los movimientos del calor que

desprendía la fogata de hojas secas. Ella se había puesto un abrigo azul que le llegaba a las pantorrillas. Una pequeña mochila marrón colgaba en su espalda.

Su padre le dijo:

–Es la primera vez que te veo con abrigo.

–Así es, papá.

Bajan por el sendero en dirección al albergue. Bordean la ruta nacional. Él se detiene.

–¿Quién eres?

–Soy tu hija.

–No. Yo no tengo una hija. Nunca tuve una hija.

–¿Te acuerdas de L'Aigle?

–No.

–¿Te acuerdas de Beebi?

–¡El gatito! ¡El gatito! ¡Oh, sí!

–No era un gato. Era una gatita. Me la regalaste cuando mamá...

–Oh, sí. ¡Bee! ¡Bee Biberón! Ya ves, no me acuerdo de mamá. Pero me acuerdo de Bee.

Bee, Beebi, Biberón, era L'Aigle. Había sido el gato de su infancia. El gato en el que se había sumergido el rostro de su madre cuando desapareció incomprensiblemente. Era el gran amor de su infancia. A los siete años había tomado en sus manos torpes, entumecidas, minúsculas, que temblaban de excitación un minúsculo gatito gris de pequeño mentón todo blanco. Después, Bee se había convertido en la amiga de su adolescencia, la confidente de sus primeros amores, tentativas de amor, pasiones feroces. Bee había vivido diecinueve años. Con patas todas blancas y algodonosas como el pecho de una paloma. Unos ojos inmensos totalmente confiados y negros cuando estaba feliz, cuando estaba acostada en toda su extensión sobre su vientre, en su cuarto de niñita, en el último piso de la casa de L'Aigle. Entre la ventana y la claraboya. Ella entraba por el techo, se chocaba en varias ocasiones, levantando con la frente el vidrio de la claraboya. Afuera, entre las ortigas, era un tigre. De ojos cobrizos, topacios. Depredador cruel, exterminador de ratones, insoportable

matador de todas las lavanderas blancas de las orillas del Risle. Volaba, destrozaba todas las ardillas de los avellanos. Saltaba más rápido que ellas en el vacío y las atrapaba de un bocado. Pero adentro, una vez cerrada la puerta, una vez que las ventanas estaban cerradas, era la ternura misma. Su naturaleza era profundamente melancólica. Ante la menor dificultad, ante la menor desgracia, se iba para morir en su rincón. Se apretujaba detrás de la lavadora. O se cavaba una especie de madriguera entre los cables eléctricos, detrás del aparato de televisión. Se ocultaba días enteros en la oscuridad bajo la cama. Moría. Estaba muerta. Si le hubiesen preguntado su opinión, ella ya había desaparecido, consumida, una humareda que se deshace en el aire, estaba acabada. No la veíamos más. Tenía algo de Luigi-Ludwick-Ludovic. Él también tenía ese terrible talento para anticipar lo peor, imaginar la muerte. Él no era un pecho de paloma, sino un cardo negro cada vez más filiforme, que se dispersaba en la bruma de la costa. Ella era un pequeño charco de contorno espumoso y blanco, indetectable en los matorrales, en las cabañas, en los botes, que se había decidido a no mostrarse nunca más a la atención de los vivos. Había que rescatarla y llevarla de urgencia al veterinario, aun cuando este último, en la frontera del Cher, del Orne, del Eure, sabía más de vacas, terneros, caballos, que de gatos. No dudaba en suministrarle lo que llamaba remedios para caballo y que la dejaban toda drogada y casi loca, provocando sueños que la hacían sobresaltarse durmiendo, y aullar bruscamente. Una vez recuperada, la pequeña leona de mentón blanco reanudaba sus persecuciones, sus batidas, sus combates, sus crueldades, sus largos recorridos indefinidamente circulares sobre los muelles de los pescadores y sobre las popas y las amarras atadas a la costa, en los avellanos, entre las manzanas caídas y putrefactas, sobre la barcaza alquitranada encadenada a su anillo de hierro.

A diez metros de allí, retomaba su puesto en el viejo molino de sidra. Encima de ella, el techo deteriorado albergaba a una lechuza que se podía ver incluso en pleno día, a condición de que se supiera descifrar la cara de lechuza entre las viguetas.

Una pequeña lechuza de color gofre, que aparentaba mirarlo todo pero que en verdad no veía nada. Fantaseaba. Descansaba del día en el día. Esperaba la noche.

La gata Bee actuaba entonces como ella, un piso más abajo, solo con que uno supiera divisar su barbita tupida y blanca entre las clemátides, las campanillas.

Abajo, en la tierra, los neumáticos de los tractores estaban llenos de salvia y de avena.

–Papá, ¿te acuerdas del bosque de L'Aigle?

–No.

–¿Del de La Trapa? ¿Del estanque de las Promesas?

–Para nada.

–¿De la abuela, que se fue con la jarra de leche?

–Ni por un segundo.

24

¡Qué desagradable ser frenada en su impulso por la capucha de su chaqueta de niña!

Su infancia se interrumpió súbitamente, mientras ella corría a toda velocidad en la dicha.

Cuanto más se desmorona la memoria de su padre, más trata ella de acordarse de todo. Pone todo su empeño en recordar los detalles menores, los nombres de los que pasan, las anécdotas más descabelladas que le contaron. No lleva un diario, sino que hace listas. Listas de compras. Listas de lo que le gusta. Listas de viajes que proyectaría hacer con muchas ganas. Listas de flores que quisiera comprar para plantarlas en el jardín de Sens.

Listas de cosas inolvidables.

Ella se acuerda por dos. Plantaron arces cuando los avellanos desaparecieron durante la Segunda Guerra Mundial. La mujer de la limpieza era bretona. Era de la punta del Grouin Sud. La pequeña aldea de Genêts, cerca de Avranches. Es allí adonde me llevaba todos los años, en las vacaciones de Todos los Santos, a rezar, a poner flores a sus muertos. Se llamaba Micheline.

Con un lápiz de grafito, dibuja en su agenda el plano de la hermosa villa más o menos palladiana de la madre de ese hombre, a la que ella apenas conoció y que ahora se derrumbaba a fuerza de no querer dejar el duelo por su madre, que se moría a fuerza de no soportar morir. Ese hombre tan largo y hermoso que ella había desnudado solo algunas noches. Junto al cual no había nadado más que en tres o cuatro ocasiones. A quien ella no había accedido sino unos instantes antes de que él pusiera distancia y se atenuara en el fondo de su corazón. Que se encerraba ya en un caparazón de pudor, de pena, de amor propio y de debilitamiento. Al descubrirlo, al ir hacia él, ella se había acercado a la felicidad mientras él retrocedía en una extraña espera timorata, intocable, sagrada.

25

Ella lo dejó dormir. Todo el océano Atlántico vibraba con el perturbador centelleo que precede al sol. Ella lo dejó con sus ansiolíticos, con su espray de esketamina, con sus fobias, con su estupor, cada vez más grande.

El alba se extiende sobre el mar, desciende por la costa abrupta. Ahora corre.

Vuela de piedra en piedra, de saliente en saliente, de roca en roca.

El viento viene del este. Sopla a largas ráfagas contra su cuerpo, todavía caliente por la noche. La toalla de baño flota en la mano. El cielo está oscuro, bretón, duro, denso. La marea que sube al fondo del acantilado se eleva en chorros violentos. El mar gris, milenario, se desploma contra las rocas negras y las alisa y las socava y las afila sin la menor tregua.

El único color en todo ese gris oscuro son los pinos totalmente verdes, que se balancean en todas direcciones por encima de la playa. Son como algas erguidas que agita el movimiento del mar, que a la vez se retira y se abalanza.

Todo el resto es gris oscuro o incluso negro de repente. Aun las retamas. Ahora incluso el agua del mar es negra bajo la nube.

Tres bañistas la alcanzan mientras ella nada a braza en las olas heladas. Gritan al entrar al agua. Gritan debido al frío.

¡Cómo la molestan!

Ella se aleja de la playa. Amparada por las piedras, recobra el silencio. En el sendero marítimo busca su toalla.

Las clavelinas de mar rosadas, en el silencio, se enderezan con cada golpe imprevisible del viento invisible.

La encuentra y se seca la cara.

Se sienta entre ellas y cierra los ojos. Las nalgas heladas en la tibieza de las conchitas y la arena.

Ella apoya sus dos mejillas en el hueso de sus rodillas.

El sol perfora la nube, surge, vierte de golpe sus rayos en el día.

Ella se levanta.

Se quita el bañador empapado.

Totalmente desnuda, lo pisotea para deshacerse de él, hasta que el viento la seca, hasta que el sol la calienta, hasta que se pone de nuevo el vestido azul. Se va. Vuelve a subir por el sendero de los excursionistas.

Los vecinos de la villa de la señora Steinadler en la isla de Ischia llamaron un mes después de que ellos partieran. Ludwick-Ludovic dormía la siesta. Louise trabajaba en el saloncito de la casa de su padre, con la pequeña computadora blanca abierta sobre las rodillas. Con un cenicero –o más bien un platito– en equilibrio sobre el apoyabrazos. Ella no entendía nada de lo que su interlocutor le estaba diciendo por el móvil. Él gritaba y ella no captaba lo que le quería decir. Luego la vecina de Asunta, que se llamaba Barbara, tomó el teléfono, porque su marido, Gianni, trataba de usar un francés tan impecable que se volvía impenetrable. Ella le dijo a Louise en italiano: No lo adivinarían nunca. Ustedes dos se convirtieron en la fábula de la isla. Sus dos gatos bajan todas las mañanas al puerto y esperan en el muelle. No vuelven sino al caer la tarde, para comer lo que Gianni o yo, o Asunta, o a veces Édith, les ponemos en sus cuencos. Funcionamos por turnos y hacemos escrupulosamente la clase de menús que usted nos dijo que había que darles. Al menos nos acercamos lo más posible a eso. En este

momento, Asunta va a deleitarlos con los restos del almuerzo con los que hizo un magnífico paté. Dicho esto, están decididos a no beber más que en los agujeros que la compañía de gas excavó en la calle de arena que sube hasta su villa. Eso se volvió una rutina. De noche, duermen entre los troncos. Pero apenas despunta el amanecer, reinician su ruta habitual, su pequeño cortejo, siguen la callejuela, bajan en fila india, recorren el muelle, cruzan las rejas del embarcadero reservado a los aliscafos y a los transbordadores, posan sus pequeños traseros y se sientan a esperar, en el mismo sitio sobre el pontón, a la misma hora. Sin duda, la hora en que ustedes partieron hacia Nápoles. Los marineros y el tabernero les hacen fiestas. Todos los días, sentados uno al lado de la otra, atentos a todos los barcos que llegan al puerto, los esperan a ustedes.

–¿Ya está reconstruido el viejo puerto?

–No, pero los barcos pasan.

–¿Y la colina?

–No.

–¿Y su casa, Barbara?

–Sí, está bien.

–¿Se restableció la electricidad?

–Sí. Gracias a Dios, tenemos luz.

–¿Y el agua?

–No.

–Gracias, Barbara, le agradezco mucho el cuidado que les está brindando. Voy a volver. Por supuesto, voy a volver. Pero por el momento no puedo. El señor Steinadler está en observación en la clínica de Saint-Malo. Va a ser trasladado al hospital de la Salpêtrière en París. Después volveremos.

–¿Está mejor el señor Luigi?

–Más o menos. *Così così. Così così.* No sé qué decirle.

A media tarde ella sube a su coche. A las seis en punto está en la clínica para compartir la cena de Ludwick-Ludovic en su habitación. Ella le trajo una botellita de vino, como las que reparten en los

aviones, que encontró en el supermercado de Saint-Énogat. También le llevó una cajita de cartón de los bombones Hopjes que le gustan, para suprimir el mal sabor que le dejan en la boca los medicamentos. Ella le habla de los gatos. Le dice:

–Creo que hará falta que vaya uno de estos días.

Ludwick-Ludovic la mira misteriosamente. Al cabo de un largo rato, inclina la cabeza para decir que sí.

De noche, ella dormía poco. Dormía menos que poco. Dormía mal. Cuando él estaba allí, ella se levantaba en la oscuridad para ver cómo respiraba su amor. Si respiraba.

Cuando volvía a su cama, en sueños, o en una duermevela, veía a los dos gatos sentados sobre sus traseros, esperando en el pontón calado.

Dos días después, era el vendedor de diarios del puerto de Ischia:

–¡Le paso con el capitán!

Así era como llamaban a Alessandro, que vivía en Casamicciola. Conducía uno de los aliscafos que iban y venían entre las islas. Su amigo del corazón era Luigi, tenía la misma edad, había estado siempre entre los asistentes asiduos de los viernes por la noche en la villa Steinadler. Íbamos a cenar a su casa. Hablábamos cuando yo tomaba el transbordador. Me sentí angustiada de inmediato al escuchar su gruesa voz dialectal. Hablaba un italiano napolitano que yo no comprendía bien.

–Mire, Luisa, es algo un poco tonto.

–Dígame.

–Se trata de los dos gatitos de la señora Steinadler. Todas las mañanas, a las diez de la mañana, están allí, cerca de las taquillas, en el extremo del pontón de los barcos. Esperan. Todos los crepúsculos se van.

–Ya sé. ¿Le molestan?

–No.

–¿Causan algún problema a los pasajeros?

–No. En absoluto. No molestan a nadie. Lo que me preocupa es que adelgazan. Los marineros, o los empleados de las compañías, o el tabernero de las redes les dan de comer pero ellos rechazan todo. Es preciso que usted avise a Luigi. Hay que tomar una decisión. Por eso la llamo.

–Ha hecho bien en llamar, Alessandro.

–¿Cómo se siente Luigi? ¿Está mejor?

–Está rodeado de los mejores médicos.

–¡Lo esperamos!

Luigi-Ludwick-Ludovic regresó en ambulancia de París para ser hospitalizado en Rennes. Yo tomé el avión.

26

Ella bajó del avión al final de la mañana. En el aeropuerto Napoli-Capodichino, encontró de inmediato un taxi. En Molo Beverello llegaba un barco. Finalmente, la masa del volcán, la aduana marina, el viejo cráter que el mar excavó y que encierra el puerto de Ischia Porto.

Cuando caminó por la pasarela, cuando los vio a lo lejos esperando, sentados pacientemente sobre el pontón enrejado, uno al lado de la otra, hermano y hermana, el pelo amarillento y opaco, claramente enflaquecidos, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Ellos no se precipitaron.

En el muelle, ella apoyó la maleta sobre sus ruedas y ellos vinieron a frotar sus cabezas contra sus tobillos, sin hacer más que lo necesario. Luego, en fila india, los dos gatos partieron delante de ella, que arrastraba su maleta blanca provista de rueditas no demasiado estrepitosas. Era como si le mostraran el camino, como si temieran que ella hubiese olvidado cómo había que hacer para volver a la casa. Siguió sus largos y pequeños cuartos traseros bamboleantes, uno gris, gris cansado, otro blanco y naranja, más chamuscado que rojizo.

Uno arqueándose de pronto para saltar a toda velocidad por encima de un cubo de basura, la otra deslizándose por debajo de una carretilla de albañil.

La calle principal estaba completamente presentable. Los huecos habían sido tapados. Las grandes baldosas volcánicas habían sido adheridas de nuevo unas a otras. Las aceras habían sido realineadas

y vueltas a cementar. En la placeta había cuatro nuevos faroles de bronce. Pero las callejuelas adyacentes todavía no eran más que caminos de tierra obstaculizados por obras, contenedores, pilas de tejas, montañas de arena.

Ella sacó la llave de su bolsillo. La puerta se había colocado de nuevo en sus goznes. También allí los gatos la precedieron. Los tres juntos se metieron dentro de la villa. Todo estaba a la vez deteriorado y limpio. Olía a encierro y a creosota. Asunta y Édith –sin duda ayudadas por Alessandro y el marido de Barbara– habían vuelto a enyesar un poco todo, lo habían levantado de nuevo. Ella abrió todas las ventanas, al menos cuando su estado y el revoque de los muros se lo permitieron. Hizo las compras.

Comieron los tres afuera, en el patio, frente a la cocina. Vio a Édith, Gianni, Asunta, Barbara, Menna. Incluso el capitán fue a verla desde Casamicciola. Existe una transmisión de pensamiento propia de las islas pequeñas cuya onda, muy informada y comunicativa, se propaga como una brisa marina. Asunta la ayudó. Entre las dos llamaron a varios obreros, que se dedicaron a grandes tareas de reparación, consolidación, carpintería, calafateo, pintura.

Por la noche, se acostaron los tres en el cuarto de arriba. Los tres en la gran cama matrimonial donde ella había cambiado las sábanas, la colcha, la funda, las mantas de lana.

Para decir toda la verdad, me ignoraron hasta que cayó la noche. A la mañana siguiente, me desperté sobresaltada. Me pregunté súbitamente si no habrían vuelto a bajar al puerto. Abrí los ojos: estaban en la cama. Cuando me vieron despierta, primero uno y después la otra se acostaron sobre mí –la hembra sobre mi torso, el macho sobre mis pies– y empezaron a amasar con sus patas. Iniciaron de nuevo las caricias de su preferencia y las aceptaron con altura y afabilidad.

Tensaban su espinazo ante la menor presión de la mano de nuevo. Yo tenía hambre, teníamos hambre, me levanté.

Los tres afuera en el alba lechosa. Ellos saltaron sobre la mesa y desayunamos los tres de buen ánimo. Después hablamos. Después volvimos a empezar a comer. Después bebimos. Después hicimos pis. Después ronroneamos. Después se hizo el silencio. El sol nos tocó. De nuevo estábamos presentes en este mundo.

Tal vez sea la definición de la felicidad: inmediatez en la presencia.

Todos los sentidos presentes en la presencia que toca a los que la tocan.

Examiné el jardín irradiado, destrozado, cavado, devastado. Se había reconstruido en parte. En ciertos lugares había reverdecido un poco bajo las nubes de otoño y las leves lluvias.

En el libro del Génesis, en el jardín del Paraíso, Eva no le pidió nada al hombre que estaba de rodillas a su lado. No le mostró el fruto. Tendió la mano, es cierto, pero no le pidió nada. Sencillamente apoyó la mano en el hombro de Adán. Hay que haber sentido las garras tibias de un pájaro apoyándose en el hombro, o en nuestra nuca, o en nuestra mano. Las manos que aman no pesan. Ni los dedos aprietan, ni agarran: tocan. Más aún las almohadillas de las patas. Se posan suavemente sobre la piel como si los cuerpos estuvieran hechos de aire y de silencio. De atención y de contemplación.

Sustancias indecisas y porosas, vaporosas.

Sombras. Brumas. Pura ternura.

Ángeles. Bolitas de dientes de león. Patas de gatos. Terciopelo.

A la mañana, abrí la tapa de ébano. Puse mis manos sobre las teclas de marfil.

Finalmente, el gran piano Bechstein había sido menos maltratado

por el sismo de lo que había sido desafinado por el calor.

Llamé al afinador habitual de Nápoles, que había dejado su tarjeta a la derecha del gran teclado de marfil.

A veces, cuando tocaba una obra de Fauré, un nocturno, una pieza breve, una variación en el piano, Köthene saltaba sobre las teclas. Se sentaba directamente en el teclado, frente a mí, tomaba con sus dos patas mi muñeca, se ponía a lamerla.

Bordea con su lengua el brazalete del tesoro de Peer.

No me lame ni me mordisquea en verdad: me impide tocar.

Ella prefiere el silencio.

Amarse es el silencio.

La máscara de «la Bestia» en el filme de Cocteau titulado *La bella y la bestia* fue fabricada a partir de la cabeza de su gato.

La cabeza de Köthene se parece a la del filme de Jean Cocteau.

Y «la Bestia» actúa como si yo estuviera enferma cuando me pongo a tocar. Actúa como si yo estuviera triste a fuerza de interpretar obras que, sin embargo, compensan el dolor. Abraza largo rato la muñeca y el dorso de mi mano tanto tiempo como haga falta, hasta que me levanto. Deslizo la puerta acristalada y trotamos por el jardín.

27

Las sábanas de la Asistencia Pública son azules. Le pusieron una sonda. Tiene los ojos cerrados. De golpe se ve tan largo, exiliado, flaco, viejo. Acomodaron mal la sábana. Él está totalmente desnudo bajo la sábana azul. Hay algo cuando se es viejo –cuando se ha muerto también, quizá– que todavía es sexual. Algo que se ha vuelto más desnudo aún, más perturbador, quizá. Tan despojado, tan separado, tan desprovisto de final, tan abrumado. Abrumado como la roca oscura frente al mar. Abrumado como la flor frente al sol. Porque la sexualidad en nosotros es así: es la incompletitud. Es esa falta que reclama para siempre lo que siempre va a ignorar. Ese pedazo de carne informe que suplica después sin cesar una forma inesperada. Es posible que esa forma se vea más claramente en los sueños que en la realidad. Algo se arma en el curso de los sueños. Algo llama entre las piernas abiertas, entre los muslos desnudos, que no se controla, impotente para aparecer por completo. Que a veces quema. Que a veces abre la boca y grita. Que grita al fondo de los acantilados. Que grita en los callejones de noche. Que canta deliciosa, impasible y soberanamente en las ramas de los árboles o al borde de los pozos o en la linde de los matorrales. Que llama sin tregua, sin pausa, siempre, en la penumbra de la habitación. Pobre cuerpo, con la seda negra sobre las mejillas chupadas. Pobre torso, que palpita y se vacía. Pobres pulmones, que jadean con una especie de fervor. Se ha dejado crecer la barba porque ya no podía levantarse. El vientre se encoge. Las costillas, a su vez, se ahondan y se perciben y se levantan. ¿Quién llama desde el fondo de ese

aliento que se ha vuelto tan sibilante, con sacudidas a veces difíciles, y que se extravía? Ese hombre tan delgado se ha vuelto extremadamente jadeante cuando agarra el travesaño de la cama, cuando se apoya en el brazo de Louise. El alma hace esperar un poco a la muerte respirando en voz muy baja en el límite del estertor, en el límite del canto de la lechuza al atardecer, lanzando ese soplo a medias ahogado, pulsado, sincopado, y que canta muy poco. Una lengua humana se ha vuelto un minúsculo hálito ronco. Pobre gorjeo de un pájaro sin alas, al que sus piernas ya no sostienen, al que ya no auxilia un bastón. Sus muslos están vaciados de toda carne y la piel flota. Sus testículos son exiguos y marrones como ciruelas mirabel demasiado maduras. Su sexo pálido hace pensar en una rama de avellano a la que un niño le sacó la corteza para hacer un silbato. Su nariz es como una espiga. El tubo vacío de un bolígrafo Bic.

Él quiere caminar a toda costa. A toda costa quiere salir. Lo liberan de su aparataje. Ella lo ayuda a caminar hasta la cafetería del hospital. Ella elige una mesita para cuatro cerca de la pared porque no hay nadie en ese rincón. Apoyan su bandeja. Él se levanta buscando unos billetes en el bolsillo trasero de su vaquero blanco completamente limpio, muy planchado. Ella se levanta.

–¡Déjeme ir! –suplica él.

Él camina lentamente. Sus zapatillas blancas rechinan desagradablemente sobre las baldosas del comedor.

Él avanza sobre el suelo del refectorio como un hombre que se ha vuelto demasiado liviano y que teme que el vacío celeste se lo lleve, que se esfuerza por apoyar sus suelas y por imprimir su huella en el suelo de la luna. Vuelve con una botellita de vino blanco y una botellita de vino tinto. Están sentados uno frente a la otra, como en otro tiempo en el puerto de Procida ante una mesita redonda de taberna, en sillones de plástico blanco. Oh, sillones universales. Viejos sillones indestructibles de plástico moldeado que datan de los

años sesenta y en los cuales pasé temporadas, años, décadas.

–Me convertí en un enfermo tan aburrido que me aburro a mí mismo. Usted debería dejarme. Mis días y mi cerebro se repiten. Las horas ya no avanzan. Ya no pienso en nada. Me quedo clavado frente al acantilado de la muerte.

Ella obtiene la autorización el viernes por la tarde para dejar el hospital por el lapso de un fin de semana. El viernes da paso a la misa: están restaurando una ruina. A Louise le pareció que había que agregarle al crepúsculo una especie de excitación o de porvenir. Sin eso, cada crepúsculo mostraría el rostro de la desesperación. Deseó que Luigi de Procida, que Ludwick de Capri, que Ludovic de Saint-Malo o de Dinard se apasionara por un proyecto en vez de pasarse el tiempo pisoteando el umbral de la noche. Ni uno ni la otra tenían verdadera fe en ello pero juntos, voluntaria y decididamente, compartían esa creencia de que la muerte puede ser echada. Que la diosa de la noche puede olvidar un cuerpo en su pillaje. Como la crecida sortea una bahía de pronto en la proyección de la corriente. Como la tormenta olvida la iglesia y el gallo del campanario para abatirse sobre el gancho de heno de la granja, a diez kilómetros de allí. Había que distraer la atención. Con lo que quedaba de la venta de la casita de su padre que daba al mar –que le permitía pagar ampliamente la residencia donde había sido admitido–, Louise adquirió por casi nada, junto al municipio del pequeño puerto de La Clarté, un almacén de cemento gris, sin pintura, con techo de chapa, que quedaba de una antigua fábrica de conservas en lata. Era muy feo, pero lo que quedaba de esa pequeña fábrica había sido edificado en otro tiempo por los dueños de botes pesqueros justo al borde del estuario que daba al mar. Era muy barato porque era abominable si uno se centraba en la construcción que había sido levantada, pero a partir de ella, más allá, a partir del pedazo de tierra del que uno se volvía propietario, había una vista sublime al esplendor del océano. El municipio (era el mismo alcalde quien

gerenciaba las cuentas de la residencia de ancianos donde su padre vivía ahora, era el mismo alcalde quien tenía a su cargo el mantenimiento de la parroquia de La Clarté) quería que el comprador reconstruyera el conjunto disminuyendo su altura, además de su volumen y su amplitud. En verdad, contaba con que hiciera el sitio más bello de lo que era –era espantoso– e incluso que le hiciera honor a la pequeña ciudad balnearia de la cual era, al mismo tiempo, edil y empresario. El permiso de construir era tan estricto como irrisoria era la suma que desembolsar. Nada de pisos, ni techo a dos aguas, ni cartel, ni bandera, ni antena de televisión. Era una extraña autorización para construir. Más abajo de la fábrica de conservas había una especie de cobertizo para barcazas o botes. Allí, el nuevo propietario podía ser más libre, porque nada lo revelaría a las miradas. De momento, las olas salpicaban en los vidrios sucios y las chapas. Las obras iniciales (confiadas al primer adjunto de la alcaldía, de manera que se diluyera todo conflicto de intereses) tomaron muy poco tiempo. Louise llevaba a Luigi en coche a ver la construcción. Él se quedaba en el coche. Miraba la obra, que avanzaba a marchas forzadas porque el municipio quería que todo estuviera terminado antes de la llegada de los turistas de Pascuas. Louis se interesaba en eso. Hacía fotos que le mandaba a Claire. Desde la costa Esmeralda, enviaba también fotos de catamaranes extraordinarios a la costa española. Se complacía en ver realizados los cambios que había sugerido algunos días antes. Mientras se retiraban grandes cantidades de escombros, de chapas viejas, de vigas de hierro, quisieron instalar calefacción, más abajo, en el extenso cobertizo de botes, para pasar allí el invierno, pero eso no fue factible. Era necesario aguardar a que el tiempo invernal fuese más seco para iniciar los trabajos que él había planeado en el acantilado, por encima del mar. Antes de morir, Louise ya no tuvo ganas de hacer que pintaran nada, ni en el exterior ni en el interior, para gran desesperación del alcalde. Se equivocaba. De lejos era una larga casa baja, tan baja como las rocas, entre las retamas y los pinos marítimos. No era la cabaña de Le Corbusier en el camino de

Menton a Roquebrune, pero las hileras de viejos ladrillos reensamblados, las placas de cemento desnudo, los ventanales vidriados que surgían de la maleza, de los arbustos de boj, de las hortensias rojas y de los macizos de salvia mostraban una apariencia sólida, limpia, austera, sin edad, enigmática. Ya no se parecía en nada a una fábrica de conservas en ruinas rodeada por un vertedero.

Dentro de las edificaciones –ya fuera la casa, ya fuera el galpón– el océano hacía un estrépito extraordinario. Las olas altas, imperiosas, se encarnizaban contra las rocas que servían de cimientos, estallaban en los vidrios, resonaban contra las paredes nuevamente enyesadas y limpias. Una bruma gris de invierno, asquerosa, subía a lo largo de los postes en el campo que precedía a las edificaciones. Todo el recinto curiosamente echaba humo. Cada rincón erguido lanzaba al aire su pequeño hálito particular. El campo delantero y el terreno vecino estaban rodeados por esas estrechas oleadas de humo silenciosas de noviembre, de diciembre. Eran como cirios que se encienden en las iglesias para hacer votos. Un dios desconocido, encolerizado, irascible, violento, era esperado, era suplicado, era celebrado por los postes del campo y la boca de los bellos caballos del centro de equitación que resoplaban en el viento frío, en el prado situado al oeste.

–Louis, ¿cómo haces para controlar tu cólera?

–¿Qué cólera?

–Tu vida, si prefieres decirlo así.

–No entiendo del todo lo que quiere decir, Louise. Mi vida abreviada no es la que habría elegido, sin ninguna duda: habría preferido vivir más tiempo. Pero no es una cólera. Y si lo fue en otro tiempo, cuando mamá estaba viva y me hacía volver sin cesar de Amberes, de Ithaca, de Nueva York, con cada crisis de angustia más vehemente, con cada nuevo chantaje de suicidio, mi vida ya no es en absoluto una cólera.

–¿Lo crees así?

–Sí, Louise, eso creo. Soy feliz con usted, Louise, soy feliz a pesar de ese final que me persigue. ¡Soy feliz con la hermosa idea de esa casa, que habría podido ser la nuestra! Esa hermosa casa que será la suya sobre el mar. Es incluso mucho más que una casa: una conservera. Me encanta esa palabra. Me gusta la idea de una granja marina convertida en un largo oratorio, una especie de monasterio con sus hileras de boj, esa fila de hortensias celestes por el momento secas, sus pizarras negras que bajan hacia el oleaje y la resaca, sus viejos ladrillos blanqueados por el salitre. Con esa lluvia tan fresca, tan continua, usted estará lejos de los volcanes. Estará a mil leguas de los terremotos. Estará a salvo de la canícula. Una *conservera* de la felicidad: qué previsores que hemos sido, dirá usted entonces, Louise. No, Louise, no estoy enojado.

–Estás enojado. Y yo estoy totalmente enojada. Las noches están encolerizadas. La infancia está enojada. Todos los vientos están encolerizados. Toda la tierra está en cólera. El volcán de la isla estaba en cólera. Mi madre, al abandonar L'Aigle, estaba en cólera. Mi padre abandonado en el Risle, con su caña de pescar en la mano, bamboleándose suavemente en su bote, estaba en cólera. Aquí, todas las olas espumosas, espumantes, pendencieras que brotan del océano están en cólera.

La enfermera lleva en sus brazos al hombre que ella ama. Es una larga libélula azul, un tanto sobrenatural.

Las piernas flacas, velludas, negras, que caen.

El barbero y peluquero vino de Dinard en bicicleta eléctrica. Louis –inscrito con el nombre de Ludovic en el registro del hospital y en el fichero de las enfermeras en la recepción– se volvió una especie de monje demacrado, de carmelita de Toledo, de cartujo de La Trapa, mientras la fisioterapeuta lo ayuda a regresar a su cuarto pasando

por el balcón. Después, se quita la capucha de la chaqueta del cráneo completamente afeitado. Su barba sedosa y negra aumenta la impresión de delgadez.

Ella lo ayuda a acostarse. Observa que solo hay una foto en la mesita de noche de hierro blanco. La foto de su madre. Liese Steinadler de pie, vestida de novia, muy joven, al lado de su padre, sobre la mesa rodante de hierro blanco, encima del pequeño embudo de plástico para orinar.

–¿Con quién se va a reunir? –murmura ella acariciando el marco de cuero negro.

Él la mira.

–Obviamente, no conmigo –agrega ella en voz baja.

Él se pone a llorar.

Louise, que se encontraba junto a su padre en la residencia, ni siquiera fue advertida de la súbita partida de Ludovic en ambulancia. Ni el médico ni la enfermera del servicio del hospital de Rennes la avisaron.

Ella coge a toda prisa el tren en la estación de Saint-Malo para dirigirse al hospital de la Pitié-Salpêtrière en París.

Se encontró de nuevo con el magnífico jardín de la Salpêtrière, en París. El recinto en el que esperaba, hace ya dos semanas, sobre un banco de cemento, frente a los magníficos eléboros, los resultados de los exámenes y de la consulta.

Unos sublimes rosales de Navidad con pesadas flores oscuras, de repente con grandes pétalos de un rosa muy pálido.

Cuando empuja la puerta, él dormita en la habitación. Las pupilas dilatadas por la morfina, tal vez. La articulación de las palabras en su boca se ha vuelto más confusa.

–Louise.

–Sí.

–Hablé con el médico ayer por la tarde. Le pedí al médico morir porque sufro demasiado.

Ella no respondió.

–Hay que dejarme, Louise.

–Sí.

Ella deambula. De nuevo va a sentarse sin razón, aquí y allá, en los bancos, en uno de los muchos jardines de esa gran ciudad que es el hospital de la Pitié-Salpêtrière.

La iglesia de Saint-Louis en medio del hospital.

La plazoleta frente al porche.

Ahora salen del humus las bienales, los alhelíes, las nomeolvides.

Todo sale a la superficie de la tierra.

La muerte también es un salir.

La muerte no es ningún lugar. No encierra ningún infierno. Se abre, es todo.

Luigi sale. Luigi se va. Luigi no entra en ninguna parte. Sale.

Ahora sale de la vida, como antaño salió del cuerpo de su madre.

Como la villa de su madre había salido, había querido salir de sí misma, de los flancos del monte Epomeo, durante el terremoto de la bahía de Nápoles y de las dos islas, con una suerte de impulso inmenso para reunirse con el mar, donde el mismo volcán antaño se formó.

Como Louise sale ahora del hospital, cruza el bulevar del hospital, entra en el Jardín de las Plantas por la reja de la calle Buffon.

No pudo evitar volver. Volvió a los dos días. Era más fuerte que ella. En el pasillo vacila. Después se decide. Giró el picaporte y empujó la puerta. Se inclinó para besarlo en la mejilla. En las crines de su barba. De golpe, él tomó su cara bruscamente entre sus manos. Le hizo daño. Sus manos resbalaron. Le estranguló el cuello. Gritó con

dificultad:

–¡No vuelva nunca más! Déjeme. Déjeme, Louise. Se lo ruego.

Ella se liberó de sus manos. De sus garras. Se sentó en el borde de la cama. Frotaba sus mejillas, alisaba su cuello, jadeaba. Había tenido miedo pero él, con la cabeza arqueada sobre la almohada, cerraba violentamente los ojos. Ella se quedó sentada y trató de calmar su respiración. Cuando más o menos lo logró, se puso de pie. Una vez llegada a la puerta, se dio la vuelta. Lo miró fingiendo dormir, con las mandíbulas apretadas. Volvió a cerrar suavemente la puerta.

Llueve. Ella avanza a pasos cortos bajo los castaños pelados. Cruza por última vez los jardines. Se detiene sin saber por qué en el aire más libre, más fresco, que flota por encima de las prímulas. Se acuclilla ante cuatro pelotitas de muguetes que de pronto caen como gotas de leche pura entre sus hojas amontonadas. Qué fuerte y qué bien huelen.

Unas pequeñas campanitas, tan delicadas. Pequeñas campanas de silencio.

Su cuerpo se afloja.

Sus rodillas caen sobre el cemento del hospital.

Se acuerda súbitamente de la casa del Yonne, del alero con madreselvas, de la mañana bajo la lluvia, del pequeño cantero de dalias que de pronto tuvo la idea de plantar.

De la tumba del gatito muerto de la que huyó.

La muerte es como un agujero en lo real. No es nada real. El pequeño Peer era eso: un agujero. Un agujero en la tierra.

Una ausencia: un agujero sobre el radiador.

Un agujero en el muaré del sofá.

Un agujero en el escalón de la cocina.

Un agujero en el perfume de la madreselva.

De golpe, extrañó su casa en la orilla izquierda del Yonne. La mujer de la limpieza se ocupaba de ella maravillosamente, sin

ninguna duda, pero extrañaba el Yonne, el agua del Yonne. Extrañaba su cuarto.

Extrañaba el jardín.

Extrañaba la primavera allá.

Louise se sentó en el reborde de cemento teñido de liquen del jardín de la Salpêtrière. Se sentó en el aire blanco, en medio de las prímulas amarillas y de las briznas de muguete, y cerró los ojos. En el fondo de sus párpados vio el pozo y el río que corre bajo el césped. El sauce y el aliso. El jardín de Sens en la costa acaba de superponerse con el jardín de L'Aigle sobre el Risle. Ella ve la ardilla al pie del avellano. La menta que baja en pendiente hacia el agua. El estanque de ladrillos, su población de ranas. La lechuga romana en su estante de madera. La mejorana en su cerámica. El enorme arbusto de salvia blanca y rosada. Incluso el bote hundido en el fondo del agua, ella lo ve.

28

Hay aniquilaciones cuyo recuerdo el alma no puede mantener.

Ella se acordaba de una mano que apretaba. Que apretaba, que iba a asfixiarla.

Es el último amor que importa en el curso de los días. El último cuerpo que se abraza. Los gatos lo saben: abrazar y luego estrechar las patas, luego aferrar más profundamente aún sus garras. Sobre todo, no sentir ya nada más que el pulso de la sangre que pasa. Sobre todo, no oír ya nada más que el retorno del aliento que respira.

¡Oh, qué hermoso es! Qué hermoso es porque es irreversible, porque es estremecedor.

La tristeza lleva a amar en soledad. La soledad, el hábito de la soledad, privilegia las alegrías que mejor sabe llevar a su término.

Su desgracia consiste en girar un poco en círculos. Pero es muy agradable girar en círculos cuando una está perdida.

Hay que saber que el Iton parte de La Trapa, parte del silencio, atraviesa el bosque, y se dirige a Verneuil.

La pequeña camioneta blanca del restaurante del centro de talasoterapia de Dinard rodaba a toda velocidad sobre el muelle, entre el casino y la playa, haciendo sonar el claxon continuamente.

Louise se hizo a un lado. Trepó al pequeño bordillo de la acera

para dejarla pasar.

Pero la camioneta se detuvo a su altura.

La conductora bajó el cristal de la camioneta y la miró.

–Señora, usted... Su marido murió.

Ella no comprendió. Entonces la señora del restaurante del centro de talasoterapia se inclinó y abrió la puerta junto a ella.

–Venga conmigo. Su hija Claire acaba de llamar de Barcelona. Su marido ha muerto.

29

Tuvo que esperar seis días para encontrar plaza en un avión.

Siete días antes de aterrizar en el aeropuerto de Capodichino, sobre la ciudad de Nápoles.

Regresó con la urna el 30.

El taxi la deja en el puerto.

Un ciclista pasa frente a la parada, donde los taxistas asaltan a los turistas cuando bajan del barco, frente al malecón Beverello.

El manillar de la bicicleta toca a la mujer inmóvil, de espaldas, que está tecleando en su teléfono mientras llora.

Su móvil cae sobre el muelle. El ciclista se disculpa riéndose. Louise lo recoge, corre detrás de la bicicleta, arroja su bolso a la rueda trasera, hace caer al suelo al ciclista, ella le lanza patadas extremadamente violentas al torso, a la cara, lo insulta gritando. Finalmente se va. El ciclista se levanta con dificultad. Tiene unos treinta años. Es muy bello. Le cuesta levantarse. Su cara está ensangrentada.

El barco llegó en silencio asomando su nariz en la bruma leve. Se detuvo. El marinero abrió la puerta. Fue el capitán en persona quien le tendió la mano en el vapor. La esperaba. Louise tomó su mano seca y enorme. El puente del barco también era resbaladizo a pesar de la arena o la sal que la tripulación había esparcido antes de la partida. Fue a sentarse en la cabina, junto al capitán. No dijo nada. Él apoyó su brazo sobre sus hombros. Ella abrió su bolso y le mostró

la urna. Se quitó la mascarilla quirúrgica y le preguntó si podía fumar. Él consintió. Los dos fumaron en silencio. Ella volvió a abrir el móvil. Le susurró a Asunta que estaba con Alessandro, que el barco ya había salido de Nápoles, que estaba al llegar. Reencontró el viejo embarcadero de piedras negras, volcánicas, que desciende dentro del agua bajo la calle de los pescadores, donde se amarraban los botes, donde se recogían las redes.

Se reencontró con Asunta, de pie sobre el muelle, esperándola. Había encerrado a los gatos en la villa para que estuviesen presentes a su llegada. Para que la festejaran. Ella tenía puesto un tul de luto, delicioso, calado, de otro tiempo.

Se sentaron una al lado de la otra en el microtaxi que sube por el callejón, derrapando aquí y allá.

Su hija se reunió con ella la víspera de la ceremonia. Era el tercer domingo de marzo. El cielo estaba espléndido.

El sol estaba presente.

Claire está al fondo del jardín de los Steinadler, sentada en el suelo, con un canasto de mimbre a su lado. Recoge grosellas.

–¡Pero no están maduras!

–Están deliciosas. ¡Mejor prueba, mamá!

Louise prueba, las escupe enseguida en el prado.

–Están terriblemente ácidas.

–Están exactamente como a mí me gustan.

Louise le tendió de pronto la mano a su hija para ayudarla a levantarse. Se quedaron un largo rato frente a frente. Frente a frente, madre e hija, intercambiando sus pensamientos, o más bien sus silencios en el fondo de sus pensamientos, intercambiando una especie de amor, como antaño, como cuando Claire era un bebé, como cuando Louise era una joven madre que todavía amamantaba. Pero Louise se aparta, coge el asa del canasto de mimbre repleto de pequeños racimos de grosellas que no están maduras. Que son incoloras, traslúcidas. Amargas. Tan ásperas en la boca.

Claire la precede, baja por la colina en dirección a la villa.

Detrás de ella, los rayos de sol eran reales. Eran totalmente blancos en el interior del aire. El aire era puro. El mar a su alrededor, a lo lejos, en torno a la isla, tan calmo.

Hacía muy buen tiempo.

En la pradera, hay una multitud de pequeños junquillos encantadores.

Al este, bordeando la cerca, azafranes.

Tienen abrigos de invierno. Asunta se puso una chaqueta. Las tres comen afuera bajo la luz maravillosa. Köthene está acostada sobre la mesa. Bach está todo acurrucado sobre las rodillas de Claire. Entonces, la primera mosca surgió del tiempo. Helada, azul y verde, frotándose las mandíbulas, posada sobre la salchicha chipolata que quedaba en la fuente, sobre la mesa. La mosca apoya prudentemente sus patas en la mesa y avanza. Köthene ni siquiera la mira. Louise apoya lentamente su mano abierta sobre la mesa, atrapa a la mosca, que zumba dentro de la palma cerrada. Ella deja entonces la mesa, ante los ojos atónitos de su hija y de Asunta.

–Es para el petirrojo –dice, dejándolas.

Louise siente la mosca que revolotea en el interior de su palma. Se dirige a la parte trasera de la casa, cerca de la puerta de la cocina. Perfora delicadamente el cuerpo del insecto en la espina del grosellero espinoso junto a la puerta ventana. El petirrojo se hace una despensa de mariposas, langostas, moscas, abejas, clavándolas en las espinas del arbusto debajo del cual se refugia.

Claire debe reunirse conmigo a las dos. Cuando vuelvo a subir en el funicular de Capri, siento, más aún que el año anterior, el miedo a que ese ascensor o aerosilla, tan viejo y ruidoso, ceda. Que se estrelle en el agua del puerto, en una caída de cien metros por debajo de mí. ¡Qué alivio apoyar el pie en lo alto del acantilado! Y qué placer seguir viva. Tiro el tique. Salgo al espacio oscuro del mundo. Veo un vestido de Issey Miyake. Lo compro, apurada, para el

entierro de Louis. Es un largo vestido tubo muy simple. Extraña *tuba* de luz negra y plisada. Él había nacido en Hiroshima. Había sido irradiado. Murió. Frente a mí, en el vidrio de la vidriera, está Ludwick Steinadler con un traje de buzo de goma lisa, mojado y negro. Me giro entonces hacia la vidriera pero me veo a mí. Me sonrío. Después lo percibo también en mi sonrisa, en mi sonrisa donde su largo rostro cubierto de barba parece entreabrir los labios y sonreírme. Sus ojos están muy abiertos pero no me ven. Aquel al que amé se fue, se reunió con su madre en sus sueños. Regresó a su nacimiento. Tendré que acomodar su ropa. Habrá que entrar al baño de abajo, llenar su neceser. Todo eso me aburre. No puedo pedirle eso a Claire. No puedo descargarme con Asunta, que ya hace bastante. Habrá que sugerirle a Édith que tire todo eso. Yo no tendría el valor de hacerlo.

Ella llega la última, con su bello vestido tubo negro, al cementerio no católico. Claire ya está allí. Todo el mundo está allí, esperándola. Ella levanta la cabeza. Por encima de ellos, por encima del rabino, al que reconoce de inmediato, por encima de Claire y del grupo enlutado, tan numeroso, tan recogido, hay un halcón marino.

Que gira.

La ceremonia comienza sin que ella participe.

Ella mira el ave, observa el cielo sublime.

Fue allí donde Rainer Maria Rilke había anotado de pronto *Todes-Erfahrung*, en memoria de Luise.

Fue allí donde ella lo vio por primera vez.

Ese entierro no le interesa.

Desde el borde de la tumba, se inclina por encima del muro. Ve todo el golfo de Nápoles tal como él lo contemplaba aquel día: el paraíso, el infierno, la doble silueta del Vesubio, la bahía abierta hasta Sant'Angelo d'Ischia.

Louise se vuelve a encontrar sola en la villa vacía y sin calefacción, con el revestimiento de mármol, tan sonoro desde el

momento en que es habitado, tan silencioso ahora que está vacío. Los invitados, los enlutados, se fueron al puerto, hacia el aeropuerto de Capodichino, hacia la estación de Nápoles.

Ella apaga una por una las luces.

Se sienta en el largo sofá cubierto de mantas, frente al tapiz donde un Ulises completamente nocturno escucha los cantos que la lana no es capaz de hacer surgir.

Ella envuelve sus pies helados en la manta.

Allí es donde Luigi dormía solo.

Hasta los gatos la abandonaron. Ellos sienten todo. Se habían ido a la colina y al viñedo desde el amanecer en ese día siniestro.

Está muy sola. Recoge sus rodillas contra sus labios.

Ella lo vuelve a ver. Un pantalón de franela gris, una camisa blanca, un cárdigan de lana azul simplemente echado sobre los hombros. Azul italiano. El azul tan denso de los jacintos azules. Azul tan bello alrededor de su cabello negro.

El pintor italiano Miguel Ángel, cuando se debilitó en su jardín de Roma, con el cuerpo totalmente paralizado, al final de sus días, mientras se acercaba la muerte (*vicino a morte*), dijo que aquel que se va hacia la eternidad encuentra de golpe en el fondo de su alma una «imagen viva» (*un'immagine viva*). Esa imagen, dijo, es siempre la de un hombre desnudo bello como un dios.

Poco a poco, en la dulzura de la isla, las apariciones, cada vez más frecuentes, fueron emergiendo en las rocas de las playas. En los senderos del arboreto. Bellas alucinaciones coloridas, persistentes, a veces incluso sonoras, sin edad, que se mezclaban. Su madre, Liese Steinadler, toda azul. Luigi, que se confundía con su padre en su bote, sobre el Risle. A veces se dirigían a ella, le decían largos discursos y, evidentemente, los gatos también los escuchaban.

Yo estaba en el patiecito sobre la colina. Estaba vaciando los lenguados sobre la mesa de la cocina. Los dos gatos me miraban atentamente. Dejé los lenguados en la harina. Me lavé las manos bajo el agua del grifo. Finalmente me di la vuelta, me decidí a explicarles a los gatos lo que había pasado para que no esperaran más a su amo por la noche, todas las noches. Para que no subieran más al sofá del salón, el sofá de la enfermedad, cada amanecer. Pero no lo conseguí. Estaba llorando ante el fregadero, con las manos mojadas, y los dos gatos me chocaban los tobillos con sus frentes para consolarme, o para que parase de moquear, o también para obtener un poco de la carne cruda maravillosa que habían entrevisto.

Recojo la brocha, el tubo de crema de afeitar, el cepillo de dientes, el dentífrico, el peine.

Todos los medicamentos.

Cierro la bolsita de basura.

Llueve. No importa. Dejo la villa. Tiro todo en el primer contenedor que encuentro abajo, en el callejón.

Con la frente contra el vidrio empañado por la lluvia, que lo golpea con violencia, no veo gran cosa. La lluvia es constante. Proviene del monte Epomeo. La nube va a seguir adherida allí durante varios días. La lluvia, muy aromática, muy sulfurosa, que rebotaba con tanta violencia que se tornaba blanca en la grava, sobre los escalones. Hacía espuma. Por momentos, yo subía con las ráfagas. Subía al vergel, desde donde no se veía el mar. Percibía las dos masas gris oscuro de las islas, la punta de Sorrento que se perdía entre las nubes. El toro que saltaba de repente. Que se precipitaba hacia Sorrento. Que se tragaba el mar Tirreno.

No veía ningún bote. Ya no había veleros, ya no había lanchas. No había ferri. La isla estaba más aislada que nunca.

Trataba de adivinar, por la forma de las nubes, lo que podía esperar de los días.

Al cabo de cuatro días, la lluvia paró. Yo todavía estaba de pie frente a mi ventana.

El sol no apareció sino para ponerse detrás de la isla de Capri.

Salimos los tres, Köthene, Bach y yo.

Desplegué una tumbona en la terraza. Me serví un vaso de vino blanco de la colina.

Köthene saltó sobre mis muslos.

Anocheció lentamente. La noche cayó pero la luna no salió en el cielo. Aquel día había luna nueva. La noche era total.

Era tarde. Yo había cenado con Menna. La había acompañado hasta su casa. En el silencio empapado, junto al sonido de los canalones que chorreaban, oía por todas partes gritos de animales. Estaba extremadamente cansada. Introduje la llave y abrí la puerta de la villa. Subí la escalera. De repente oí un ruido en el salón. Volví a bajar los escalones corriendo, me precipité, encendí la luz: el sofá estaba vacío. El gran chal con brotes de sauce, bien estirado sobre los almohadones. Opaco y suave. En cada ocasión, estaba segura de que alguien me esperaba y me ponía infinitamente triste descubrirme tan sola. Apagué la luz. Volví a cerrar la puerta. Volví a subir a la habitación. Me dolía la parte baja de mi espalda después de haber caminado tanto. Escuchaba el peso de mi cuerpo, que hacía rechinar el piso del cuarto a medida que me desvestía, extendía mis medias de lana empapadas, mi sujetador, mi pañoleta sobre el radiador de aceite de la señora Steinadler, en medio de la inmensa habitación matrimonial, regia, irrisoria, ridícula. Volvía, ya no dejaba de volver de la roca de Rilke y de la inexistencia de la muerte. De la vista inmensa de la bahía de la muerte. Volvía de la sección judía del cementerio y de las plegarias rituales. Volvía de la

parcela sin flores en el recinto sin cruces.

Estaba sumamente cansada de haber permanecido de pie semejante cantidad de horas, rodeada de amigos a los que no conocía. Tras haber besado tantas mejillas, estrechado tantas manos. ¿Cuál era el sentido de esas liturgias? El hijo se había reunido con su madre, quien a su vez se había reunido con su último esposo, tan amado. ¿Y entonces? Si no hubiesen estado los gatos, me habría ido con Claire, rumbo a Barcelona, rumbo a Montjuïc y a las playas. O bien rumbo al Yonne, la diócesis de Sens, la catedral vacía. Era muy molesto tener que quedarse de pie en el pequeño café *caprese*, caprichoso, embriagado, primaveral, después de la ceremonia. De pie en el aparcamiento de los turistas, insaciables, incolmables, de Capri. De pie en el pontón del malecón, esperando el bote. En el dormitorio, la gata Köthene ya estaba instalada, a pesar del calorcito que provenía del radiador de aceite, en la manta que había enrollado en el extremo de la cama. No sé dónde estaba el otro gato, su hermano, al que Luigi llamaba Brooklet, Bec, Bekkr, Arroyito, Arroyuelo chorreante, Small Rill, Little Rill... ¡Qué lindo era, todos esos cantos en su boca para no decir nada, para decir que se ama! Sin duda, Bach se había refugiado, como era su costumbre, abajo, sobre el taburete redondo de terciopelo, delante del gran Bechstein, cuando yo había abierto la puerta del salón en busca de fantasmas. Entonces apagué el pequeño velador antiguo, muy bajo, todo hecho de cerámica blanca, con una luz infinitamente suave. Casi con la forma de una torre blanca envuelta en nubes, o de un oso blanco que se alza sobre el banco de hielo. Aparté la sábana, me introduje delicadamente debajo de Köthene, sin querer despertarla. Era mi bolsa de agua caliente. Era mi amiga. Era mi única amiga. Era el único vestigio de esas pocas decenas de días de felicidad que había conocido en esas islas. De ese encantamiento de isla en isla. Era mi talismán y también mi tesoro. No la desperté. Con un golpecito de su trasero se calzó contra mí. En el corazón de la noche, sentí contra mi frente algo cálido y suave, un golpecito de lengua rasposa cerca del cual poder estar plenamente satisfecha y

después, un día, por mi parte, morir.

30

El día de marzo en que había vuelto en coche de París con la urna en sus manos, se había dirigido a la fábrica de conservas sin vacilar ni un segundo. Sin pensar. Había conducido sin darse cuenta, sin conciencia, con el cerebro completamente vacío. Se había encontrado de nuevo allí, tal como lo hacía con él cuando vivía, el coche detenido, el motor apagado, entre los arbustos y la hilera de hortensias, inspeccionando el avance de las obras. De nuevo tenía un muerto en su coche. La urna que contenía las cenizas estaba ubicada en su gran bolso de cuero, en el asiento trasero. Frente a ella, bajo la luz del crepúsculo, el galpón y la conservera ya estaban perfectamente disimulados detrás de los arbustos. Estaban rodeados por láminas blancas del mar. Recuerda toda la tristeza de esos instantes, el progreso de las capas sucesivas de obras que Luigi preconizaba, cuyas imágenes enviaba sistemáticamente por el móvil a su hija, la euforia fingida, la radicalidad bastante puritana o ascética de las opciones por las cuales ambos se habían decidido en cada etapa. La metamorfosis cautivante de ese lugar era, evidentemente, un logro. Era hermoso. Estaba lleno de reserva, humilde, grave, salvaje. A pesar de las grandes carretillas de tierra que todavía no habían sido esparcidas, ese viejo depósito de marineros y de comerciantes de pescado se había convertido en un hermoso pequeño convento romano perdido entre las rocas azules y las hortensias de flores rojizas y, de vez en cuando, azuladas. La pieza principal era tan amplia como el salón de la villa de Ischia. Pero era tan oscura como una iglesia. Glacial como una iglesia.

Solo dos estancias tenían calefacción. Estaban cerradas, habitables. El techo de esa parte del galpón, invisible desde la carretera, estaba hecho de chapa galvanizada verde, muy poco inclinada, tan poco visible como habría podido serlo el musgo.

Por encima del mar, había verdaderas pizarras.

Zarzas enmarañadas por todas partes.

Espinos rojos cuyos ramajes finalmente se coloreaban.

Ella había vivido allí tres días. Al cuarto día, no podía más. No en razón de la soledad, no a causa del duelo, sino por el estrépito que venía del mar. El viento que acometía todo el tiempo. Los gritos penetrantes de las aves marinas, que chillaban sin la menor pausa. Todo era sumamente ensordecedor. Continuamente en alerta. Enloqueciendo el alma sin tregua. Las grandes matas de juncos, los brotes de bambúes o de mimbres de todo tipo se recostaban cada dos minutos bajo los embates borrascosos. Las nubes no terminaban de metamorfosearse y de pasar por el cielo. El viento era incesante y extravagante. No se veía nada humano, no se sentía nada humano, no se escuchaba nada humano. El astro solar, el mar –aunque no la vida propiamente dicha– estaban allí, inmensos. Sin cesar, la profundidad caótica celeste. Sin cesar, la resaca divina, informe, pulsional, pulsátil del mar. Un eco que se propagaba, que se difería a sí mismo, que se aguardaba a sí mismo sin tregua, difundiéndose sin tomarse el menor descanso en un espacio que parecía sin límites, sin reparos. Era un viento de pesadilla. Durante tres días, se bañó dos veces al día para lavarse de la muerte. Para sentir su cuerpo más presente, más rojo, más helado, más azotado, más tembloroso, más vivo. Hizo construir en pocas horas por el techador –que le indicó el alcalde por teléfono– una pequeña galería de madera para proteger el ventanal de la habitación contra el viento del oeste.

Era algo maravilloso pero era inhabitable.

Agotada por el estruendo, incapaz de dormir de verdad, cayendo en pequeños accesos de sueño, ante el mar sombrío,

inexplicablemente, ella soñaba con L'Aigle.

Ya no era el océano, eran las viejas manos muy deterioradas de Micheline que la enjabonaban en la punta del Grouin y la bañaban en la bañera.

Las razones que me habían impulsado a adquirir ese pedazo de terreno desaparecieron una vez que Luigi desapareció.

Todo se hizo en menos de lo que canta un gallo. Vendí la conservera lo más rápidamente que pude. Es cierto que la alcaldía de La Clarté se constituyó de inmediato en compradora de esa orilla de mar que finalmente ella había concebido.

31

Ella escuchó el agua correr a lo lejos, en la cocina. Dejó la maleta con ruedas de baquelita color crema en la entrada, se precipitó, corrió a lo largo de todo el pasillo oscuro, empujó la puerta de la cocina: Micheline, la vieja criada que tenía a su cargo el cuidado de la casa de su padre en L'Aigle, estaba frente al fregadero. Dejaba correr el agua dentro de una cacerola.

Louise se calmó de inmediato, se acercó a ella, la tocó en el brazo.

La criada se dio la vuelta gritando. No la había oído venir. Tuvieron miedo las dos al mismo tiempo. Saltaron en el aire como ardillas. Después se rieron. Louise se volvió a poner seria:

–Tengo que hablarte, Micheline. Tomemos un café.

La vieja aiglense, que se llamaba Micheline y que antaño ayudaba a su padre, que cocinaba todas las noches para su padre, cerró el grifo detrás de ella, se secó pacientemente las manos directamente en su delantal. Tenía el rostro surcado de arrugas. De bella mirada circunspecta, por más enojada que estuviera. La vieja aiglense, que provenía de la punta del Grouin, con sus garras, sus pinzas, sus pincitas para bolas de carbón, sus alfileres. Ella apoyó la cacerola llena de agua sobre uno de los fogones de la cocina. Frotó una cerilla para encender el gas. Dejó la cerilla apagada en el borde del fregadero. De nuevo secó sus manos lisiadas en su delantal. Corrió el taburete. Se sentó frente a la mesa. Giró su viejo rostro apergaminado hacia ella.

–El café pronto estará listo –susurró.

Sus párpados arrugados caían suavemente sobre sus ojos verdes. Verde puro.

Louise se quedó de pie frente a ella durante todo el tiempo en que le habló. Ella le dijo:

–Voy a vender la casa.

La vieja mujer no parpadeó.

–Va a haber que irse.

La vieja siguió callada.

–Micheline, escúchame, te pagaré tres meses...

La vieja Micheline de su infancia empezó suavemente a llorar.

Se escuchó el agua hirviendo.

Louise va a la entrada, recupera la maleta, sube al primer piso. Deposita sobre la cama, en el cuarto de su padre, lo que recuperó de la casa de Dinard y las pocas cosas que se hallaban en la conservera de La Clarté.

Sube más arriba, a su propio cuarto de niña, de adolescente, abre los cajones de la cómoda. Examina las camisas, las faldas, los pantalones, los vestidos colgados en el armario. Micheline llama a la puerta del cuarto de infancia de Louise.

–Sí.

Ella entra. Está totalmente sofocada. Se apoya en el picaporte de loza blanca de la puerta.

–Pequeña, ¿puedo sentarme en tu cama?

La vieja aiglense se sienta lentamente sobre el edredón amarillo. Entonces Micheline, su segunda madre, la tan piadosa bretona, tan devota, tan maniática, tan severa, multiplica las contrapropuestas extrañas, evoca escenas perturbadoras de las cuales la niña nunca supo nada. A Louise le cuesta comprender todo lo que se le dice. O no quiere prestarle atención. Solamente entiende que la vieja mujer, cualquiera que sea la edad que tenga, quiere adquirir la casa familiar.

–¿De verdad quieres comprar todo esto?

–Sí.

–¿Puedes?

–Sí.

Ella bordea el Risle. Es la gran despedida y es como una fuga.

Venta de la casa en el camino de los excursionistas, arriba de Dinard.

Venta, tan impetuosa, de La Clarté.

Venta de L'Aigle.

Una fuga que es como una huida exigida por el vacío, a toda prisa.

Un vacío atrayente, imprevisible.

Louise no se esperaba ese triple abismo en el corazón de su vida, con tantos albergues vaciados, vacíos, en apenas un año.

Fue en esos días de gran limpieza, de mudanzas continuas, de bruscas deserciones, fue en esa sucesión de despedidas que me tomaban tan de improviso cuando ocurrió lo inimaginable.

La emoción puede mojar todo el cuerpo con un misterioso y súbito sudor.

Ordeno la casa de mi padre en L'Aigle.

Estoy en su habitación del primer piso, estoy seleccionando los libros en la biblioteca que cubre la pared detrás de la cama. Estoy sola. Estoy en camisón. Deben de ser las seis o las siete de la mañana. Todavía está oscuro. Tocan el timbre en el portón. Voy a mirar por la ventana. Me quedo suspendida en el espacio. Lo que veo al final de la noche, en el frío del invierno, es a ella. Mi corazón de golpe late a toda velocidad. Es mi madre. Mamá muerta desde hace más de cuarenta años está allí, mamá desaparecida desde hace cuarenta y cinco años está allí, de pie, esperando, frente a la reja, con una pañoleta, con su bolso en bandolera sobre su abrigo. Bajo

rápido la escalera. Abro la puerta de la casa. Corro sobre los peldaños de la escalinata de la entrada. La veo en la oscuridad. No lo creo. Atravieso el minúsculo jardín cubierto de escarcha blanca, desacelero, camino más lentamente, abro la reja.

–Eres tú.

–Soy yo.

Abro el candado. Ella entra en el jardín.

–¿Parece que vendes?

–Sí.

–No vas a vender.

–Sí.

De repente no quiero que ella ingrese al jardín. Ella quiere entrar. Insiste. La freno. Ella habla a toda velocidad. La golpeo.

–Me estás haciendo daño –grita ella.

Mi madre retrocede poco a poco detrás de la reja. Entonces le doy unas patadas.

Mi madre se da la vuelta, se va gritando, con la mano en la boca. Pongo el candado.

En la oficina del notario de Verneuil-sur-Avre. El notario tiene apenas treinta años.

Micheline y Louise están sentadas una al lado de la otra. Firman unos documentos.

Louise descubre que quien la crio ha recibido dinero de su madre durante todos esos años.

Salen a la calle frente a la ruina de la iglesia de Saint-Jean.

–¿Veías a mamá?

–Sí. Siempre vi a Catherine.

–Mamá se llama Bernadette.

–Ella prefería que la llamaran Catherine, exactamente como tú deseabas que te llamaran Louise, cariño.

–¿Durante todo este tiempo veías a mi madre y evitaste decirnos nada?

–Sí, le había prometido mantener el secreto. Ella pensaba que era mejor. Y yo, a la vez, cuidaba de ti y cuidaba de ella.

Louise se calla. Le resulta difícil comprender lo que Micheline le está diciendo. Louise de pronto habla en voz baja.

–¿Sabes que tocó el timbre?

–Sí. Me mostró los moratones. Pero está feliz de haberte visto.

Louise se calla.

–Cree que eres demasiado dura.

Louise se calla.

–Era a tu padre a quien no amaba. Ella detestaba a tu padre.

–Mamá Micheline, ese secreto que guardaste, ¿sabes que era una invención increíblemente cruel?

–No creo.

–Era terrible para papá y para mí.

–Ella estaba molesta con tu padre pero quería protegerte. Yo la ayudaba a protegerte.

–La creía muerta.

–Yo le había jurado que me callaría.

–Tenía siete años.

–Ni siquiera. Tenías seis años. Eras joven. Había que pasar a otra cosa. No había que hacer lío.

–No quiero verla más.

–No comprendes.

–No te comprendo tampoco.

–No me hables así.

Louise se da la vuelta hacia ella. Le toma las dos manos.

–Micheline, no quiero verte más.

Ella suelta violentamente sus manos y se va.

Ella tiene un sueño. Hay una carretera en los prados que baja hacia un arroyo. ¿Hacia el Iton? ¿Hacia el Risle? ¿Hacia el Sena? ¿Hacia el Yonne? No lo sabe. Simplemente sigue el sendero entre las hierbas silvestres. El camino es hermoso. Serpentea y baja a una especie de

llanura. Ya no hay nieve en las zanjas. Hace sol. Hay unos pequeños tulipanes entremezclados con largos lirios blancos. Se trata de lirios blancos muy largos que sobrepasan a las otras flores. El camino desemboca en un puente. Lo cruza. Un bosque, lo atraviesa. En la plaza del pueblo hay un olmo, y a la sombra del olmo, el pórtico de la iglesia dedicada a san Fulbert de Orne. Está abierta, entra. Mira a su alrededor. Reconoce todo. Sí, así es, es el olmo de Orne. *L'ombre de lorme de lorne*, la sombra del olmo de Orne. Estas palabras se escriben así, tal cual, en cursiva, en su sueño. Ella se complace. En el fondo de sus párpados, observa esas palabras que le fascinan. No avanza, tampoco se sienta. Se arrodilla lentamente sobre el suelo en medio del pasillo principal. Tiende sus manos frente a ella, pacientemente. Se levanta, se acerca a un pobre reclinatorio revestido de terciopelo violeta, todo raído. En verdad, está en la capilla de la Virgen del monte Epomeo. La Santa Virgen de madera pintada, con las dos mejillas agrietadas, llorando, la cabeza descubierta, es tan pequeña debajo de su hijo, levanta los brazos, rodea con su velo las caderas de su hijo para ocultar el sexo dolorido. El mentón de la Virgen está dañado. Un fragmento cae. Louise baja la cabeza y enlaza sus manos entre sí. Encastra sus dedos muy fuertemente. Mantiene los ojos cerrados. Se acuerda de sus cortas plegarias de niña y las recita, una tras otra. Sostiene muy fuerte en sus brazos a su muñeca.

El agua de repente fue pinchada por mil puntas innumerables.

–¡Llueve!

–¡Yo agarro los remos! –gritó Catherine.

Catherine es Bernadette y es mi madre. Es verano. Tengo cinco años. La lluvia empieza a crepitar sobre el bote. ¡Qué contenta estaba! ¡Me gusta mucho la lluvia! Las dos resplandecemos de luz y de agua. Mamá coge enseguida los remos, los introduce en los enganches. Nos ponemos a cubierto bajo las largas ramas de un árbol cuyo follaje verde toca el agua.

El árbol nos cubre como una campana mágica.

–¿Cómo se llama esto?

–Se llama sauce –dice mi madre, colmada de excitación y de alegría.

¡Sauce! ¡Qué felicidad entonces! Esa escena tiene más de cuarenta años. ¡Qué viva está en mí! Qué felicidad me brinda una y otra vez.

Es de noche en el cuarto. Ella está despierta. Deja su cama. Se pone de rodillas al pie de su cama como cuando era niña. Mantiene los ojos cerrados. Empieza a hacer la lista de sus pecados, de sus errores, de sus faltas en el fondo de sí misma, como hay que hacer antes de confesarse. ¿Cometió errores? No. ¿Imprudencias? Nunca. ¿Dejó pasar cosas imperdonables y sublimes? Ciertamente. ¿Cuáles? No las encuentra. No encuentra absolutamente nada que reprocharse. La página queda tan vacía como aquello en lo que se ha convertido el alma de su padre. Lo terrible es que su padre no sabrá nunca nada de todas esas mentiras de Micheline, de su esposa, de Bernadette que se escondió bajo el nombre de Catherine.

¡Sucia mujer en el fondo del tiempo!

¡Oh, mi madre con tu pañoleta anudada debajo del mentón, con tu bolso en bandolera, tengo un destino distinto al tuyo al final de mis días!

Un día el monje Fulbert descubrió un nido de águila en la nieve del Orne cuando se dirigía al lago de Chaumont.

Mil años después, sobre el agua, se instaló una pequeña fábrica de cuerdas metálicas para violines.

Después, se le adosa una amplia fábrica, dedicada a las cuerdas de los pianos más nuevos.

Habían llamado a Fulbert el «músico» porque fue el primero en anotar en la Edad Media las notas que Gui d'Arezzo había inventado al cantar el himno de san Juan en el desierto comiendo langostas.

Empezó a nevar en abril. Era el 23 de abril. Eran las once. Los coches ya no podían penetrar en el atolladero que conduce al mimbreral.

Las cañas se inclinan bajo la nieve.

Cuando ella salió del jardín, la capa de nieve ya era profunda.

De una blancura maravillosa.

Una precipitación de luz en el espacio.

Tuvo que arrastrar las maletas hasta el taxi frente al puente de piedra que cruzaba el río, por lo intensa que era la nieve que caía. El chófer refunfuñó al salir de su coche para meter las dos maletas en el maletero.

Pero primero, antes de abrir la puerta, ella se quitó los guantes.

Abrió las palmas de las manos. Las extendió frente a sí.

Los copos, muy leves y suaves, caían sobre su piel. Se derretían de inmediato. Apenas tocaban la piel un tanto cálida de las palmas, esos extraños plumones luminosos que caían del cielo desaparecían. Eran como piezas de oro que se desvanecían en el fondo de sus manos, ante sus ojos.

32

Ya el avión sobrevolaba Ischia. Caía la noche. Apenas tuve tiempo de ver el restaurante del castillo iluminado al atardecer.

El avión se inclinó entonces y de inmediato vi la playa de la bahía, la línea de espuma gris.

Escruté la noche que caía a través de la ventanilla. Detecté la pequeña isla de Nisida. El mar hacía rodar sus olas hacia Pozzuoli. Los veleros blancos volvían, enfilando hacia el puerto encajonado. El mar era violento. Se volvió azul oscuro. Se volvió negro. De golpe, pasamos por encima del parque de Virgilio. Cuando aterrizamos en Nápoles-Capodichino, estaba completamente oscuro. La rampa bajo los pies estaba caliente y la noche, totalmente blanda y tibia. Envolvía el mundo. Lo apaciguaba. Y qué paz, qué sosiego también cuando subí al taxi en la placita despojada. Me susurré a mí misma «Castello dell'Ovo, castillo del rey de Anjou, pequeña perdiz», y arrancamos.

A la mañana siguiente, la isla estaba espléndida con la bruma de principios de mayo.

El mar, de un gris dorado.

Hace un año, exactamente un año, la descubría.

Hace un año, me enamoraba de un hombre que después había muerto. Pero yo estaba lejos de sufrir.

Siempre presentí que un dolor luminoso me afectaría un día. Esa era la idea: un pinchazo lleno de luz. Un relámpago que lesionaría mi cuerpo sin que yo sufriera en el acto. Sabía que ese dolor inexplicable provendría de esa hora en que había dejado de sentir

cuando era muy chica. Nacería de esa hora inagotable en la que todo, un día, se había perdido. Había una especie de nieve al final de mi infancia que se confundía con L'Aigle, que caía en silencio y lo ensordecía todo. A partir de entonces, todos los hilos se deshilachaban ante mi vista, unos después de otros, todo se borraba, se retiraba, los colores se marchitaban, los paños de los tapices se rasgaban en pedazos, todo se me escapaba. El origen volvía a ser una penumbra sin límites, un caos. Después, se convertía en bruma estelar. Todo debía nacer de esa partida incomprensible. De esa desaparición súbita. Todo debía salir del fondo del mundo, como el sol sale de la noche. De ese silencio súbito en el instante en que sale.

Todo era nuevo, de repente lejano, y aun indemne.

Yo tenía siete años.

Salía al jardín cubierto de nieve. Purificado por la nieve.

El bolso de la bicicleta tapado por la nieve.

El timbre está lustrado por una película fascinante de nieve.

Al dolor no le gusta atacar en los momentos en que una podría enfrentarlo, cuando una podría luchar con armas iguales, cuando se lo podría interpelar, superarlo, tal vez. El dolor es más bien un animal feroz y totalmente tranquilo que llega cuando la presa o la niña o la víctima ya no está lista para defenderse de él, cuando puede saltar sobre ella, cuando puede apresarla por la garganta, hundir hasta el fondo de la garganta sus colmillos, derribar de golpe todo el cuerpo, hacerla caer, darla por muerta.

Sobre el mar Tirreno, desde el fondo de esa noche mezclada con bruma, el sol reaparecía siempre.

Cada alba aquí es más bella.

Más indemne y más bella.

Desde los albores del tiempo, el alba era cada vez más bella.

Yo pensaba: Hija mía, te equivocas al apurarte a correr colina abajo. ¡Pequeña, no te pongas el bañador! ¡Hija mía, hijita mía, no corras apenas te despiertas, con el cabello todavía despeinado, a tirarte al mar! ¡Ni hablar ya de lavar tu alma en el agua fría del mar! Experimenta tu desgracia. Siente tu desgracia. Siente el olor indecoroso de tu desgracia. Baja hasta el fondo de tu desgracia. Es preciso que te sumerjas en el fondo de tu desgracia. En el fondo de la desgracia hay un tesoro. ¡No hay un verdadero tesoro en la orilla, en la tierra de la orilla! Cuando se ha vivido un poco, cuando una cruzó la edad de la madurez sexual sin sentirse completamente exangüe, completamente vaciada, cansada, cansada de todo, una sabe que nunca hay que soslayar el sufrimiento. El sufrimiento no es la meta, pero es una cuerda potente si se la sabe pulsar y si una es lo bastante astuta como para apoyarse totalmente en ella, aferrando, uno por uno, todos sus nudos, asegurando todos sus asideros. Cuerda dura y sólida mediante la cual, después de haber bajado al fondo del abismo, o haber caído allí de golpe, una puede volver a subir, lenta y segura, a la superficie de la tierra. Esa cuerda es indestructible. Es una cuerda muy larga, tan larga que hace falta atenazarla hasta el fondo, hasta su fin. En su extremo hay un frasco, un filtro colmado hasta el borde de juventud. Una sensación más intensa surge de cualquier sufrimiento en la medida en que ha sido extremo. Sentir, incluso en ese sufrimiento, es el tesoro. Sentir más fuerte, cada vez más fuerte, a causa de ese sufrimiento, es el tesoro. Esa compañía que el dolor le hace a la sensación alimenta inclusive una alegría que se torna fabulosa. Hay un cubo lleno de maravillas que se iza desde el fondo de la sombra del mundo. Algo sumamente enigmático flota en el espacio. Cada amanecer, al cabo de cada sueño renovado, alrededor de cada oscuridad renovada, se torna cada vez más puro. Cada vez más insondable.

No sé cómo se llaman esas flores rosadas, de tallos secos, todas cubiertas de pelos rígidos, tan desagradables, que los gatos

detestan, que se elevan bastante alto.

Ellos me vieron de nuevo. Me festejaron.

Frotándose sin parar alrededor de los tobillos, rodeando las pantorrillas, impidiendo que mis piernas desnudas avanzaran, mendigando caricias, golosinas, recompensas, implorando algo de beber. De golpe, muestran con la punta de sus hocicos su propio dolor que los atenaza. Exigen las tijeras que corten la uña de una garra que se encarnó en su pata regordeta y suave. Piden la pinza de depilar que extraiga una espina. Reclaman el peine para el pelo corto de Bach Bekkr la Bronca, el cepillo para Köthene, con el vellón largo de una pantera de Persia.

Te extraño más en tu isla, en tierra familiar.

Solo la atención, el afecto, la caricia que los gatos saben brindar reavivan su amor, apaciguan su recuerdo. Inclusive mejoran su huella. Luigi y su suavidad negra de satén o de seda. Qué efímero fue su abrazo. Qué breve su ardor. Qué precaria su esperanza. A veces, creía que él seguía viviendo. Tenía ganas de coger su móvil, de llamarlo al hospital, tenía ganas de decirle por teléfono:

–¡Vuelve, Luigi, vuelve! Aquí los gatos son encantadores. No tienes ni idea. De nuevo es habitable. Es mejor que antes. ¡Vuelve!

33

Cuando los muertos han muerto no están muertos. Cuando parten, siguen ahí. A tal punto están ahí, inmóviles, que se los toca. Se tocan sus manos heladas. Se los lava. Se les limpia de su miedo por última vez en el miedo. Se les peina. Se les pone un poco de maquillaje de base o de polvos. Se les besa la frente: una pared tan lisa y fría como una taza vacía, dejada el día anterior. Calcita pálida. Como un jarro. Como un suave cáliz de tulipán. Yo no había estado presente cuando él había espirado su último aliento. No lo había estrechado con mis manos. No lo había vestido. No lo había quemado. No lo había visto arder. Aquí, ya no me atrevía a sentarme. No me animaba a encender el fuego bajo la olla de hierro para cocinar calabacines y tomates. No estaba en mi casa al estar en su casa. Ya no me atrevía a mover nada. Estaba paralizada y veía llegar a su madre, toda encogida, el cabello rizado con permanente, azulado, con la larga túnica azul y blanca, el chal de brotes pálidos sobre sus hombros menudos, arrugados, vagamente perfumados. Los muertos nos miran. No podemos desocupar el sitio por donde iban y venían, no podemos tomar tal o cual objeto. Todavía vigilan. No se puede decir lo que una quiera. Ellos escuchan. No se puede hacer ruido. Ellos prestan oídos, los lastimaríamos. Una ni siquiera se puede quejar. Están oyendo.

Hacía demasiado calor para abrir el Bechstein y tocar el piano.

Pero, de todas maneras, yo ya no tenía la audacia de tomar la iniciativa.

No me habría animado a empezar una pieza musical en ese

silencio hechizado.

Entonces el gran piano oscuro se oscureció aún más. Él también murió. Se apagó.

El calor extremo hace envejecer los lugares. Altera sus tonos. Aumenta su desgaste. Acumula el polvo.

La terraza de mármol que prolongaba el salón estaba totalmente blanca, como si hubiera sido encalada.

Los adornos, los flecos, las cintas, los volantes, las borlas, las cajitas de música inservibles, las fotitos en blanco y negro de personas sin nombre estaban tirados por todas partes.

Aliena regna quaerens. Era bello ese cántico. Buscando otro reino perdí el mío. ¿Dónde está el tesoro? ¡Luigi! ¡Devuélvemelo!

Sol, solo te alumbras a ti.

Ella desplazó suavemente el cuerpo de Arroyito Rillette Brooklet, acostado en el sofá.

Él la mordió de inmediato.

Ella le dio un cachete.

Se sentó a su lado, justo enfrente de la inmensa tela de lana.

El tapiz que ocupaba todo el muro se había vuelto una masa grisácea.

Sí, los colores se opacaron. Es cierto que está oscuro. El sol ha dejado la isla. Ella le habla al hombre atado a su mástil de dolor. Más vale que seas viejo, le dice ella, al abordar tu isla. Más vale quizá que hayas muerto y no la encuentres. En realidad, nunca alcanzamos nada de lo que experimentamos durante los instantes de felicidad. El primer mundo prolonga sin fin su marea y su esperanza en nosotros, sin regresar nunca. Su impulso lo desborda. Lo que se perdió no reaparece al término de los sueños, ni en el final de las

reminiscencias, ni en el retorno de las estaciones.

Es la inmersión en esa *nada* que cantan las sirenas sobre su roca negra en el agua azul.

Leukosia, toda blanca, toda depilada, con los dos senos pálidos que la voz infla desde que emite su canto.

Parténope, que modula en su flauta, que desgrana su lamento enlazando los sonidos con su soplo.

Ligia, que acompaña con los dedos, con las uñas, tañendo las siete cuerdas de su lira.

La admonición inasible que oprime el alma, que acecha los sueños, un día deja de despertar en medio de la noche. Sume en un reposo a los gatos, así como a los hombres, en el hueco de sí mismos, o más bien en un rincón que ampara sus cuerpos de su temor, un rincón que calienta la piel fría y el sudor repentino, el pelaje vuelto totalmente seco por una ternura perdida, la tristeza inmóvil de un cuerpo desnudo, preso en sus hilos desteñidos en medio de la inmensa tela de los recuerdos que no fueron compartidos.

Acaricié el hueso frontal de Arroyito, nervioso de soledad. Me levanté. Supe que iba a volver a poner las llaves en las manos de Édith. Las despedidas se encadenaban unas a otras como las góndolas de una noria.

34

Existe, además, una tensión atmosférica en los viejos afectos, en las antiguas complicidades convertidas en hábitos –detrás el desvarío–, que también llega a pesar, que es terriblemente pesada. Su espectáculo de pronto aplasta. Mis vecinas eran pesadas. Se habían vuelto molestas. Asunta, tan generosa, daba vueltas con sus menús. Barbara y Gianni: sus almas se habían convertido en bolsas de cemento, marañas de cables eléctricos, columnas de hormigón. Los antiguos enamorados que perviven en las viejas parejas no se resignan a abandonar una pobre guerra que ya ni siquiera es sexual, que no es más que rezongo mezclado con pena. Un aire de exasperación llega a flotar entre los rostros de los viejos esposos. La palabra «pareja» ya no es adecuada, es una vieja yunta de viejos animales gruñones, hambrientos, egoístas, llorones y obstinados. Es una intemperie que aumenta de manera progresiva mientras se preparan para poner la mesa. Un tornado que amenaza durante el aperitivo. Verdaderos golpes de viento en el transcurso de la comida. Una nube que se retiene en el momento del café pero que el café, por desgracia, desata. Que suelta algunos relámpagos y sus pocas gotas premonitorias en torno al vasito de *limoncello* o de grapa.

Barbara y Gianni me perseguían sin cesar con sus peleas perpetuas entremezcladas con sus atenciones.

Asunta me ofrecía sin cesar lasañas repletas de hongos más o menos comestibles que ella iba a recoger en el arboreto, o llegaba con porciones de torta incomibles envueltas en papel de aluminio, a las que agregaba manzanitas demasiado maduradas bajo el sol, que

se secaban en un parpadeo con el calor.

Con el capitán, eran confidencias picantes y una penosa seducción de la que había que sustraerse lo más rápido posible, fingiendo bromear, arreglándoselas para reírse.

Édith. Édith, tan segura de sí misma, tan sermoneadora, hacía alarde de complacientes y elocuentes recuerdos sobre la señora Steinadler, a la que yo no había conocido, que yo no había tenido la suerte de conocer.

Era sin maldad, no era gran cosa, pero era insoportable.

Un suspiro con la punta de la nariz.

Un fruncimiento de las arrugas de la frente que se levantan hacia el cielo.

Una denigración oculta. Un resentimiento que repentinamente aflora.

Un pliegue en la comisura de los labios.

Un levantamiento de hombros.

No era nada en absoluto, pero eso me llenaba de angustia.

Unos bruscos cólicos reiterados de la gata debidos a no sé qué pesticida chupado en el viñedo.

Por no sé qué producto antipolillas abandonado en el fondo de un armario.

Köthene maullaba sin parar. Arrastraba el trasero sobre las baldosas para limpiarse.

Y el calor íntegramente se hacía presente. Había vuelto exactamente en la misma fecha que el año anterior. De nuevo las personas no caminaban por la calle: saltaban de sombra en sombra como en un juego de rayuela sin que se las oyera murmurar o resoplar. Brincaban lentamente, de sombra en sombra. Se aplastaban bordeando las paredes. Las siluetas se adelgazaban en el reflejo móvil de la irradiación celeste.

Un silencio opresivo surgía del exceso de sol.

Abandoné a Carl Bechstein en las orillas del Spree, con las hayas, en la isla en ruinas.

Me dirigí a casa de Édith con el manojo de llaves en la mano y enjugué sus lágrimas.

Édith quiso que fuéramos al estudio del notario. El testamento no me mencionaba, pero así como no hablaba de mí, tampoco hacía mención de Édith. Ella se sintió desdichada. Hubo que hacer cuentas, saldar las facturas. Lloramos otra vez. Nos estrechamos las manos de nuevo.

La última noche, cerré los postigos en todas partes, corrí las cortinas, bajé las persianas. Los gatos, inquietos, me seguían en fila india. Yo veía que tenían miedo de que me los olvidara una vez más. Hacía días que ya no salían al extraño puré gris y rosáceo de la arena. No olía bien. Pero el viento provenía de la tierra, de Pozzuoli, de Nápoles. Hirviendo de gas, de combustible, de aire contaminado. Curiosamente perfumado, sin embargo, pero tórrido.

Me agaché.

–Aquí, amigos míos –les dije–, ya no somos felices.

Vinieron a chocar mis rodillas con sus pequeñas frentes para mostrar su consentimiento.

Me puse boca abajo sobre el suelo de la cocina y los tres chocamos nuestras frentes de común acuerdo.

Cargar el coche de alquiler fue impresionante. El regreso de Nápoles a Sens, en un tirón de veinte horas (Ischia, Procida, Nápoles, Florencia, Ginebra, Dijon, Beaune, Sens), con los gatos instalados en una gran pajarera de mimbre armada por el capitán e instalada hábilmente en el asiento trasero del coche.

35

Tenía en mis manos un objeto absolutamente feo cuyo uso desconocía. De loza. Que poseía siete agujeros. ¿Era para fabricar quesos? ¿Quizá para preservar la manteca sumergiéndola en un recipiente de agua? Yo estaba inmersa en el suculento olor a verduras, en la frescura, bajo el techo del mercado cubierto de Sens, en la plaza de la catedral, donde había una feria de antigüedades.

Volví del mercado dos horas después con una bolsa de mimbre llena de baratijas inútiles: un jarrón de cerámica para las flores. Un collar hecho de una retahíla de hipocampos. Un viejo cenicero de metal. Una boquilla negra y dorada que yo no tenía la costumbre de usar porque me gustaban las hebras de tabaco rubio depositadas en mis labios. Empujé la puerta de madera que daba al callejón.

El vestíbulo estaba oscuro. Largo. Sin ventanas.

En la cocina, apoyé en el suelo, sobre las baldosas, la bolsa de baratijas.

Puse sobre el fregadero la red que contenía las escasas compras. Los melocotones, las primeras cerezas del Yonne.

Empujé la puerta del jardín. Entré en el delicioso torrente de luz.

Aquí también era verano pero estaba fresco.

Köthene, Arroyito, convertidos de nuevo en salvajes, viven en la hierba, mordisquean rayos de sol.

Aquí están afuera, están todo el día afuera, deambulan por el circuito de sombras y luces en busca de felicidad, de

emplazamientos privilegiados, de nidos de lavanderas blancas, de bandadas de herrerillos, de ruiseñores, de mirlos que, por desgracia, domestican y después masacran.

Descubren un lugar para ellos inimaginable. Reclaman salir de nuevo desde el final de la noche.

Mi cita en el corazón del verano –no la suya– fue con las dalias que había plantado un año antes, en primavera, un día de verdadero luto. Inmensas, empezaban a brotar en gran número.

A mediados de agosto, todas las dalias bajo el alero, reinsertadas en la tierra por Nikolaïevitch a principios de la primavera, se habían vuelto enormes.

Una dalia amarilla llegaba a mi altura. Era una bola de terciopelo amarillo como un limón de Ischia. Más amarilla todavía. Tupida sobre el tallo frágil.

Cuánta belleza brindaban.

Pequeños soles bajo el sol suave.

Pura ofrenda.

Misteriosa ofrenda es la naturaleza.

Una pelota de oro asediada por un abejorro, encima de la tumba de Peer Périgord, sorbida por una abeja.

La edad, a poco que la memoria del tiempo persista en el fondo de la experiencia de los días, a poco que el lenguaje no decaiga y prosiga traduciéndola con la mayor atención y precisión posibles, a poco que la flexibilidad del alma y la libre disposición del léxico concedan comparar sus apariencias, acumulando los años, diversificando sus lecciones, la edad tiende una mano mucho más amplia de lo que pueden ser los puños o las esposas del primer mundo, del primer día del nacimiento, de las primeras estaciones de la infancia.

La edad avanzada da una capacidad de agarre mucho mayor.

Aun cuando la piel esté arrugada, aun cuando los músculos se hayan reabsorbido, aun cuando cueste volver a cerrar los dedos, aun cuando la piel esté cuarteada, esté manchada, esa prensión es la más sensible que pueda encontrarse en el tiempo de la vida.

Totalmente emotiva, cuando la rodea la desaparición.

Las lágrimas que bordean los párpados de los viejos lloran continuamente algo real.

Los gritos en los labios de los niños pequeños no son más que sacudidas debidas a la insuflación, impaciencias de la voracidad, señales que indican el sufrimiento interno, que señalan la frustración de las necesidades. Solo la edad, en el mundo externo, constituye el tesoro.

De vez en cuando –al menos una vez en la vida– es necesario entrar en la propia casa como se abre la nevera al regresar de un fin de semana largo o de unas cortas vacaciones. Ya no sabemos lo que dejamos allí. Se trata de entrar en casa como si nunca hubiésemos estado allí. Penetrar en el lugar que construimos, que dividimos, que pintamos, que acondicionamos, que amueblamos, como un ladrón que lo descubriese en la oscuridad, a la luz de su linterna, en el más completo silencio, salvo por el susurro de sus pasos.

Entonces, presa del estupor, o bien sumido en la consternación –cuando uno ve lo que se ve y cuando uno olfatea lo que se huele en la frescura podrida de la nevera abierta–, es posible que uno se siente en el suelo con desaliento. Uno junta todo. Uno tira todo. Limpia con un poco de agua y de vinagre. Recobra el aliento, se airea. Recupera fuerzas. Retoma el coraje. Gira una vieja llave que parece extrañamente inhabitual en la cerradura. De inmediato hay que encender todo, en todas partes, tanto como se pueda. Uno se encaja las gafas en el puente de la nariz. Uno visita su vida, estancia por estancia. Hay que iluminar de más todas las habitaciones, incluso los aseos, incluso el vestidor, la lavandería, el escritorio, los baños, todo. Luego, juzgar fríamente cada detalle, cada mueble,

cada sillón, cada escritorio, las alfombras, los grabados, las telas. Hay que examinar cada instrumento musical como si fuera una chuleta de ternera fría. Hay que examinar cada cómoda como si fuera un yogur caducado. Hay que examinar los chales, las mantas, las colchas, las cortinas como si fueran lonchas de jamón al vacío que se han vuelto tan grises como puede serlo el pelaje de un ratoncito que pasa, raudo, por el suelo polvoriento del granero. O bien, que se escapa y se escurre en el césped del jardín. O bien, que se oculta en el rincón de la bodega perseguido por Arroyito, Pequeño Bach, Piquito, Brooklet, Rillette, Pequeño Bekkr... Se dejan cuidadosamente en el fondo de la bolsa de basura las latas caducadas, los frascos de mermelada cubiertos de extrañas lepras, hinchazones, costras, decoraciones. Entonces se puede dar, a los que pasan, a los que visitan, pedazo a pedazo, del reloj de péndulo al jarrón, del cántaro al escritorio, de la lámpara a la araña, la vajilla, el aparador, mi colección de rocas, mi colección de cerraduras antiguas. Frascos, botellas redondeadas y enfundadas, jarras, gafas de sol, gemelos de teatro, el abanico. ¿Qué hay más bello que una esponja y un cubo, un poco de detergente, el olor pronunciado y, por así decir, ya limpio de la lejía, para limpiar la superficie de los muros, las tablas de las bibliotecas, húmedas, brillantes de golpe? Qué maravilla, una biblioteca vacía. Los recuerdos no son más que miserias. Tantas traiciones llegaron a carcomerlos o a pudrirlos. Ya no son los amantes que se perdían en sus reflejos en el fondo del agua de la fuente, como al comienzo de su amor. En adelante, le temen al rey, que los domina, que ocupa todo el espacio en el ramaje del árbol donde los estaba acechando, vigilando, condenando, castigando. El rey solo observa la espada entre ellos, no los ojos que se cierran, no el alma de cada uno sumida en la mirada del otro. Porque los objetos no traen felicidad: son terribles fetiches con halos peligrosos, con influencias tóxicas, con poderes dolorosos y celosos. Todos los regalos que pervirtieron, de un modo u otro, los afectos, todas las limosnas que desviaron el rumbo de la ternura están hechos para ser recogidos por los anticuarios,

acumulados por los feriantes, apilados por los arqueólogos, de la misma manera que todos los restos de fiestas y de banquetes están destinados a ser vertidos y triturados en la parte trasera de los camiones de basura que surcan las carreteras con un gran estrépito denunciador y vengativo, aun antes de que se acabe la noche.

Resultó que mi investigación no me volvió desdichada. La vasta casa seguía siendo complicada, imprevisible, viva, e incluso venturosa para la mirada de los gatos. Reencontraba el jardín generoso, con sus mil verdes diferentes, tan vivaz, que ellos recorrían, inspeccionaban por supuesto a lo largo, a lo ancho pero sobre todo en profundidad y en altura. Reencontraba con placer hasta los viejos adoquines redondos, musgosos, resbalosos de la antigua callejuela que llevaba al pueblo de Marsangy.

Reencontraba esa larga, sólida y oscura piedra gastada y gris que formaba el umbral de la puerta que provenía del Salto de Saint-Julien, donde el obispo había establecido antaño su residencia de verano.

Curiosamente, la pequeña y antigua ciudad de Sens nunca había dejado de encogerse, año tras año, siglo tras siglo.

Desde que Julio César se había acuartelado allí, retrocedía en el espacio, de murallas en paseos, en cunetas, en muros, en tapias y en semáforos, en sentidos prohibidos, en vías que ya no eran navegables.

Las guerras religiosas la habían dañado. Las tropas de un rey absoluto habían desmembrado la inmensa diócesis del primado de las Galias. Finalmente, en 1793, el saqueo de Sens había devastado la primera catedral levantada en Europa.

Me gustaba incluso el arco herrumbroso para sacar el barro bajo las suelas, fijado a la derecha de los goznes, en el mismo muro que encerraba la morada del vecino.

La puerta de madera lavada por la lluvia, abajo, que el musgo ennegreció al borde de la cuneta, cuya estructura está tan deshecha

que el agua ya no le obedece.

Justo en medio del corredor: pobre felpudo que quedó liso, pobre pajar cuya paja ya no pica, ya no se eriza, casi no limpia ya las suelas antes de pisar las viejas baldosas de arcilla bermeja que conducen a la cocina.

Volvía a poner la mano en ese extraño picaporte acampanado, que databa del año 1640, que hay que girar sobre sí mismo, una vuelta completa, para destrabar el pestillo.

Las inverosímiles formas de las inverosímiles cerraduras que el miedo, el tiempo, las modas, las sociedades han producido me asombran de la misma manera que los collares, las corolas, los cálices, los pámpanos, los arcos, las hélices o los zarcillos propios de cada especie de flor.

Cuando volvía con las compras y los ramos de flores y las bolsas de maravillas y cerraba de nuevo la puerta, Arroyito se tumbaba de espaldas, extendía sus cuatro patas en el aire, mendigando la caricia, sin ocultar su felicidad de volver a verme, danzando con sus cuatro patas en la luz que yo había encendido, ofreciendo sus pequeñas tetillas estériles de varón al placer de los manoseos y las cosquillas.

El hermano y la hermana se amaban. Apenas habían bebido en sus tazones respectivos y ya se lamían mutuamente las orejas, el cráneo, se limpiaban los ojos, se olfateaban el hocico. Después volvían a ponerse a beber en esos nuevos cuencos de loza amarilla y gris en el suelo de la cocina y se iban, sin mirarse, cada uno por su lado por unas horas, entre el pastizal y el trébol, sobre los árboles, sobre las ramas de los árboles, encima del gran macizo de lilas, sobre el techo, partiendo a la aventura.

36

Dormida en la habitación de la casa del Yonne, Louise escuchó el trino de un pájaro. Entreabrió los párpados para adivinar la hora evaluando la intensidad de la penumbra. Para volver a cerrarlos de inmediato.

Detrás de las cortinas, en el marco de algodón, entre los listones de las persianas, apenas estaba gris oscuro. Todavía es de noche.

El sol sale cada vez más tarde.

Ella se gira en la cama grande, recoge sus rodillas hasta que tocan su mentón, se cubre con la sábana para protegerse del frío que invadió el cuarto mientras dormía, porque dejó abierta la ventana que da al agua.

Ella escucha.

Escucha, con la nariz hundida en el dobladillo de la sábana. Escucha el sol que, a lo lejos, más allá del borde del horizonte, se esfuerza por elevarse lo más silenciosamente posible desde el otro lado de la Tierra, rezongando por hacer volver lo visible, por hacer que se agite el viento, que se inflen las flores, por sacar a los pájaros de su sueño en las ramas de los árboles.

Y era tan bello, tan conmovedor, cada mañana, poco a poco, esperar y luego escuchar esos racimos de sonidos avanzando desde el río, llegando a la hilera de boj hasta el laurel, hasta la primera casa que dominaba el agua del río, elevándose en el fresno y después en el roble. Ella escuchaba los diferentes pájaros, que conocía casi uno por uno, ajustando las alturas de sus gritos, armonizándose, asociando los diferentes fragmentos de las

secuencias de sus cantos, ubicando sus cadencias, rivalizando con la belleza de los rayos de luz que pronto atravesarían las nubes. Que luego perforarían la bruma que, a su vez, nacería de su irradiación. Todo variaría pero esa variación también sería un todo. Y todos formarían un coro cada vez más robusto y aun violento, estridente.

Un coro muy inestable e insigne del crecimiento viviente, que se calentaría junto a la estrella que entonces habría regresado del todo, bola de oro que subiría y reverberaría progresivamente en los sauces y los alisos, el avellano, el manzano, el gran viñedo virgen del otro lado del río.

Entonces ella se decidía finalmente a retirar la sábana de su cara, darse la vuelta sobre la espalda, levantar sus muslos entre sus brazos, ahuecar su vientre, ovillarse como un cascarón, balancearse sobre el colchón como un caballo balancín, estirarse después por completo y, finalmente, llena de valor, volver a abrir los ojos.

Iba a abrir las grandes persianas de madera que la lluvia había vuelto porosas. Los primeros olores a hierba y a corteza mojadas invadían de golpe la habitación que daba sobre el agua. Ella se ponía una gran camisa de algodón, bajaba a la cocina, abría la puerta de la nevera, sacaba un potecito de yogur o de crema, una barra de manteca, un frasco de mermelada, llenaba la tostadora, abría la puerta que daba al jardín, cogía una especie de almohadón del sofá, salía, se sentaba en el banco, bajo el laurel, al borde del patio interior, mientras el agua se calentaba, mientras el pan se tostaba.

Los hilos de la Virgen flotaban en el aire todavía blando y fláccido del amanecer. Se iban hacia Montereau y Verneuil, Évreux, Le Havre.

Mientras el apetito renacía con el olor delicioso del pan justo en el momento en que amenaza con quemarse, cuando su alma entera entraba en el estrépito de los pájaros, y sin que por ello se adormeciera de nuevo, en la frescura anterior al sol, ella no se

despertaba. Se esforzaba en no despertarse del todo.

El alba continuaba naciendo mucho antes de que el disco surgiera.

La hierba seguía mojándose de rocío. Unos colgantes de gotitas caían de las espinas y de los tallos.

Los gatos subían de un salto a la mesa de hierro.

Volvían con sus patas adelante, se instalaban ante la taza de café de Louise que despedía su vapor, con los hocicos orientados hacia el este, como ella, las narices al viento.

Esperaban.

De golpe, en el interior del alba de septiembre, apareció la estrella en el fondo de sus ojos, encima de la muralla que tenían enfrente a lo largo del muelle de la isla. Los cantos, unos después de otros, se dislocaron, se separaron, decrecieron.

Solo un mirlo virtuoso –Tausig, Liszt– intentó de pronto una última proeza dirigida a un congénere a un kilómetro de allí.

Los rayos traspasaron la rama de fucsias, atacaron las rosas, iluminaron las dalias de Peer antes de tocar, uno después de otro, los pétalos de los geranios en la gran maceta de barro.

37

Es posible que los lugares dominen el destino. Una vez que llegaron al Yonne, los gatos no solamente renacieron sino que se transformaron. Desde la primera mañana fueron a beber al río: inspeccionaron con circunspección, con minucia, la orilla, los pontones, los patos, las gallinetas, los cisnes.

Ramoneando el césped y bebiendo el rocío, descubrieron unos campitos de hierba gatera silvestre en donde escarbaban.

Exploraban el bosque, la pila del puente del Diablo, los escalones que llevaban al agua, los escondites de los murciélagos que, deslumbrados por la primera luz, iban a dormir al interior del establo del vecino, donde una lechuza con la cara marcada como la de un cárabo se había hecho su refugio. Se encapricharon con la pequeña caleta de ánades reales cuyos huevos eran sistemáticamente devorados por los cisnes, que trataban de ser los únicos amos y dominar tiránicamente los dos brazos del río.

Luego se precipitaban hacia la hilera de garajes, saltaban sobre los techos, llegaban a los aparcamientos y los campos. Por la noche, había que esperarlos antes de pensar en comer una misma.

Köthene y Bach la Bronca –o el Arroyito del borde del agua, según los días– aparecían por allí finalmente cuando el sol declinaba sobre la leñera, desapareciendo en la hiedra. Los esperábamos, la ardilla y yo. Yo, bebiendo vino blanco y fumando un maravilloso pitillo; ella, comiendo o escondiendo avellanas, atesorando un poco en cualquier parte, rumbo a un futuro lleno de sorpresas por falta de memoria.

Los veía a lo lejos acostados sobre las tejas polvorientas, contemplando las vistas que consideraban espléndidas, haciendo rodar sus espaldas sobre las pizarras que se habían calentado, sobre las chapas de cinc ardientes, bajo unos rayos que parecían los más bellos a la hora en que se acortaban, cuando ya les costaba atravesar las ramas más bajas del laurel, donde se agotaban de pronto.

Entonces, los gatos bajaban de los tejados sin apurarse, se deslizaban a lo largo de los canalones, venían a hablarme con la punta de sus labios silenciosos, llegaban a chocar sus frentes bruscamente contra las pantorrillas, reclamaban las caricias y también las croquetas, o una porción de alimento, o una cucharada de guisantes, o trozos de zanahoria lo menos calientes posible. Yo les daba de comer prioritariamente, antes de pensar en algo para mí, para estar más relajada. Les vertía un poco de jugo de la lata de atún. Colocaba una rodaja de calabacín siempre que no estuviese demasiado cocida. Una tajada de melón para Köthene, porque le encantaba. Dos o tres frijoles verdes casi crudos en el borde del plato de Arroyito, para que los masticara lo más ruidosamente posible con entusiasmo. Eran sus banquetes personalizados y celosos. Después, me dedicaba a mi propia comida, al fin quieta, al fin conmigo misma, al fin apacible, al fin libre. Cenaba en su compañía, siempre invasiva pero satisfecha, cada vez más tarareante, cada vez más ronroneante, cada vez más inmóvil.

Nunca se dirigieron a la tumba de Peer. ¿Estaban inquietos o suspicaces con respecto al antiguo amo del lugar, cuyo señorío todavía sentían sobre la superficie de las piedras? ¿Su olor en la base de los troncos? ¿Su presencia, alerta y vigilante, bajo los arbustos? Pero ¿cómo habrían podido alimentar un sentimiento de competencia o de rivalidad con el pequeño Padre Périgord, que databa de la infancia de Claire, tan negro como la Virgen negra de Rocamadour, tan tímido como ella?

Lo cierto es que las largas dalias en flor no temblaron nunca bajo el alero por el contacto palpitante de las naricitas rosadas de Köthene ni de Bach.

Solo los racimos particulares de madreselva, justo al lado, atraían su atención. Ellos también se ponían debajo, como Peer, y los empujaban suavemente extendiendo sus patas, con la punta de sus almohadillas, sin sacar sus garras, sin arrancarlos. Por el puro placer de hacerlos balancear.

Amaban el río, que los asombraba. Era a la vez un animal y un murmullo que nunca habían conocido hasta entonces, en las laderas del monte Epomeo. Miraban su agua oscura. Inclinaban sus rostros. Parecían mirar sus reflejos antes de sumergir sus hocicos súbitamente y lamerlos.

Bebían con la punta de los labios la silueta de sus rostros.

Luego se sentaban en el último escalón, por encima del agua y se acicalaban, acompañados por su canto, tan móvil, variado, sinuoso, aireado, fresco.

Ásteres por todas partes. Oscuros. Inmóviles. Insensibles al peso de la noche que termina o del rocío.

Con la punta de sus lenguas hacían brillar su pelaje incomparable.

Larga cabellera de seda persa con ojos dorados.

Pequeña bola redonda de cartujo que quedó en estado de osito gris.

Durante horas enteras refrescaban esa seda, la barnizaban, la lustraban, la impregnaban de saliva, la cubrían, poco a poco, de luz.

La pestilencia, el sufrimiento, el desorden, la agonía, el esfuerzo, incluso sus desechos, los esconden, incluso su pis, su olor y su color les repugnan y lo hacen desaparecer lo más lejos posible del espacio donde delimitan su estancia.

El increíble pudor de esos dioses en el espacio –como lo es en el tiempo frente a su propia muerte– es misterioso.

Procuran anular toda huella de su depredación, suprimir todo vestigio de su presencia, escamotear todo testimonio de su deseo,

suprimir todo indicio que conduciría a su secreto. Para ahorrarse cualquier clase de solicitud, lamen de pronto impacientemente su pelaje, eliminando todo resto de cansancio, toda afluencia de deseo, toda mancha de tierra, de esporas, de barro, toda huella de su peregrinación salvaje. A veces me parece estar sucia, demasiado expresiva, apestosa, comparada con ellos. De repente acomplejada, con las manos llenas de tierra, acomodo la manguera de riego, limpio y dejo la podadora, subo a darme una ducha. Me cambio de pies a cabeza, aun cuando no sea más que una noche solitaria. Me cambio para ellos. Los admiro locamente en la medida en que quieren ser los animales más limpios del mundo. Los espero, toda limpia y bella, sentada en el sillón de hierro, bajo el gran laurel, con un vaso de vino blanco helado en la mano, en la noche.

38

El camión llegó por el camino municipal. Hubo que hacerlo pasar por el sendero de la caballeriza. Una vez llegado a la orilla, dio media vuelta, aplastó el campo violeta y verde de flores de trébol y de mentas invasivas, retrocedió hasta que el remolque estuvo al nivel del agua. Entonces el chófer del camión, secundado por el vecino, que había venido a satisfacer su curiosidad al igual que con la generosa intención de echar una mano, desataron las sogas que aferraban el bote en el interior del remolque.

Unos patos gritaban entre las cañas. Estaban muy lejos. No se podía saber lo que se estaban diciendo, lo que estaban exigiendo, por qué se enojaban, pero el follaje se inclinaba ante los gritos que lanzaban. Después, las aves se amaron chillando y batiendo sus alas.

Al cabo de un cuarto de hora, se puso el bote en el agua. Flotaba en la luz suave de la siesta. El borde verde se reflejaba en los nenúfares y se mezclaba con sus colores. Los patos cruzaron el brazo muerto del Yonne, se acercaron, graznando.

Ululando, muriendo, cantando mientras gimen, un poco como las ocas dentro del recuerdo de su muerte –es decir, de su eclosión–, los cisnes los echaron para husmear ellos solos, como señores, el casco intacto, de un verde muy oscuro, verde Imperio.

Las hojas más amarillas de los sauces, que se mojaban en el agua, se pusieron a silbar en su contorno. Las largas hojas colgantes desbordaban de luz y se volvían hacia el bote, buscando de golpe su presencia, o bien el reflejo del sol desaparecido bajo la embarcación.

Amarrado al pontón de madera, el lugar acogió el bote extremadamente rápido. Aunque nuevo, estaba de regreso. La ensenada lo tomó en sus brazos. Lo apretó contra sus cavidades, sus cardos, sus rodaballos, sus alburnos, sus musgos.

Iba y venía a lo largo de las raíces descubiertas, aferrado a su cadena, atado a una soga totalmente nueva, como por encanto.

Una mariposa se posó en el borde de plástico verde. Luego fue a frotarse concienzudamente las patas en el remo pálido. Alzó el vuelo.

Hubo un silencio y vino una libélula.

Grácil. De talla muy angosta.

Larga y negra como el torso y las piernas de Louis al final de sus días. De alas azules en el aire azul.

Las mariposas parecen vestidas con diseños cautivantes cubiertos de una especie de polvo que los protege. De modo que las libélulas parecen sumamente magras y desnudas si se las compara con los cuerpos carnosos, adornados, empolvados de las mariposas.

Sus alas membranosas no ocultan nada. Sus élitros son tan transparentes como las alas de las moscas.

Alas que apenas se ven cuando pasan ante los ojos o cuando te rondan.

Telarañas tan minuciosas que se desgarran casi al abrirse en el aire, o que se inflan como redes, pequeñas redecillas, cuando se posan en el agua.

Habría querido reflotar el bote carcomido por las inundaciones y luego sepultado bajo las lluvias del Yonne. Pero el carpintero de la calle principal, cuando se lo mostré en el fondo del agua, me dijo que era imposible.

Me acordé de mi padre sin memoria, pescando con su caña, en su bote alquitranado sobre el Risle.

Un bote, antes que un padre.

Quizá también tenía el recuerdo de los taxis acuáticos del mar Tirreno, que pasaban bajo el largo espigón que conducía al pórtico del castillo aragonés. Entonces, con Louis, agarrados de la mano, subíamos al bote, llegábamos a los restaurantes instalados bajo las laderas salvajes del volcán. O caminábamos por la arena para llegar a los que abrían en verano en las playas de los pequeños islotes.

Si en el momento en que la noche terminaba, con Köthene, con Arroyito, estábamos esperando el amanecer, los tres todavía adormecidos, atentos solamente a los balbuceos de la luz, a los silencios sucesivos de los pájaros al cabo de sus gritos específicos, yo acodada o agarrada a la mesa del desayuno, apenas el cielo se colmaba de luz, se me ocurría sacar el bote entre las ortigas y ponerlo en el agua para llegar a la isla e ir a comprar tabaco o los diarios. Los gatos, a pesar de su afecto, no me seguían. Me miraban de lejos, de muy lejos, subidos a las ramas de los árboles, los avellanos, los alisos, o parados en la cúspide del techo de la casita.

Otras veces, tras llegar al canal, después de la Potinière, alcanzaba el brazo del río asignado a las barcazas. Era más ancho. Qué esplendor. Me ponía feliz. Regresaba feliz, volvía agotada después de haber remado tanto, varias horas después, con la vista deslumbrada, el pecho, la nuca y las mejillas cubiertos de sudor y de sal, a la hora de los almuerzos, los bocinazos en los puentes, los gritos de niños en la escuela de vela, los ladridos en las orillas.

39

Enjuagué la carretilla con la manguera de riego. Sequé con un trapo viejo el interior de la carretilla, su rueda, sus brazos. Enrollé cuidadosamente, sacándole el agua, apretándola con mi pulgar, la manguera de riego. Acomodé todo en la cabaña cubierta de glicinas, al lado de la pala, la podadora, las cebollas, los bulbos, los abonos, las macetas de geranios y de camelias empaquetadas. Obedecía al tiempo que viraba en el cielo. Eran los comienzos del invierno.

Había que volver a sacar los calcetines de lana, las botas, los zapatos gruesos con cordones. El olor a cuero mojado. El olor a caucho, a barro, a lombrices, a babosas, a menta. El olor de los pies húmedos cuando se sacan los gruesos calcetines de lana por la noche. La multitud de pequeñas líneas que se marcaron en los dedos gordos y que se desdoblaron allí, que forman alrededor de las uñas cortas, como una especie de cabellera. Las hojas de pronto habían desaparecido del mundo. ¿Dónde están las moscas, las avispas, las mariposas, las libélulas?

Ella guarda el rastrillo.

En la estantería de la cabaña ve la caja destrozada con fondo de plomo que el filo de la pala rompió.

Incluso la escoba de paja se volvió inútil.

Viejas zapatillas, alpargatas, esparteñas, calzas negras, falda amarilla, traje de baño, adiós.

Medusas, palmas, adiós.

Solo, con la cabeza colgando como un fruto demasiado maduro, Arroyito está extendido sobre el radiador de hierro gris.

Levanta de repente su cara alterada hacia mí.

Yo también oigo a lo lejos, en el tiempo, un ruido de tazas y de platitos que tintinean.

Tazas, platitos, vasos de licor que una vieja mano que ya no existe ordenaba torpemente en el aparador. La pulsera de oro golpeaba violentamente la puertita de arriba y todas las tazas se entrechocaban. Una pulsera de oro delicada en la penumbra. Era esa mano, temblando, la que volvía a cerrar con brusquedad los cristales del aparador. Era mi abuela Bernardine. Esa pobre soledad de niña abandonada por su propia madre sin que ella nunca supiera el motivo. Recogida por las hermanas. Qué grande y deseosa y delgada que era ella en el convento de Évreux y luego en el de Lisieux. ¡Qué joven era en el locutorio, detrás de la reja negra!

Mi abuela cultivaba romero y melisa en unas cajitas de madera detrás del vivero.

Más lejos estaba la conejera.

Allí, en la sombra perpetua, se oía a los conejos incansables mascando hojas, masticando corazones de lechuga, corazones de manzana.

Mujer, mujer que tienes tan poca edad en el fondo de tu corazón, tan niña en el momento en que cierras los ojos, pez extraño cuyos labios se humedecen entonces, cuya boca queda abierta en el instante en que te duermes, ¿dónde está el lugar en el que esconderte en el fondo de ti? ¿Dónde está la crisálida maravillosa a la que escaparte? ¿Dónde contenerte y también evadirte? ¿Extirpar tu cuerpo desnudo? ¿Dónde está el espacio entre tú y tú misma, por donde ir y venir, extraviarte de golpe? ¿Dónde está el bolso en ti para acurrucarte? ¿Para recogerte, para, al fin, recogerte? ¿O para

transformarte más?

40

Claire vino a pasar la Navidad en Sens. Duerme en su cuarto, en el primer piso. Arroyito se metió entre sus pies como antes lo hacía el Padre Périgord cuando ella era una niñita en el hermoso apartamento de su padre, en Metz, que daba al embalse de agua.

Ella duerme.

El plumón se cayó al suelo.

Puso la mejilla en su mano como si estuviera pensativa. La frente está arrugada, concentrada.

En la oscuridad, Louise contempla el bello rostro de su hija, de su hija mayor con los ojos cerrados, que duerme en paz.

Tiene veintisiete años. Va a cumplir veintiocho en un mes. ¿Qué madre no se acuerda del parto de su hijo cuando ve su cuerpo desnudo que descansa? Rodea la cama, trata de volver a ponerle el plumón por encima sin despertarla, divisa el sexo tan cerrado de su hija de veintisiete años que duerme, el sexo minúsculo, como un pliegue apenas visible bajo el vientre, debajo de los pelos rubios, que respira también suavemente, mientras ella sueña. Tapa el cuerpo de su hija. Es tan bella. Huele tan bien.

Apaga la luz. Vuelve a cerrar la puerta. Sube al segundo piso para ir a su escritorio y en su escritorio, contra la pared de su escritorio, su cama de mujer solitaria.

Hay nieve de pronto. No se la oye caer. Se oye el silencio cayendo sobre el silencio. Una nieve seca como una mata de lana. Muy

blanca. En una hora, cuarenta centímetros se habían levantado en todas partes inexplicablemente. Esa nieve tan blanca no se amontonaba ni pesaba.

La magnífica centolla, muy oscura, se volvió roja. Toda roja. Un rojo, un carmín espléndido. Rojo de viejo ladrillo que ya se oscurece. Humeaba aún en sus manos, largo rato después de haberla puesto en el plato, camuflada bajo las algas negras, mientras la llevaba a la mesa que Claire había preparado en el comedor.

En verdad, no había nada que comer.

La madre y la hija abren una centolla y la vacían de toda carne durante horas.

–¿Sabes que volví a ver a mamá? ¿A tu abuela?

–No te creo.

–Después del ingreso de tu abuelo en la residencia de Saint-Malo. Cuando ordenaba la casa.

–No te creo.

–Decide tú. ¿Me crees o no me crees?

–Cuéntame.

–No hay nada que contar. Sentí un odio inmenso. Todavía lo siento. Ella está intacta.

Louise de pronto se calla. Sus mejillas se hunden. Está pálida. Prende un pitillo. Tiene lágrimas en los ojos.

Sus labios tiemblan.

–No sé cómo decirlo. Es bastante inexpresable... ¡Incluso Micheline! ¿Te acuerdas de Micheline? ¿A la que papá llamaba la vieja aiglense? Era la criada muy joven que ya se ocupaba de la abuela. Que se ocupó de mí. Ella era bretona... Tenía una casa en la punta del Grouin... La querías mucho.

–No me acuerdo.

–Ella ya se ocupaba de mí cuando yo era una niñita... La odio. Eso no se calma. La odio con un odio inmenso.

Los ojos de Louise relucían bajo la lámpara colgante.

–Odias a demasiada gente, mamá.

–Todo lo que vivimos solo era una mentira. Todo lo que sufríamos no era más que un engaño. Todo lo que imaginamos con terror en nuestros sueños no era más que una quimera. Ellas se veían a nuestras espaldas. Nosotros la creíamos muerta... O desaparecida... O que se había suicidado con el coche... O que se había ido con su amante a Montreal... A los grandes bosques de Canadá. A Brasil...

Llora.

En medio de todas esas pinzas, de todos esos caparazones, tomó las dos manos de su hija en sus manos.

–Ves, lo que más me perturba: papá, en el estado en que se encuentra, no lo sabrá nunca. Nunca la odiará hasta el punto que hace falta.

Louise saca la pequeña red de mimbre que trajo de L'Aigle. La recuperó antes de que la casa fuera comprada por Micheline en el estudio del notario de L'Aigle. Contiene la muñeca de su infancia. Esa muñeca con rostro de porcelana pertenecía a su madre. Su madre se la confió con mil recomendaciones cuando cumplió cinco años. Toca los bucles del cabello rasposo. Los pequeños labios pintados y ribeteados de la boca. Ya no son rosados. Adquirieron un tono un tanto amarillo.

La frente redonda y abombada se descascaró de manera muy fina, delicada, deliciosa.

La falda verdaderamente ya no es decente, la falda está muerta. Es un satén de hilos y de polvo. La muñeca no tiene sexo. ¡Qué esqueleto singular! Qué artrosis de restos de hilo y de bucles de hierro. ¡Qué extrañas anatomías, como las de los niños que surgen en este mundo! Qué dolores traen los nombres que los rodean, que los asedian como insectos. Que los infectan con todos los santos mártires, todas las víctimas de las persecuciones que los acechan. Todas las palabras que uno emplea se remontan a la infancia y prosiguen la lengua que hablaban los muertos que preceden al

nacimiento. En ese caso ¿qué fin persiguen las frases? ¿Qué fin persiguen las frases en los poemas? ¿Qué fin persiguen las frases en los libros? ¿En los cánticos? ¿En los cantos?

Louise sienta a la muñeca desnuda bajo el pino plateado que decoró con su hija, que dispuso a la derecha de la campana de la chimenea donde el fuego arde.

La noche de Navidad, con Claire, estábamos en la cocina. Claire se había divertido poniendo a la muñeca en la silla de bebé. Preparábamos la comida las dos, una cena de chicas, cuchicheando, organizando nuestro pequeño banquete. Eran tal vez las nueve y media, las diez, y alguien rascó largo rato la puerta. Nos quedamos calladas. Alguien siguió rascando la puerta. Claire y yo nos miramos largo rato. Imagino que yo estaba lívida. Fui a abrir la puerta. Un gato largo y muy alto, un verdadero egipcio, entró, sublime. Los dos nuestros llegaron a la cocina de inmediato, gruñeron, pero no lo repelieron. Se mantuvieron a distancia. Después se sentaron. Ellos también, evidentemente, admiraban su tamaño, su apariencia, su cautivador pelaje. Él, erguido, casi como un caballo sobre sus cuatro patas, los miraba con insistencia, con autoridad, con los ojos fijos bajo los párpados semicerrados. Claire se levantó, sacó espontáneamente un plato del aparador, yo me arrodillé en el suelo y le preparé de comer.

Pasó la Nochebuena con nosotros, miró un poco la televisión, después se fue. En un momento, maulló. Claire le abrió la puerta de la cocina y él se fue en la noche.

Claire estaba segura de que sus dueños se habían ido a pasar la Nochebuena en casa de unos amigos y él había tenido ganas de festejar la Navidad. Consideraba eso muy normal. Nunca lo volvimos a ver. Mi hija les preguntó a los vecinos. Nadie había visto nunca a un gran egipcio en los jardines ni en los patios. Nunca, ni el menor gato-gacela en las costas del Yonne, en los garajes, en el aparcamiento de la terminal. Nada en el callejón.

Era el turno de mi hija de ponerse en cuatro patas sobre el suelo frente a la chimenea, tan bella, tan longilínea, tan parecida a Bee, la gata de mi propia infancia.

Con las mejillas infladas, soplaba sobre las llamas que no querían mantenerse.

De súbito, hace brotar un fuego maravilloso, que ilumina, al fondo del hogar, la vieja placa negra cuyo diseño ya no se percibe.

Louise con Claire, las dos, podían mirar el fuego horas y horas, sin leer, sin coser, sin tejer, sin escuchar música, sin hacer nada más que arder con las llamas que juegan y se elevan.

Las dos, o más bien las tres, con Köthene entre ellas, con las patas metidas bajo el pecho, sus dos ojos parpadeantes, absorta en el concierto de chispazos y crepitaciones. Y ellas, ellas dos, ellas tres, las chicas, recogían sus rodillas en el interior de sus brazos. Escuchaban la savia que supuraba, que lanzaba burbujitas de baba que salían de la madera herida y encendida. Observaban las ramas que caían, los leños que se partían en dos, que se separaban. Escuchaban las brasas ennegreciéndose, que chisporroteaban por última vez, que se encogían, que desaparecían. Bosques que se vuelven como dunas de cenizas, blancas, sedosas, ligeras. Formas inconsistentes, tan delgadas, transparentes, que se vuelven como recuerdos, pedacitos de nubes, olores.

Claire volvió a Barcelona. Se reencontró con la arena y el sol y aquí está el viento, el barro, la bruma espesa, el invierno en el valle del Yonne.

Está el abrigo demasiado ancho que traje de la casa de L'Aigle, que llega hasta los tobillos, que pertenecía a mi padre y que me gusta ponerme.

Ropas cada vez más amplias que el viento mueve.

Medias de lana tejidas por mí, altas, que dejan las plantas de los pies ardientes.

Una larga bufanda de lana chevrón blancuzca, que puedo

enrollar sin fin.

Guardé cuidadosamente la muñeca en la pequeña bolsa de mimbre de L'Aigle. Al lado de la pequeña vajilla de plástico, descubrí, todo afelpado, el carnet de baile de mi abuela. La bolsita gastada contenía también sus binoculares. Eran encuentros extraños. Volví a cerrar deprisa el cuadernito cuadrado de hojas gruesas como cartones y lo introduje púdicamente en su estuche de filoseda.

Al acostar a la muñeca cuan larga era en el fondo de la bolsa de mimbre, advertí otra herida, un pequeño desgarro en el rostro de porcelana. Lo acaricié. Un fragmento se quedó en la punta de mi dedo. Una manchita marrón o un lunar de belleza entre el labio inferior, tan fino, y el mentón, que me llenó de una tristeza infinita. Me puse a llorar con grandes sollozos, con hipos, como una niña pequeña ante su muñeca desgraciada.

41

Por la tarde, aunque el frío sea más intenso, cuando la bruma se ha descongelado un poco a la mitad de la jornada gracias a la fuerza del sol, aun si de golpe llueve, aun si la noche ya está cayendo desde hace rato, salgo. Me gusta dejar la casa, que se ha vuelto silenciosa. Incluso con el pelo recogido en un moño y envuelto en un gorro acampanado de plástico extraordinariamente feo, me gusta ir a pie hasta un restaurante cerca de la catedral, empujar la puerta de una cervecería sobre el cordón antiguo que rodea la vieja ciudad gótica de Sens, como en otro tiempo, atravesar la cortina de bolitas de plástico de una pizzería en Procida, al final de un callejón atestado de cubos de basura, en la continuación del puerto, en el interior de la enorme muralla. Me gusta ser esperada, y soy esperada porque mi llamada por teléfono les dio la indicación de esperarme, en el sitio que dije, junto a la ventana. Y mi mesa me espera. También me gusta reencontrar la compañía de alguien cuya vida descubro. El bibliotecario que viene de Fontainebleau. La vieja organista de la catedral, tan refinada, y que no habla mucho. La mercera apasionada por el *patchwork*. O, simplemente, descubrir un plato que no conozco, que pruebo en mi sillón, en mi rincón, entre el vidrio y la lamparita festoneada sobre la mesa, y que poco a poco aprecio, o bien que desatiendo y al que, al fin, decepcionada, renuncio. Me gusta salir, me gusta dejar la casa al cuidado de los gatos, me gusta caminar en el último instante del crepúsculo, me gusta avanzar prudentemente en la oscuridad que aumenta, que se abate sobre la tierra, me gusta traspasar la cortina de la lluvia

violenta y, por fin, empujar la puerta de un restaurante tranquilo, de cuatro o cinco mesas, que huele bien, sin la más mínima música. Me gusta desprenderme de mi ropa de gigante, mi tapado informe y empapado, sacar de mi pelo la campana transparente y chorreante que lo protege, desabrigarme de la inmensa bufanda, colgarlos, cerrar los ojos, y que me asalten la suavidad, el olor, el buen olor, el murmullo. Me gusta escuchar atentamente la convicción de una voz, la confidencia de una ambición, un orgullo tímido que se desprende de labios hasta entonces un tanto apretados o amargados de un rostro. Prestar mi alma a todas esas naderías que apenas me preocupan y que suben subrepticiamente en la memoria, como burbujas de agua, para reventar su tenacidad inopinada. Incluso el hambre, incluso mi hambre que se queda con las ganas, me gusta, la manera de comer tan lenta, tan atenta, y por todos los aromas, por pequeños trozos, por mínimos despedazamientos, su profundidad indecible, la animalidad que persiste, que allí surge. Me gusta la impaciencia del hambre en lo más profundo del vientre que lo ahueca y que ruge. Que ahueca –que horada, verdaderamente– y que resuena. Luego, de repente, una o dos veces por semana, cuando el hambre continúa y continúa su agujero continuo en el fondo de una, cuando empieza a encorvar el cuerpo, a obsesionar con su vacío en el fondo del estómago, lejos, debajo de las costillas, de golpe la gula sueña, se pone a tirar nombres. Una reserva por teléfono. Una coge el coche. Una se dirige entonces hacia unas mesas que son más reputadas, más refinadas, también, en lo posible, sin mucha gente, sin voces fuertes, sin prédicas aburridas, sin música estridente, sin luz cegadora. En todos los casos me gusta llegar antes. Esperar. Pido un vaso de vino helado de Chablis, de Rully, de Épineuil, espero. Me gusta la suavidad de los manteles. Todos llegan unos tras otros y me parece que los recibo. Y una elige sus platos. Se negocian los posibles intercambios entre los platos. Una se demora de pronto en una cena de la niñez. Se habla de los encuentros del día. Se habla del bosque de Othe, donde hemos paseado. Se habla del museo, del teatro, del cura, de la biblioteca,

del presupuesto, de los espléndidos centros comerciales, tan numerosos, tan riquísimos, tan opulentos que rodean poco a poco la ciudad, que desbrozan el bosque y que aniquilan los campos. Una transforma por contigüidad, por curiosidad, el menú que, sin embargo, se dictó y que surge de la puerta batiente de la cocina, plato por plato. Se roba del plato de los otros. La aventura muta. El alma cambia de rumbo y hasta el agua en la boca se transforma en delicia, en sabor. Se prueba con la punta de los labios, atentamente, lo que sorprende. Se tantean tres o cuatro gotas nuevas de vino que una mezcla con su saliva en la oscuridad de su vieja boca completamente feral, vuelta nítidamente carnívora por pura emulación. Es una nueva cepa. Ya no es una comida, sino una investigación. Es un brusco sabor ancestral. Se comenta. Se acarician manos, brazos, pero no se piensa en las manos, en los brazos, se piensa en los patos que se ocultan en los cañaverales y cuya ala se chupa, se piensa en las anguilas que serpentean en el barro de la costa y cuya carne compacta se diseca, en los ciervos que braman, que luchan, que se escapan, en los peces invisibles que no lanzan más que algunos destellos enigmáticos en el fondo opaco del agua más móvil y casi más viva que la vida. Una agarra con la punta de unos palillos lacados en negro el pedazo rojo del atún, la lámina naranja –naranja como la oronja– de salmón crudo y que ha pretendido ser más puro y biológico de lo que sería un salmón salvaje, se levanta el dado gris del tiburón. Una se intercambia con el mundo ocre y carmesí y verduzco de los cangrejos bajo las algas y –bajo esas grandes cabelleras del mar, esas masas marrones oscilantes, esas anémonas tan ampliamente abiertas– se reencuentra el origen. Se piensa en los campos de donde vinieron las gírgolas, en medio de junquillos o de pequeñas violetas frágiles de los bosques. Se hiere el alma viva de las ostras con una gota de limón en donde su carne se retrae, donde su alma se ofusca, donde su agua llega a gemir. Se vuelven a ver las maderas y los mantos sin fin en la infancia, donde fueron recogidas al amanecer, a resguardo de las miradas de los vecinos, del cartero, del sacristán, del

deshollinador, de los pescadores, en las brumas del alba, bajo las hojas secas que empiezan a caer por todas partes, las grandes orejas amarillas de las chantarelas que escuchan bajo la lluvia el canto débil pero tan granulado de los arándanos que nacen. Se piensa en la exhalación sublime, húmeda, más moribunda que la muerte –porque el otoño es mucho más vasto y generoso que la muerte, que espera el invierno para perderse en él–, sublime aliento que se eleva de la tierra mojada que escarbamos empujando con la punta del pie las ramas que se pudrieron. En el olor maravilloso, originario, oscuro, delicioso, inhumano, más antiguo que la vida y mucho más rico que el de las páginas del diccionario que registra todas las palabras que enuncian y califican como pueden este mundo que nunca alcanzan a expresar.

42

Llueve. Louise, inmóvil, fuma un pitillo Lucky bajo la lluvia continua. Observa la crecida del Yonne, que sube sobre la costa. El nivel del agua se eleva y socava el borde del foso del cauce del río. Ella está de pie, se ha puesto las botas, está envuelta en el gran manto caracalla aiglense y pesado de su padre. Ostenta sobre su cabeza un horrendo gorro de lana violeta que ella misma tejió en los meses anteriores, evidentemente en la embriaguez, al comienzo del invierno, cada noche, ante la chimenea, escuchando música maravillosa.

Ella mira la inundación que ahora alcanza las hierbas. La ola negra sigue deshaciendo los restos de nieve antes de absorberlos completamente.

Es tan rápida, tan frágil.

Tan delicada.

El agua devora la lámina de escarcha con un ruidito de descristalización que asombra, cuyo espectáculo, al igual que su canto, encanta.

Ella tira su pitillo en el agua fangosa, que sube constantemente. Desata y tira del bote que flota ahora sobre el césped. Lo lleva hasta debajo de la leñera, donde procura volcarlo para vaciarlo.

Le da la vuelta y regresa, con el rostro iluminado por gotas de lluvia, por fragmentos de luz, en el más completo silencio.

El agua sigue subiendo.

No es como el mar, cuya marea ruge o grita. El agua glauca y marrón se acerca irresistiblemente y sin ruido. Sumerge el primer

escalón de la casa del Yonne. Louise espera a que el agua llegue al dobladillo del abrigo de su padre e invada de repente sus propias botas, entra apresurada y chapoteando. Pasa delante del alero. Echa un vistazo a la tumba de Périgord: está completamente inundada. ¿Cómo van a reaccionar los bulbos que reintrodujo –con la ayuda del general Rostopchine de L'Aigle– al borde del muro? He aquí el sueño de Louise en la noche que sigue a la primera crecida. Ella conduce un coche enorme, con tracción en las cuatro ruedas, sobre la hierba. Llueve tenue, continuamente. Las nubes pasan. Gris oscuro. Los neumáticos se hunden en el mimbreral que comienza. Ya no es un camino. Ella teme estar demasiado cerca del lago, tiene miedo de atascarse. En el volante, bajo sus dedos, siente que las ruedas se deslizan, patinan. Detiene varias veces el coche para verificar, abriendo la puerta, tanteando el suelo con su talón, comprobando si está firme o blando o empantanado. Se pone de puntillas sobre la hierba mojada pero no ve nada. Llega la noche: ve menos todavía en la noche que oscurece todo. Los juncos son inmensos. Tiene mucho miedo de atascarse. Decide detenerse en la oscuridad. Para el motor. Deja el coche cerca de un bosquecito de grandes sauces mucho más altos que las matas de juncos. Gracias a los sauces encima del coche, podrá volver a encontrarlo al día siguiente cuando haya luz. Ella camina y camina. En verdad está perdida. Toda su vida caminó. Incluso para ir a la escuela del pueblo, había que caminar dos kilómetros. Y cuatro o cinco interminables kilómetros por la carretera de Aube para dirigirse a lo de su profesora de piano los días –muy frecuentes– en que la cámara de una de las ruedas de la bicicleta estaba desinflada o reventada. Toda su vida caminó, toda su vida se perdió. Toda su vida fue abandonada, y en ese abandono ella se perdió. Ella camina, camina un tiempo infinito en la turba empapada del mimbreral de su sueño. Los dedos de sus pies están helados, sus muslos están tensos, sus músculos están muy duros y ella todavía avanza cuando de pronto, ante sus ojos, la claridad de la luna toca el agua. Silencio. Maravilla. Su alma está encendida de felicidad. El astro hace resplandecer la vasta superficie del lago.

Entonces ya solo tiene que dejarse guiar en la belleza de la luz blanca de la luna que surgió encima de ella de tal modo que se refleja en el agua y la dulzura de la noche y el silencio del pantano. ¡Qué hermoso es ese murmullo nocturno, reluciente, susurrante, centelleante! Recobra, uno por uno, los recuerdos. Recuerda que el bote de pesca de su padre estaba metido en un denso monte de zarzales donde era difícil penetrar. Conserva la memoria de que allí, del otro lado, prosperaban las deliciosas moras. Allí está el pontón. Hay que saber que allí hay un puesto de pescadores para divisarlo. ¿Quién puede saberlo? Deja su bolso a sus pies. Deja caer su pantalón. Desnuda, se mete en el agua fría. Nada con una mano, sosteniendo en su mano izquierda, secos, en el aire, su bolso y sus livianas prendas de algodón enrolladas adentro. Llega a la cabaña, apoya el bolso, se iza sobre el suelo que está apenas unos centímetros por encima del agua. Ha vuelto al paraíso. Su cuerpo es totalmente líquido. ¿Dónde está esa piel? Introduce la llave en la cerradura. La puerta se abre en el acto. Bee, Baby Bee de barbita blanca está sentada en la alfombra del pasillo esperando a la niñita con dos bolsos tan pesados: en la mano derecha tiene el maletín de la escuela; en la izquierda, la carpeta de música. Bee la mira con su bella mirada negra, apacible, inmensamente abierta, incomprensible, inmensamente confiada. La gata se levanta sobre sus patas. Viene a tocar con la frente la punta de sus dedos manchados de niña.

Pero ahora en sus dedos ella tiene otra felicidad. Ya no es el piano Pleyel de L'Aigle. Ya no es el Bechstein de Ischia. Sus dedos corren sobre el media cola Érard de Sens.

Sobre la madera del piano se forman dos pequeñas pilas: a la derecha, los últimos nocturnos de Chopin; a la izquierda, los últimos nocturnos de Fauré.

Una verdosa, la otra gris.

Todas las demás partituras que trajo del pueblo de su infancia están ordenadas en una bella biblioteca rojiza, de caoba, suave,

encerada, antigua. Los transportistas normandos también trajeron de L'Aigle esa biblioteca, que ella no quiso dejarle a Micheline ni a su madre. Aquí resulta más bella todavía. Es lo único que se ve cuando se entra en la primera casa, debajo de la escalera.

43

En el pico de la segunda crecida, la electricidad dejó de funcionar durante casi una semana.

En el fondo de sí misma, ella escuchaba sonar lo que ya no podía tocar en la oscuridad.

Abría los ojos bien grandes junto a la vela, su mejilla tocaba su pizca de calor. Acercando la página a sus ojos intensamente abiertos, descifraba como podía la partitura ante la llama temblorosa. Después, abandonaba la partitura. Tocaba lo que quedaba de ella en ella, lo que escuchaba de lo que quedaba de ella en ella.

Rodeada por los dos gatos, que de inmediato saltan sobre el fregadero, lavo la lechuga.

A la derecha, Arroyito; a la izquierda, Köthene.

Ya ha caído la noche.

Apoyo la vela cerca del grifo, en medio de nosotros tres.

Ahora corto en dos un aguacate, hundo en él una cucharita: los dos gatos levantan la cabeza, me miran, asombrados por mi talento.

Vivieron los tres en la penumbra.

Falta de electricidad: era una vida silenciosa, una existencia oscura, una pintura quieta, una película japonesa.

Los ojos de los gatos están hechos para el final del día y el final

de la noche. Cazan en la penumbra. Se dice que viven en el gris.

Al atardecer y al amanecer es cuando se vuelven linces, guepardos, tigres, leones.

Se dice también que el universo del gato pertenece a lo invisible, al movimiento de los soplos que se deslizan por el aire, al olfato. Los olores los guían más de lo que los orientan las formas de las cosas. Frotarse es una manera de perfumar la morada captada de nuevo en cada hora. Las orejas no se abren sino unas semanas después del día de su nacimiento, en el seno de su mundo singular.

Su universo es una penumbra de aurora, poco colorida, brumosa.

Imaginaba su vida en el interior de una grisalla centelleante, como se ve en algunos retablos cuando se los cierra sobre el altar en las iglesias del norte de Europa o de Flandes.

Vivíamos en ella.

Los tres éramos gatos en la grisalla.

En la felicidad gris.

El alba es el gris. Alba [*Aube*] es también el pueblito más cercano a L'Aigle. Mi profesora de piano, que era rica, vivía en un pabellón de caza muy hermoso en el camino de Aube.

Se ponía unos vestidos de popelina muy suaves, de tonos pastel. Azul claro.

Crepé verde almendra claro.

Chalecos de lana de angora gris cuando nevaba en el Eure.

En Sorrento, en Procida, en Ischia, contemplaba tan a menudo en el alba canicular la grisalla del mar, la grisalla de la arena, la grisalla del cielo, la grisalla de mi mano apoyada en la piedra gris oscura de la lava solidificada en la orilla del mar Tirreno.

En el reverso de los trípticos en las iglesias de Borgoña, de Lorena, del Alto Rin, de Bélgica, hay grisallas maravillosas. De lejos parecen como paredes hechas de plata muy en el fondo de la nave. Claroscuro gris y blanco. Superposición de rayas de bruma y de nubes de tiza. Detalles en lágrimas de cristal.

Todo es plateado antes de que los colores surjan de la aurora.

Antes de que se abran las dos hojas, tan indecisas y grises, y de

que broten los colores y la muerte.

Tal es el mundo en el que viven los gatos.

Un mundo de muy pocos colores. Un mundo de tonos y de olores.

Al contrario que los gatos con doble párpado, sin electricidad, a mis ojos les costaba ver.

Es difícil ver en el pasado.

Con el anuncio de cada muerte, mi abuela huérfana, mi abuela del convento de Lisieux, mi abuela de la fuente triple de la abadía de La Trapa, cubría los espejos.

Cuando los espejos se rompen, todo lo que reflejaban se pierde.

En el ojo que queda abierto de los muertos, ya sean mujeres, ya sean hombres, ya sean gatos, no es una ausencia de mirada lo que se observa bajo el párpado tan espantosamente levantado y arqueado. Es, de nuevo, una mirada que se dirige a una mirada. Pero con solo mirar fijamente a los ojos de los gatos, intensamente vivos: hay en el fondo de su mirada una mirada para nadie. Y es como las palabras. Y es como los libros. Como las partituras de música. Como los frascos de perfume. Ya no hay silueta. Ya no hay sonido ni aliento. No hay objeto. No hay más cuerpo que abrazar, solo un resto misterioso. Queda un resto misterioso. Es difícil decirlo de manera más precisa. Se guarda algo en la mirada. Persiste algo que no vio algo pero que se absorbió en el ver. Es una especie de deseo ilimitado de ver que no solamente se guarda, sino que también se resguarda. Un eco asordinado en los rollos de música. Las primeras palabras del alma. Rayos fósiles en el espacio estelar o celeste o nocturno o viviente. Poco importa. Centelleos que llegan a poblar con su apariencia fugaz la superficie de las aguas, las vidrieras de los negocios, los parabrisas de los coches que pasan, pero, también, el simple flanco de una cacerola.

Las cuatro grandes bolas de bronce que se desenroscan y que coronan un plumón infantil.

Apariencias fugaces, que pertenecéis a la magia de las hadas, vosotras sois una estela que perdió su causa y que, sin embargo, continúa en el vacío.

Desaparecido como un sueño que no era más que un sueño.

Es lo que decía Luigi.

Gone like a dream was only a dream.

Los gatos agotados –alarmados por la inundación– vuelven por los tejados como señores cansados de ser señores.

El crepúsculo, cada vez más rosado mientras se vuelve gris, más azul cuando se torna negro, los rodea como una maleza. Como el dormir rodea los sueños, que son, además, deseos de ver, esperanzas de ver. La luna blanca los ilumina, adelantándose a la noche, que está lejos de haber caído ya. Lentamente, con la frente baja, sin una mirada hacia nada, hacia nada más, tan graves entre las chimeneas, las tejas, el cinc de los canalones, son Aquiles y Patroclo, que avanzan. Se siguen. Alzando los hombros, arrogantes, los viejos guerreros de Troya.

Arroyito con la cola en una ese mayúscula, la cola en penacho, evitando el agua de la crecida, salta sobre el techo de la leñera, salta sobre la mesa, salta hasta los escalones de la cocina, ¡qué altivo es!

¡Qué feliz estaba!

Me piden que abra la ventana. Se sientan en el borde de cemento y miran el agua que invadió el jardín.

44

El agua se retiró de golpe. El jardín renació a toda velocidad y se alzó en una primavera sublime. El bote recobró su cadena y el agua. Saqué de nuevo la carretilla nueva. La electricidad volvió y con ella, la felicidad. Porque la electricidad es la felicidad de las neveras, de las baterías de los teléfonos móviles, de los lectores de CD, hace las delicias del horno. La alegría del olor fabuloso de la tostadora. Reconstruí los canteros. Cavé, desplacé, injerté, replanté. Alimenté a los gatos, que me golpeaban los tobillos, que maullaban, que se lamían sin parar. Piaban de nuevo como pájaros, galopando de nuevo por todas partes, de nuevo hambrientos, de nuevo reclamando, sin pausa, entrar, comer, volver a salir. Subí al primer piso. Me lavé las manos llenas de tierra. Ahora hay agua caliente. Preparé un baño. Dejé caer mi ropa sobre el suelo cerámico del baño. Me vi desnuda en el espejo. Pobre milagro, pero un milagro. Milagro porque es lo real. Porque es todo lo real que tengo. Vientre totalmente blanco. Largo cuerpo muy liso. Sirena tan desnuda como las que se ven en los mosaicos de Pompeya, de Dougga o de Roma. Magro animal que mete prudentemente sus patas en el agua. Larga y real maravilla que se hunde primero hasta la frente en la suavidad cálida. Lo lavo, lo alimento, lo escucho. El alma del alma es el cuerpo. Yo lo habito y sueño en él o él sueña por mí, independientemente de mí. Piernas infinitas que saco lentamente del agua para no salpicar las toallas. Las seco completamente, las unto de crema. ¡Qué tierna es toda la extensión de esa carne! Qué hermoso es tener un cuerpo a tal punto sensible y tan intacto como

estaba en su nacimiento, en el surgimiento de su agua primaria, en su aparición en la luz solar. ¡Un cuerpo, tal es el único dios de los días e incluso antes de los días! Es el único referente para la escasa memoria que otorga la duración parsimoniosa de la vida. Todo el circuito de la conciencia no es más que su sombra. Todo lo que siente es mucho más sincero de lo que puede serlo la conciencia en las opiniones que brinda, en los recuerdos que pretende restituir, en los reproches y las culpas que considera bueno revelar sin pausa. Sus ventanas, los ojos, la boca, las narinas, los dedos, todo lo que se abre en él lo enriquece y lo colma. Entonces, desenrosco el frasco de aceite de argán, aceito las puntas de mis pechos, los labios de mi sexo, los pliegues de mi ano, las articulaciones de mis rodillas, los pómulos de mis mejillas y el contorno de mis ojos. Aplico una especie de ungüento sobre el hueso de mi frente, sobre mis labios ardientes, la boca abierta, el mismo Dios está desnudo en la tormenta, el azote, el rostro ensangrentado, los pies, las manos, la herida en el costado, la sed, un grito.

Murieron. Al menos desaparecieron. El primero terminó. Arroyito sin vida sobre el taburete del piano.

Köthene desaparecida sin duda en el jardín. O en la orilla. Inhallable.

La desaparición totalmente misteriosa de Köthene obsesiona mis noches. Las sigue obsesionando. Tal vez unos niños la hubieran tirado al agua, lejos en el río, lanzándola muy lejos al centro de la corriente, donde ella se habría ahogado por no poder volver. Tal vez hubiera sido aplastada por un coche en las calles de Paron o de Sens. Tal vez se hubiera ido a otra parte para morir, en las vías del ferrocarril. Cuánto deambulé por las orillas, en los campos, en los bosquecitos, en los galpones. Cuántos cubos de basura abrí de pronto, segura de reencontrar su tan suave pelaje. Cuánto vagué en

esa búsqueda vana. En la vegetación aventurera, en todas partes, alrededor del puente, de la caballeriza, de los campos, del camino a Saint-Martin-du-Tertre, del gran cruce, del bosque.

En aquellos días, en esos días en que estaba perdida, tuve un sueño que me causó mucha pena. Köthene estaba de pie frente a mí, sobre sus cuatro grandes patas. Me preguntaba con su mirada: «¿Por qué ya no quieres tomarme en tus brazos?». En mi sueño, consideraba eso demasiado injusto. Mi sueño se interrumpió. Me desperté con el vientre sudado, las nalgas mojadas, como de una pesadilla. Luego me dije que me había equivocado, que no había sido así. Había que agradecer el sueño que la había hecho volver. Ella me hacía señas desde el lugar en donde estaba. Me decía: «¿Ves?, te amo. Pienso en ti. ¡Tómame en tus brazos! ¡Hunde tu cabeza en el pelaje de mi vientre tan suave! ¡Siente el latido de mi corazón!».

Acariciar a un gato que va a morir. Cuánta dulzura en la caricia. Qué calor surge bajo la palma. Cuántas vértebras tan numerosas se cuentan bajo los dedos. Cuánta confianza en el ronroneo que quiere murmurar todavía e incluso se amplifica para hacerse escuchar más. Qué desamparo. Te amo.

Te amo, soledad mía ante la muerte. Cuán solos estamos. Tú. Yo. Finalmente te sacudes de golpe, Köthene. *The mysterious one.* Me dejas.

Ella guarda en el cajón el peine de dientes gruesos y separados que ya no servirá para los largos pelos de la reina de Saba. Guarda el cepillo redondo reservado para los pelos duros y cortos del cartujo de los canalones. Guarda la minúscula tijera cortaúñas repujada y roja que cortaba las doce uñas delanteras de Bach.

Pequeñas narices rosadas, húmedas, que palpitan, que vacilan, que de golpe ya no se mueven, que expiran sin fin, que de frías se tornan calientes, que mueren. Todo suplica. Todo empieza a suplicar entonces a la manera en que la mirada de los gatos suplica. Incluso muertos. El peine suplica. El cuenco suplica. El silencio suplica.

Puse el lindo tazón de cerámica verde bajo la camelia blanca que me regaló la hija de Claire.

La fuente gris sirve para las avellanas de la costa o para los hayucos del bosque.

En el cuenco de agua donde bebían, sobre la mesa del desayuno, coloqué mis medicamentos de la mañana.

Sylviane guardó los dos tazones con los platos. A veces, es más fuerte que yo, los saco del aparador. Les hago tomar aire. Le pongo pepino al yogur que compro en la tienda de comidas preparadas. Zanahorias ralladas con un poco de sidra y de cúrcuma.

Por más silencioso que pueda ser un gato, qué silencioso es cuando un gato ha muerto.

Pero, incluso muertos, los gatos saltan en el jardín como relámpagos en la noche. Se fugan en el silencio del amanecer como fuegos fatuos, como se escapan los torrentes en las pendientes de las montañas. Como brotan del suelo las vertientes. Como surgen volcanes y se ensanchan en forma de bahías de presencia a lo largo de las costas. Saltan más allá del tiempo, más allá de los montículos y de los jirones de bruma que circulan entre la maleza y las mimbreras, más allá del estanque con pececitos y con ranas, más allá de las regaderas, del brazo de la fuente, de las tapias, de los botes. Saltan más allá del Iton, del Risle, del Rille, del Avre. Saltan más allá de la muerte. Aun disueltos, desvanecidos, en la noche, en el sueño, sucede que todos los gatos que conocí me miran de frente, con los ojos bien abiertos. De frente, sin conciencia, sin duración. Infinitamente. Como en la aurora, justo en el momento en que se alza el sol –que se levanta en el instante en que ellos se levantan–, a

ellos les gusta deslumbrarse. Miran el enigma. Sus ojos inmensos miran el enigma porque se reconocen en él.

La desaparición incomprensible de Köthene me hizo revivir la muerte de Bee en otro tiempo. Hace mucho tiempo, en L'Aigle, también ella se había ido como una humareda que se pierde. Se llama *ghosting* entre los humanos a la desaparición incomprensible, sin dejar dirección, sin explicación, de aquel o de aquella que más se ama en el mundo. Ella iba al borde del agua como lo hacía su hermano muerto, ya no se lamía, ya no se acicalaba, ya no comía lo que yo le traía en su fuentecita de loza gris. Antes de que desapareciera, lució el pelo más feo que nunca, pegado a toda su multitud de huesitos. La barba gris horadada, desaliñada, los ojos despavoridos, tal era su dolor. Pobre pequeña maravilla, que murió horrenda.

Peer, cuando sufría, no lo dejaba ver. Se dirigía derecho a la leñera a encerrarse en una especie de nido de hiedra que se había confeccionado allí. No se veía a lo lejos más que una punta de su espalda y sus ojos relucientes de desesperación en la sombra. A decir verdad, había que saber que estaba allí para distinguirlo. Al contrario que los hombres, los gatos rehúsan manifestar y explotar su sufrimiento. Huyen de la presencia desgraciada. Saltan fuera de lo que los agobia y los abate. Entonces tenía que ir a buscar la escalera, subir con la escalera, estirarme tanto como podía en toda mi extensión sobre las tejas, tironearlo de la pata, ponerlo en su caja para ir al veterinario, o simplemente limpiar la herida con antiséptico yodado, o incluso negociar para lograr poner la gasa, canturrear para enrollar la venda, para enrollar la cinta, para atar todo con un cordel que él mordisqueaba casi de inmediato con la intención de deshacerlo, lográndolo antes de que hubiese pasado un cuarto de hora.

Dejo de lado la inyección, dejo de lado la pipeta entre los colmillos con la boca bien abierta, todos esos gestos vuelven, la paciente ceremonia de la jeringa introducida en las comisuras de los labios tan estrechos, esos labios tan delgados en el borde de su boca.

Vuelvo a ver los señuelos inimaginables según las preferencias, los caprichos, los humores.

Los antojos.

Ahora meto el medicamento en una lata de sardinas. Lo aplasto en el jugo que queda en la lata de atún que acabo de abrir para poner en la escarola, en la lechuga romana, en la achicoria.

Pulverizar el antibiótico en el queso crema extendido sobre la pata.

El señuelo que mejor funcionaba con Bee era el camarón gris. Lo devoraba de inmediato pero también había que encontrarlo en la pescadería, el jueves, en el pequeño mercado de L'Aigle, frente al monumento de los muertos.

Yo tenía solamente doce años cuando empecé a fumar los Lucky Strike. De hecho, fue Bee Biberón quien me impulsó a fumar, si lo pienso bien. Bee la suertuda.

Y si Bee apreciaba el olor de mi pitillo, el olor a miel y a opiáceo, pienso que Peer, más tarde, adoraba el humo por sí mismo. Bee miraba atentamente el humo que subía alrededor de mi mano, de mi torso, de mis largas trenzas, del moño que me hacía de tanto en tanto cuando ingresé en el liceo y tuve derecho a salir. Pero Peer abalanzaba su pata en un bucle más bello que ese que comenzaba a deformarse en el aire.

Lo ayudaba a descomponerse y yo acompañaba su mirada.

Tal vez no tengamos más que una sola pasión verdadera en la vida. Ese fue el único encuentro.

El único encuentro con un chico verdaderamente vivo en mi vida fue Peer.

El irreemplazable.

Cuando yo canturreaba, Peer saltaba sobre mis rodillas, apoyaba su pata en mi boca y me callaba por respeto a sus orejas, tan expertas y tan móviles.

Al final de sus días, Köthene, por su parte, empezó a empollar objetos como una gallina. Se encorvaba sobre la fuente de frutas y la envolvía de pronto. Se arqueaba encima de mi teléfono móvil y luego lo tapaba de golpe. Encima del correo que el cartero introducía por debajo de la puerta de la calle y que yo acababa de poner sobre la mesa. Encima del pan integral caliente que yo acababa de traer de la panadería. Porque había una magnífica panadera turca que entonces estaba a cargo del amasado. Provenía de Izmir. Köthene se estiraba en toda su extensión encima de los puzles de Bach que yo había traído de la villa Steinadler. La mayoría de las veces la encontraba allí. Quizás recordaba con nostalgia la casa de su primera dueña, en Ischia. Fue ella quien rompió el candelabro-tetera que tanto me gustaba y que había sustraído de la mesita de noche de la señora Steinadler. Era un invento tan astuto, tan raro, tan curioso que me fascinaba. La lamparilla estaba rematada por una taza de té de porcelana que se encajaba milagrosamente. Si se prendía la vela, la llama mantenía la tibieza de la infusión durante toda la noche.

Como una especie de pequeña torre de Hero y Leandro hecha de porcelana de Sajonia sobre la mesita de noche.

Strick y no *Stryke*.

Suerte y golpe de suerte, fortuna súbita. Éxtasis de felicidad.

45

Fue una sucesión de campanadas fúnebres que se mezclaban con la belleza azul del aire.

Jean, moriste. Lo descubrí en el diario que compré en la Casa de la prensa[1] que está en la isla. En el centro de la isla. Frente a la panadera turca. Moriste en pleno concierto.

¡Qué suerte tuviste!

¿La merecías?

Caído sobre el escenario negro.

El anuncio de la muerte de Jean en el diario agregó su extraña campanada silenciosa al silencio que había llegado a rodearme.

Claire, al envejecer, después de que advertí tu fotografía en el diario, se te parece mucho.

Fue Claire quien me llamó de Metz pidiendo auxilio, suplicándome que fuera para el entierro de su padre, a pesar de su nueva esposa, en virtud de su dolor, de pronto incontrolable, desbordante. No me dirigí al entierro en sí mismo sino que fui a reunirme con Claire. Me quedé en el hotel durante la ceremonia.

A los hombres que se han dejado, a menudo con una absurda precipitación, con enojo, con furor, con vehemencia, al comienzo de la vida, una a veces quisiera que la perdonaran. Una querría que estuviesen allí, en la habitación, calmados, tal vez incluso agradecidos de que una se hubiera entregado a ellos cuando era tan bella, tan joven, tan inexperta. ¡Oh, no gozarían! Se quedarían más

o menos erectos. Se volverían a vestir unos después de otros. Acomodarían como pudieran en sus pantalones sus largas plantas venenosas.

Toda tristeza e incluso el miedo –sí, incluso el miedo– no son inoportunos cuando se ama. Es como un lamento que se remonta al comienzo de la vida. Derrota, angustia, amenaza, torpeza, confusión, vosotras que aparecisteis en los primeros instantes del día, cuando la mirada lo descubrió, resulta que ahora volvéis por completo. Sentidas otra vez por completo. Una cierra los ojos en lo que atrae de ellas hasta el punto de crear una especie de morada.

Inquietudes que parecéis tan temibles en la niñez, en la adolescencia –violentos éxtasis de pánico– cuando erais maravillosas.

Después de la tormenta, cuando llegaron a Nápoles, después de tirar larga y penosamente del barco sobre la playa de arena, Eneas, que venía de Troya y después de Cartago, les dice a sus compañeros de infortunio:

–Os complacerá recordar lo que en otro tiempo os hacía sufrir.

Eso es, al menos, lo que escribió Virgilio en el parque sobre la bahía. Sobre el mar.

Fue justo allí, en el parque, donde un día había vuelto a estar enamorada.

¡Al fin en la noche, mi amor! Al fin, un poco alcoholizados, felices, titubeábamos más o menos en el polvo blando de la arena, volvíamos a acostarnos tomados de la mano, caminando por las playas. Nuestros dedos se entrelazaban, se apretaban, nuestras bocas susurraban, cansadas, riéndonos, deslumbrados por los faroles y las sartas de bombillas eléctricas que se encendían para la

fiesta de los barcos que daban la vuelta a la isla al final del verano. Introduje mi brazo bajo tu brazo, sostuve tu brazo, sostenía tus días.

–Es como un cuento de hadas –susurraba Luigi en mi oído, cuando todavía vivíamos en la isla bienaventurada de Procida.

Cuando cenábamos pequeños trozos de pulpo tibios, dejando su tenedor, apoyando suavemente su mano sobre mi brazo desnudo.

Posando dulcemente sus labios sobre mi brazo desnudo.

Todavía me tuteaba.

Ella volvió de Metz, la ciudad maravillosa en la confluencia del Moselle y del Seille, allí donde había amado a Jean, donde había concebido a Claire en los brazos de Jean.

Había ido a ver la superficie de agua. El antiguo molino de agua tan hermoso frente al cual se habían mudado antaño. Después, ya no salió del hotel hasta coger de nuevo el tren con Claire, abatida por el dolor.

Algunos días después, tras el entierro de Jean en Metz –algunos días después de la ida y la vuelta tan breves de Sens hasta Metz, de Metz hasta Sens, los cambios de estación, las inclemencias del tiempo, los chaparrones–, el sueño que tuvo con el padre de Claire fue dulce. Extremadamente dulce. El arroyo corría, chorreaba sobre un cauce de piedras doradas que bordeaban el proscenio. ¿Por qué era ella, y no Jean, quien llevaba un vestido largo de concierto y quien se adelantaba sobre la alfombra de danza tan mullida del escenario? Su rostro estaba rodeado de un verdadero nimbo. Tenía puestos un magnífico brazalete y unos anillos de oro. Estaba bajo la cúpula amarilla de un sauce. Estaba sentada al borde del arroyo, frente a una gruesa raíz blancuzca que salía del agua. El agua la había limpiado de su corteza. Larga raíz curva y cálida, toda descortezada

y pelada, tan suave bajo los dedos. Su mano acariciaba esa madera tan lisa mientras contemplaba el agua que corría.

El agua se iba, se iba.

El sueño terminaba en una inmensa puerta.

Un gran pórtico vacío, blanco, extraordinario. Abierto en el aire. La superficie extraordinariamente blanca. Blanca como el marfil. Sucedía que el pórtico se abría de repente, frente a mí, inesperadamente, en la calle, cuando yo iba al mercado. Yo entraba en ese rectángulo de bruma.

46

Pasan los años. Ella se pone un impermeable. Toma la callejuela angosta que conduce a la catedral de Sens. Lleva en el hombro una bolsa. Es el final del verano. Va al mercado. Ve detrás del vidrio de la ventana, en el callejón, el brazo de una mujer que plancha. Ella se queda inmóvil. Esa visión se confunde con su propio reflejo. Piensa en Micheline la aiglense sosteniendo en la mano su plancha caliente, cuando ella, todavía una niña, minúscula, enclenque, silenciosa, huraña, volvía de la escuela con su falda gris de pliegues tan perfectamente planchados.

Ese movimiento tan regular de vaivén capta la atención, apacigua el movimiento del corazón. Un olor a lienzo caliente resurge de lo más bello de la infancia. Volver de la escuela. Morder una tostada con manteca.

Qué felicidad.

Hay tristezas suntuosas que se convierten en felicidad.

Se tornan muy numerosas en el silencio.

Yo tenía una larga trenza. A veces flotaba sobre el hombro. En bicicleta la sentía golpear contra mi espalda.

Vuelvo a la casa.

¡Qué alegría zigzaguear entre las bostas doradas de las vacas, dispuestas aquí y allá en la ruta de Aube, en el camino de ripio que subía al castillo de Nouettes!

Inmóvil, mira el brazo que va y viene sobre la ropa. Bajo la plancha, esa ropa tan blanca, tan lisa.

De repente alguien se va. Un día se termina. Todo lo que una amaba desaparece. El verano abandona el lugar. Una cree que va a ser muy desdichada. Pero no. Es una tristeza. No es un enojo. No es un pánico. No es una desgracia. Es una tristeza. Es el favor de una tristeza. No se le puede reprochar nada de nada, una no se puede quejar a nadie de nadie, pero es una tristeza. Es aparentemente algo triste, pero en el fondo, lo que entristece en la tristeza es una emoción que todavía es feliz. Languidez todavía maravillada por lo que perdió. Lo perdió pero siente su peso, su intimidad, preserva todo su calor, ciertamente su olor y casi su contacto. Ella reencuentra allí la paz o, al menos, una suerte de somnolencia. Y en el fondo de esa modorra, de ese adormecimiento, se prepara una especie de sueño. Lo que se perdió todavía no está ausente. Ese estado que parecía lejano o antiguo prosigue. Su presencia acompaña. Es incluso un talismán que asegura la felicidad que sencillamente, el entristecimiento atestigua. Casi como los sueños matinales prometen, en cada final de la noche, los amaneceres, aun cuando se pierdan en los laberintos, aun cuando estemos forzados a introducirnos en desvanes a costa de esfuerzos desmesurados. Amaríamos tener el valor de celebrar en su justa medida la felicidad que se va sin retorno. Porque ese desvanecimiento también es un puro encantamiento. Desvaneciéndose, es dulzura. Es pura belleza. Pero es mucho más rara de experimentar. De saber sentir. Es la rareza misma dentro de la experiencia. Es la muerte.

Empujo la puerta de cuero de la catedral.

El interior de la inmensa nave está lleno de andamios.

Hay que pasar por el corredor de la derecha.

Caen grandes velos de plástico blanco. La bóveda pesa sobre los

hombros cuando me siento de golpe.

Estoy sentada en una silla de mimbre.

Me senté justo frente a la reja donde Abelardo fue encerrado antaño, después de haber sido mutilado. Fue acusado de haber compuesto cantos sublimes pero, obviamente, demasiado recientes, laicos, sobre el texto de los salmos del Antiguo Testamento. Bach debió pagar una multa a la iglesia de Arnstadt, en los primeros años del siglo XVIII, condenado por el consistorio por variaciones curiosas y acordes extraños que desconciertan a la comunidad. Me pregunto por qué pienso en Abelardo. Me pregunto por qué pienso en Bach. Me pregunto por qué me senté allí, dando la espalda a esa reja.

Un joven cura pasa delante de mí. Es muy hermoso, se inclina, abre la puertita de oro o de bronce.

Cruza la reja muy baja que separa el coro.

El mundo se abría cada vez más. Eran, de pronto, grandes meandros, grandes accesos de angustia sin causa. Había también éxtasis más secos, de bruscas alegrías incomprensibles. Bastaba con un andamio en una catedral, bastaba con una reja que se empuja, bastaba con una flor, bastaba con un pájaro y ella sollozaba de alegría. Al escuchar el canto, la inundaba la felicidad.

A veces, sin atreverse a llorar más sonoramente, con un breve lamido, bebía sus lágrimas en silencio.

¿Cómo me confesaré ahora que me volví una mujer casi vieja?

Tal es la pregunta que súbitamente me planteo, sentada en mi silla de mimbre, contemplando al cura con sobrepelliz que ordena con la punta de sus largos dedos blancos unas compilaciones de cánticos cubiertas de plástico transparente.

¿Me atreveré a decirle al joven cura en confesión que el olor del estiércol es el que prefiero en el mundo?

Extraño mucho los caballos de granja. La belleza maciza e inmensa de los caballos. Del trasero de los caballos. Mi infancia en el Orne vagó entre el estiércol y la bosta.

Cómo confesar, dejar salir, murmurar, arrodillada en el confesionario, con ambos labios tocando las celosías de madera:

–¿Sabe, padre, que incluso el efluvio tan fuerte de mi orina, cuando salgo de mi cama, salpicando al final de la noche, me colma de felicidad?

Padre, vine a confesarme de pensamientos culpables. Soy egoísta. Me encanta el olor de mi axila en donde hundo mi rostro cuando me duermo.

¡Cómo me gusta!

¿Se separa uno alguna vez de la dulzura del antiguo seno en el borde del labio? ¿Contra la mejilla? ¿De la punta del seno, de la punta del pulgar? ¿De la uña? ¿De la punta del pitillo suertudo y rojo y blanco que se chupa ávidamente? Estaba mi padre succionando el revestimiento de nácar y el hornillo cubierto de plata de su pipa de espuma de mar pensando en mamá, que lo había abandonado. ¿Se avanza con la edad?

Es tan curioso decirlo, padre. Es imposible de confesar. Es aún más curioso pensarlo, cuando los tres hombres con los que viví han muerto: mi padre en la época de L'Aigle, Jean en la época de Metz, Luigi en la época de Ischia. Cuando considero los pocos varones con los que viví, tengo que decirme: «Peer, tú fuiste el amor de mi vida».

El humo desordenado y suave, delicioso de mis pitillos por todas partes en mis días. Mis compañeros. Mis antorchas nocturnas. ¡Padre, ese perfume me emociona más que el incienso de su incensario de oro, que el tarro cubierto de rubíes que contiene la mezcla de la mirra, que todos los tesoros de los Reyes Magos!

Ella pasa de nuevo frente a la planchadora.

Lo que la planchadora de la calle de la Pequeña Judería, en Sens, plancha –lo que ella despliega bajo sus dedos– son los vestigios del amor que la joven mujer del hotel de al lado le trajo después de haber limpiado los cuartos. Son reliquias. Cuando se vacía la lavadora, se cree extender los pañuelitos bordados, colgar

calcetines, calzoncillos, camisetas, sujetadores, cuando en realidad, en el tendedero se cuelgan trayectos, itinerarios de felicidad, cansancios, llantos.

47

En cuanto al banco, esta es la historia exacta. Ella dejó el mercado cubierto. La bolsa le pesaba en su brazo. Bajó por la avenida. Cruzó el primer puente. Le compró un pan integral a la panadera de Izmir. Cruzó el segundo puente, que conduce a la orilla izquierda del Yonne, el puente del Diablo. Bajó los escalones de piedra. Silencio. El ruido de los coches desapareció bruscamente cuando ella estuvo bajo el arco del puente. Era otro mundo.

De pronto se detuvo e imaginó un banco, allí, delante de su casa, bajo sus pies, al borde de los alisos, en la orilla, para contemplar mejor su belleza y para escuchar el agua, por la tarde, cuando se quedara demasiado tiempo sola, totalmente sola, encerrada adentro de la casa.

Nikolaïevitch cavó cuatro agujeros para fijar las patas del banco de madera profundamente en la tierra de la orilla, entre el bote y el pontón, bajo los alisos, justo a la izquierda del sauce que ella había plantado después de un sueño, al borde del agua.

Antiguamente, en Holanda, en los años cuarenta del siglo XVII, el pintor Ruisdael representaba bosquecillos impenetrables. Firmaba sus pinturas con un pequeño *arroyo* en la parte baja de la tela.

Bach en alemán, Bekkr en nórdico, Bec en normando, Rill en inglés, designaban la misma cosa paradisíaca. La misma pequeña línea de luz que canta.

Cuando Louise está sentada con su pala, su cubo, su regadera, frente a su parterre, en medio de su jardín, está sentada en sus plantaciones como el niño entre sus juguetes.

Me inclino. El brazalete de oro blanco que se ha vuelto demasiado grande para mi muñeca –un tanto adelgazada por el tiempo que pasa, por la disminución del hambre– cae entre los tréboles y los caracoles. Signo que cae sobre la tierra toda negra como una pequeña fulguración. Brilla como un pequeño meteoro.

Un destello en las tinieblas.

Sentada en el suelo en medio de mi vestido, lo encontré entre los dientes de león, introduje mis dedos, me lo volví a poner fácilmente en la muñeca. ¡Qué pálido es ese oro!

¿Dónde están los padres que me reclamarían un día? ¿Dónde están los genios buenos que me levantarían del suelo, que me tomarían en sus brazos, que me estrujarían contra la suavidad de sus vientres, que murmurarían: «¡Mi pequeña, mi pequeña!», que sostendrían suavemente mi nuca y me besarían los párpados y las mejillas? ¿Alguna vez residieron en la orilla de este mundo? ¿De dónde me llegan, en ese caso, el movimiento del cuerpo que se tiende hacia esa sensación, esa nostalgia que llama desde lo más profundo del alma?

De golpe necesito dar la espalda a la luz del pasado, porque todos necesitamos olvidar ese extraño recuerdo: el abismo de la muerte. Porque la muerte no es verdaderamente un futuro. La muerte es un recuerdo que dejó el nacimiento. Me pongo ante el piano. Respiro profundo y retengo el aliento como si fuera a zambullirme.

El agua canta.

Esa mujer muy bella, sentada en su banco, al borde de ese curso de agua, de rostro marcado y blanco, está bajo el manzano de manzanitas rosadas que no se comen por lo duras y ácidas que son en los labios.

Es el atardecer. Su silueta está oculta por las ramas del aliso.

A veces a mediodía. Porque hay nocturnos a mediodía. Después fue el invierno. Porque no hay más que nocturnos en invierno. Después fue la primavera. Entonces, no hay más que rostros.

Todo crece. Todo aparece. Ya no hay más que rostros.

Pero no hay más que un rostro.

El alba es el rostro del mundo.

Todo se vuelve flor bajo esa luz. E incluso en lo que se marchita, algo eclosiona. Incluso el lado invisible del cuerpo es un rostro. Incluso la despedida es un rostro. Todo suplica, como la mirada de los gatos que ya no están y todavía nos observan, nos esperan, al otro lado del mundo. Que guardan para nosotros el otro lado del mundo. Envuelta en un amplio chal con brotes de sauce, ella espera –tal como ellos la esperaban– la bruma de agua que tumba las hierbas cuando los primeros rayos de la aurora la hacen surgir, devorando las cabezas blancas y frondosas de los tréboles. Flores, que beben suavemente, sin ruido, sin fin, un agua que no se ve.

Es el jardín del Edén.

Alcanzo la edad de oro.

La felicidad no cae del cielo porque es, en primer lugar, una nube que está encima de nosotros y que intenta detectar. Hace falta levantar suavemente la mano sin que se estremezca. La felicidad es extremadamente arisca: hay que saber recibirla. La felicidad no es como el placer, que se adelanta a su propia espera, que casi la embauca, y que prefiere súbitamente perderse en aquello que lo enciende. La felicidad plantea mil dificultades diplomáticas, y sobre todo, de recepción. Es como el ángel o el fantasma o el humo, su forma o su olor, el pájaro, su canto, la fantasía, su onda: es algo que tiene un origen y que vuelve. Lo perdido vuelve en la felicidad. Hay que saber traducir la felicidad en los días en que algo anterior a las

cosas, anterior al día, regresa de la fusión del tiempo y de la noche. Hay que saber celebrar al hijo pródigo, recibir con los brazos abiertos al pequeño que se perdió, al gato que se extravió en otro jardín, que se deslizó de canalón en canalón por el tejado de un garaje demasiado lejano, sobre las pequeñas tejas de una leñera extraña. Hay que saber heredar de golpe el brusco éxtasis que está a punto de desvanecerse, la palabra antigua que reaparece, un nombre de milagro, un tuteo súbito en las frases particulares de las horas, hay que saber aprovechar la resurrección en el interior de la propia vida.

Ella veía de nuevo el arbusto de acacia del pájaro del amanecer en la sombra del terraplén, frente a la puerta de la cocina de Ischia.

Volvía a ver las islas detrás de los nombres de las islas en el fondo de sí misma: Nisida, Procida, Ischia, Capri.

Licosa.

Licosi.

Día tras día, en pocos meses, mi vida se profundizó milagrosamente. Adelgazada. Sublimada. Divorciada. Sola. Viuda. Huérfana.

Ella veía de nuevo el petirrojo revoloteando, dando vueltas, empalando una langosta en una espina. Armando su despensa. Se comía la carne y dejaba caer, al pie del espino, las patas y las alas.

Saco el anillo de la estaca de hierro hundida en la tierra de la orilla.

Dejo caer la cadena adentro del bote y subo por el armazón de madera del suelo que se balancea.

De pronto tengo un terrible recuerdo de Peer: se encarniza con el mirlo de alas destrozadas sobre las baldosas de la cocina. El mirlo palpitante todavía sobre los escalones de la escalera de la gran casa. Peer, que lo mira apasionadamente, con una especie de entusiasmo. Mirándolo desencantarse, morir.

Cierro los ojos para borrar ese recuerdo.

Los vuelvo a abrir para meter los remos en sus muescas.

Navegar de nuevo.

Dejar los álamos y al fondo de los álamos, los alisos.

Cruzar el telón de esos árboles llamados sauces. Remo hacia la isla.

Dejar el mundo y cansar mis brazos.

No molestar a las gallinetas y las nutrias que mordisquean su manzana dura y roja, agria y ácida, que la roen.

Bordear los patos, los ánades, los patos cuchara de cabeza toda verde, los lavancos melancólicos.

De repente, en el curso de agua, en medio de la corriente, abrir los brazos y soltar los remos.

Abrir la puerta de lo real contemplándolo de tal forma, tanto que una muere con ello.

¿Hay que deslizarse en la muerte olvidándolo todo? ¿Hay que apresurarse a morir rechazando radicalmente la idea de morir? ¿O hace falta penetrar en la sombra con el máximo de recuerdos, terribles, ansiosos, o bien deliciosos, mágicos? ¿Hay que dejar el propio reino acompañada por el tesoro más atesorado? ¿Hay que salir cada vez más desnuda y aullante, como cuando una surgió de los primeros labios? ¿Hay que salir aun muriendo? ¿Aun expirando, surgir todavía como al nacer, irritada, deshecha, con todos los sentidos alerta, llorando, deslumbrada?

Innumerables migajas de luz de pronto se escapaban del fondo de la naturaleza, del agua, de los arbustos, de las hierbas del sendero, de los árboles.

Una lavandera de río minúscula, que no pesa más de diez gramos, el vientre regordete de color amarillo huevo, el pecho negro, el entrecejo blanco, se encaramó sobre el remo del bote.

Bajo su manto de cenizas grises, su ojo rodeado de blanco mira.

¡Y su pobre traje elegante! ¡Sus linos claros! ¡Sus camisas livianas como un velo y enseguida arrugadas! ¡Su sombrero de briznas de paja negra que protegía sus ojos del sol! ¡Pobre esqueleto que yo

amaba! ¡Pobre sexo tan largo y tan duro en la oscuridad! ¡Tan raro en el recuerdo de pocas noches que el azar, la debacle, la prisa, la muerte me consintieron! ¡Qué peligro sublime una sola noche de amor que derrama su paz súbita y su olor a semen y a fuente! ¿Es el cruce de un río –de pie sobre un bote inestable, con ayuda de una pértiga, en la niebla que se deshace– emergiendo del fondo de la noche para alejarse para siempre? ¿O finalmente para perderse en el fondo de ella, que está en el fondo de nosotros?

En el río flotan los faroles. Sé que vienen del muelle de Villeneuve-sur-Yonne en sus barquitos de madera.

Pequeñas velas en sus cajitas de patatas fritas compradas en el McDonald's del Yonne.

O en pequeños vasos de plástico.

Aquí comienza la primavera y camino cada vez peor. Aquí es la época de los espárragos. Ella se acerca al cajón. Los gruesos espárragos blancos que le dan reputación al departamento del Yonne. Elige cuatro. Los más gruesos que encuentra en el puesto. Por un lado, porque son más gustosos. Por otro lado, para tener menos que pelar. Al lado del puesto de verduras, antes del restaurante al paso, bajo el mercado cubierto, sobre un caballete, ve una especie de ancha bufanda negra. De un negro muy bello. Pregunta el precio. No vale mucho pero es muy suave al tacto. Imagina un gran suéter de cachemira del que caen las largas mangas abiertas. Entonces despliega por completo la lana negra encima del estante de jerséis. En verdad no es un chal, ni un suéter de escote en uve. Es un largo cárdigan con botones dorados. Los botones, a su vez, son de tela, envejecidos, con hilos dorados. La lana negra es sublime, tan negra como podían serlo el cabello, el vientre, el vello púbico de un hombre cuando sus dedos la rozaban. Luego interfirió otro recuerdo. Se impuso. Tocó lentamente, largo

rato esa lana inflada. Parecía más inflada que espesa. Reluciente. Satinada. Tibia. Lo compró. El cárdigan era excesivamente grande para ella. No importa. De noche se lo ponía para dormir o dormía junto a él. Sostenía en su mano su manga suave y vacía.

Notas

1. La *Maison de la presse* es una gran cadena francesa de librerías que comercializa diarios, revistas, libros, papelería, etc. [*N. del T.*].